



A 40 años de los sismos de 1985.

El papel del CIESAS



Año 36, Núm. 395 (mayo 2025)



Presentación

Virginia García Acosta

CIESAS Ciudad de México

Colaboraciones

El dios Viejo y del Fuego, el símbolo *Ollin* y otras cosas más

Eduardo Matos Moctezuma

INAH

La importancia de los catálogos históricos en el estudio de los desastres

Virginia García Acosta

CIESAS Ciudad de México

México. Septiembre 19, 1985. ¿Temblor/Terremoto?

Teresa Carbó

CIESAS Ciudad de México

Carmela Pírez Carbó y Nicolás Pírez Carbó

El de Tepito está bendito. 40 años después los de Tepito siguen benditos

Juan Briseño Guerrero

CIESAS Ciudad de México

Movimientos telúricos y antropología viva, 40 años después. Comunidad, ente social que actúa

Ludka de Gortari Krauss

CIESAS Ciudad de México

A cuatro décadas de los terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985. Hechos, consecuencias y pendientes en la educación pública en la ciudad de México

Beatriz Calvo Pontón

CIESAS Ciudad de México

Los inicios de la investigación mexicana de desastres desde las ciencias sociales. CIESAS institución pionera

Jesús Manuel Macías Medrano

CIESAS Ciudad de México

Entrevista

Crónica de una trovadora de izquierda, activista social y cultural, que vivió un día inesperado que transformó su existencia

Ruth Martínez Nataret

CIESAS Ciudad de México

Ma. Guadalupe Maricela Macías Martínez

Trovadora independiente

Cinemantropos

De cómo la Ciudad de México se autodescubrió solidaria y capaz de reconstruir la esperanza: 1985. Héroes entre ruinas

Ruth Martínez Nataret

CIESAS Ciudad de México

Ichan Tecolotl, año 37, edición especial, mayo 2025. Revista de divulgación enfocada en temas de antropología, ciencias sociales y humanidades, con una periodicidad mensual y editada por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Calle Juárez 87, Col. Tlalpan Centro, Alcaldía Tlalpan, C.P. 14000, Ciudad de México, México, teléfono +52 (55) 54873570. Página electrónica: <https://ichan.ciesas.edu.mx/>. Contacto: ichan@ciesas.edu.mx. Editor responsable: Dirección de Vinculación. Responsable de la última actualización de este número: Teresita de Jesús Soria Gallegos. Fecha de última modificación: 10 de septiembre de 2025. ISSN

2683-314X. Las opiniones expresadas por las y los autores no necesariamente reflejan la postura de la institución. Se autoriza la reproducción total o parcial de los textos aquí publicados, siempre y cuando se cite la fuente completa y la dirección electrónica de la publicación.

Presentación

Virginia García Acosta^{III}

CIESAS Ciudad de México



Ilustración *Ichan Tecolotl*

En septiembre de 2025 se cumplen 40 años de los sismos que constituyeron un parteaguas, en muchos sentidos, del entorno social y profesional. En aquel momento, Eduardo Matos Moctezuma, director del CIESAS, convocó a reflexionar alrededor de nuestro quehacer teniendo al temblor recién ocurrido como eje. A través del Consejo Técnico Consultivo de la institución extendió “una invitación a los investigadores para suspender temporalmente sus investigaciones de mediano y largo plazo, y atender, desde sus especialidades, el estudio de problemáticas resultantes del desastre”. La respuesta fue sumamente positiva. Fue una semilla que cayó en tierra fértil, el inicio de una línea de investigación que 40 años después sigue dando frutos. Un ejemplo fehaciente de ello es que a sus 50 años de vida el CIESAS rebasa el medio centenar de publicaciones editadas o coeditadas bajo su sello en formato de libro o revista, relacionadas en términos generales con el tema del riesgo y de los desastres.

La invitación de Matos Moctezuma dio lugar a una serie de investigaciones de corto plazo que se tradujeron en una serie de cuatro publicaciones dentro de la colección institucional “Cuadernos de la Casa Chata”. Se trata de los números 135, 147, 156 y 157, que aparecieron realmente muy rápido, a solo año y medio de ocurridos los emblemáticos temblores. Esas

cuatro publicaciones ahora se consideran pioneras dentro del campo de investigación que se abrió a partir de entonces desde el CIESAS y que sigue desarrollándose dentro de la institución. Lo hemos titulado “Estudio antropológico-histórico de los desastres”.

Las portadas de esas publicaciones son las que anteceden a esta presentación, mismas que han sido digitalizadas para que puedan ser consultadas por las audiencias de nuestra revista de divulgación, el *Ichan Tecolotl*.

A iniciativa de Ruth Martínez Nataret, compañera que labora en la Dirección de Vinculación del CIESAS, y considerando esa propuesta inicial de Eduardo Matos, propusimos dedicar este número especial del *Ichan Tecolotl* de septiembre de 2025 al tema mencionado.

Lo primero fue invitar a colaborar en nuestro histórico Boletín-Revista, a todos los investigadores del CIESAS autores de esos cuatro libros. La invitación fue para que participaran con una pequeña reflexión, similar a la que hicieron en su momento, pero cuatro décadas después. Y lo hicimos planteando algunas preguntas, pero en realidad la invitación fue abierta a lo que esos autores quisieran escribir sobre ello.

Cuatro de los autores de esas publicaciones han fallecido: Víctor Franco, Luz Elena Galván, Victoria Novelo y Juan Manuel Pérez Zevallos. Otros autores están ya fuera del CIESAS y no fue posible localizarlos, salvo Gabriela Coronado que amablemente respondió que ya se encuentra lejos de las actividades académicas. Sumamos a esta invitación a Eduardo Matos, que fue el responsable original de lanzar la convocatoria, a partir de una iniciativa que se basaba en hacer una reflexión desde nuestras propias especialidades dentro del CIESAS. Matos de inmediato dijo que sí colaboraría.

El resultado es que tenemos siete textos de reflexión sobre qué significó esa colaboración que, como dije, es pionera en los estudios sobre desastres y riesgos a escala global.^[2]

Eduardo Matos nos ofrece un texto muy original titulado *El dios viejo y del fuego, el símbolo ollin y otras cosas más...* En él combina datos y reflexiones sobre las excavaciones de la antigua ciudad de Cuicuilco fechada en el periodo preclásico y el símbolo *ollin*, que en náhuatl significa movimiento. El principal conjunto de Cuicuilco, que es el enorme basamento circular, y el resto del emplazamiento, fueron cubiertos de lava por la erupción de una formación de tipo volcánico que en su momento provocó movimientos de tierra acompañados de ruidos. Estas manifestaciones de la naturaleza al parecer generaron un culto al volcán, al cual se asocian las figuras de cerámica encontradas en Cuicuilco y que representan al dios Viejo y del Fuego, *Huehuetéotl* o *Xiuhtecutli*, asociadas al culto del volcán. En la segunda parte del texto aparece el símbolo *ollin* o movimiento, que resulta ser de vital importancia no sólo por estar presente

en importantes monumentos mexicanos, sino en este caso por representar el Quinto Sol o Sol de Movimiento, asociado con temblores que, junto con hambrunas, llevarán al fin de la era que vivimos.

Acompaña al texto de Matos una imagen que es en realidad una acuarela reproduciendo el glifo *tlalollin*: la unión de *ollin* (movimiento) y *tlalli* (tierra) que significa temblor de tierra.

El siguiente artículo de este *Ichan* se deriva del primer Cuaderno de la Casa Chata que se publicó en esta serie que identificamos como pionera, en el número 135 titulado “Y volvió a temblar” *Cronología de los sismos en México (de 1 Pedernal a 1821)*, cuyos autores fuimos Teresa Rojas, Juan Manuel Pérez Zevallos (q. e. p. d.) y Virginia García Acosta y que cuenta con una espléndida introducción que escribió exprofeso Juan Pedro Viqueira (q. e. p. d.), así como un estudio del glifo temblor de tierra (*tlalollin*) que hiciera Ma. del Socorro Fuentes Ayala.^[3] Colaboraron varios estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, algunos de ellos hoy ilustres investigadores del CIESAS o de otras instituciones.^[4] La primera parte del título del libro surgió porque varios documentos localizados en los archivos iniciaban precisamente con esa alocución, “Y volvió a temblar”. El artículo que aparece en este *Ichan* fue escrito por García Acosta y hace referencia a la importancia que la elaboración de cronologías históricas sobre amenazas naturales ha tenido en el estudio de los desastres. Hace referencia a las relativas a sismos, de las cuales este Cuaderno número 135 fue una de las primeras elaborada de manera sistemática, utilizando fuentes primarias, recuperando la mayor cantidad de información existente en archivos, hemerotecas y bibliotecas mexicanas, e incorporando las existentes antes de ella. También relata experiencias similares sobre catálogos de amenazas identificadas con desastres agrícolas y, finalmente, con huracanes a lo largo de varios siglos de la historia mexicana.

El tercer artículo que aparece en este *Ichan* es de la pluma de Teresa Carbó quien, junto con Víctor Franco (q. e. p. d.), Rodrigo de la Torre y Gabriela Coronado, escribieron los textos que conforman *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*. Fue el tercer volumen en publicarse, con el número 147 de Cuadernos de la Casa Chata. El libro incluye una atractiva presentación de Hans Saettele, situándose en la posición de los individuos afectados. El texto de Carbó, que ella califica de evocación llevada a cabo con sus hijos Carmela y Nicolás, que aparecen incluso como coautores del texto, constituye un relato como los que acostumbramos escribir en nuestros diarios de campo, recuperando cada detalle de lo vivido, en este caso en el sismo y su réplica de 1985 en el seno de su familia y de su grupo de trabajo en el CIESAS. Al artículo lo complementan dos croquis elaborados por los coautores del mismo, asunto que se explica en

el mismo y que ayudan a entender cómo un niño y una adolescente vivieron el evento siendo habitantes de una ciudad donde tiembla, siempre ha temblado y siempre temblará, como ellos mismos lo reconocieron en su momento.

El número 156 de esta serie pionera es del único del que contamos con artículos escritos por sus dos autores: Juan Briseño Guerrero y Ludka De Gortari Krauss. El libro se tituló ingeniosamente *De la cama a la calle: sismos y organización popular*, y contó con la colaboración de Carmen Icazuriaga en el estudio de las formas de organización y cooperación identificadas en dos vecindarios del centro de la Ciudad de México. Los dos autores del libro aceptaron colaborar en este *Ichan*, cada uno con un artículo independiente y, como podrá ver el lector, con énfasis en aspectos distintos. Briseño Guerrero, de nuevo a partir de un título sagaz, da cuenta de la importancia del trabajo de campo prolongado en el sitio a estudiar, así como de la utilidad de llevar a cabo estudios de caso con la metodología adecuada, lo cual no es sencillo en proyectos de investigación de corto plazo, como los que se realizaron y que concluyeron en estos cuatro Cuadernos de la Casa Chata, pero sin arriesgar los elementos fundamentales de toda investigación antropológica. Eligió zonas muy afectadas, pero poco o nada atendidas, tanto por las autoridades como incluso por la prensa. Y da cuenta de aquello en lo que nos hemos interesado hace unos años, las denominadas estrategias adaptativas surgidas a escala local, en el seno de las comunidades mismas, particularmente ante la presencia de amenazas naturales recurrentes. Las denomina “formas de solución” de la problemática. Herman W. Konrad en su estudio sobre los mayas antiguos y contemporáneos ante la presencia de huracanes las llama “estrategias de sobrevivencia” (Konrad, 1985). Toca varios temas interesantes para los estudiosos sobre desastres: la búsqueda de reinversiones, el papel de la identidad, la creación de organizaciones que con el tiempo crecerían de manera inesperada, entre otros.

De Gortari Krauss, por su parte, nos recuerda en su artículo que, aunque parecen muchos años los que hemos recorrido en esas cuatro décadas, en realidad no han sido en vano, pues a lo largo de las mismas se han producido “múltiples investigaciones y publicaciones, la construcción de una metodología y una línea de investigación sobre riesgos y desastres” que no existía en México y que ha trascendido nuestras fronteras. Nos recuerda también que esos 40 años son más de los que muchos de nosotros y de nosotras teníamos por entonces... El texto es en realidad, como la autora misma reconoce, una combinación de introspección y recuento de vida. Logra combinar, de manera muy clara y amena, la parte emotiva y sensible con una remembranza que mezcla lo personal con el contexto y lo que todos vivimos en esos momentos, pero sin nunca perder el ojo profesional y experimentado. Relata de qué manera fue acumulando datos e información, a través de su participación activa y responsable en diversas instituciones, información y datos que han servido como alimento tanto para el libro

De la cama a la calle, como para este artículo rememorativo, “Movimientos telúricos y antropología viva, 40 años después”. El subtítulo del mismo contiene un mensaje importante, de cuyo contenido es una muestra el libro y los artículos que derivados del mismo aparecen en este *Ichan*: “Comunidad, ente social que actúa”.

El último número que apareció fue el 157, titulado *Terremoto y sociedad*, con colaboraciones de contenidos variados de sus autores, los antropólogos, geógrafos e historiadores siguientes: Renée Di Pardo O., Victoria Novelo (q. e. p. d.), Mariángela Rodríguez, Beatriz Calvo y Jesús Manuel Macías. También en este caso tenemos la fortuna de contar en este *Ichan* con textos de dos de sus autores. Beatriz Calvo Pontón tituló su contribución “A cuatro décadas de los terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985. Hechos, consecuencias y pendientes en la educación pública en la ciudad de México”, y en él vierte toda su experiencia trabajando el tema de la educación, pero en este caso haciendo énfasis en el tema específico que menciona en el título de su texto. Calvo recuerda la convocatoria que ahora resulta emblemática, de Eduardo Matos, para responder y testimoniar desde nuestras especialidades en el CIESAS lo que estábamos viviendo en 1985. Trabajó, como siempre lo hacía, con la querida Luz Elena Galván (q. e. p. d.). Resalta los efectos inmediatos, así como los de mediano y largo plazo dentro de la educación pública básica, incluyendo no solo el sismo de 1985, si no también el que ocurrió el mismo día y mes 32 años después, lo cual fue una fortuita coincidencia, pues si algo hemos aprendido después de años de trabajar con geólogos en general y sismólogos en particular, es que los temblores no tienen cíclica. El texto da cuenta de que se trató, como hemos mencionado antes, de investigaciones de corto plazo pero sistemáticas, que en este caso incluyó revisión hemerográfica, clasificación de noticias, así como trabajo de campo en campamentos, parques y escuelas públicas de la entonces denominada Delegación Venustiano Carranza, con personas involucradas en la problemática en general y en particular con la educativa. Nos relata los efectos negativos e incluso catastróficos, con especial énfasis en cómo estos eran “la punta del iceberg”, debajo de la cual se encontraban las verdaderas causas del desastre: condiciones particularmente elevadas de vulnerabilidad y exposición al riesgo. Al comparar 1985 con 2017 reconoce que lo que vimos fue una “repetición de los efectos del terremoto de 1985”: escuelas inhabilitadas, la suspensión de clases, inasistencia a la escuela de numerosos alumnos, etc... No obstante, encuentra algunos “saldos positivos” o “secuelas fecundas” como las he denominado (García Acosta, 2019) e incluso lecciones aprendidas, cuyos contenidos aún están por aplicarse.

Macías Medrano nos ofrece un artículo como siempre examinando con detalle los asuntos que aborda. Su participación en el Cuaderno de la Casa Chata se derivó, como en el resto de casos, de una investigación de corto plazo en la que de acuerdo a los reportes noticiosos era la segunda área urbana más afectada por los sismos de 1985. Con un equipo de estudiantes, a los

que desde siempre incorpora y forma en sus investigaciones, y con apoyo del Instituto de Geografía de la UNAM, llevó a cabo trabajo de campo en Ciudad Guzmán. Desde ahí vislumbró lo que muchos fuimos identificando: una falta de recursos teóricos y metodológicos para entender las realidades en caso de desastres en el sur del planeta. En el artículo, Macías lleva a cabo una serie de reflexiones cronológicas relativas a la necesidad de cubrir ese vacío, que llevó al nacimiento y evolución del campo de estudio de los desastres en México desde la perspectiva de las ciencias sociales, a partir precisamente de las experiencias de 1985. Sintetiza las actividades desarrolladas que cubren investigación, docencia, y formación, y lamenta que, a pesar de los enormes avances que se lograron desde el CIESAS, haya desaparecido nominalmente la línea ya tradicional de “Antropología e Historia de los Desastres”, que pasó a ser parte de un todo mayor englobado en el concepto de “ambiente”, lo cual no ha obstaculizado la continuidad de proyectos de investigación, de docencia-formación y de vinculación pertinentes y sólidos. El texto hace énfasis en el interés por mantener actividades de vinculación con el gobierno federal y varios gobiernos estatales, tanto en investigación como en formación, así como en el desarrollo de actividades específicas. No obstante, afirma, tal sentido ha sido desvirtuado, lo cual ha derivado en que ante las últimas presencias de amenazas naturales y el desencadenamiento de desastres (terremotos de 2017, huracanes Otis en 2023 y John en 2024, entre otros) resulte una vez más evidente que dicho conocimiento científico-social sobre riesgo-desastre “no ha sido aprovechado cabalmente por parte [de la] autoridad gubernamental” correspondiente. Reconoce el papel jugado por La Red, primero en América Latina y más tarde en otros países del mundo,^[5] entidad de la que ambos fuimos fundadores en 1991.

En síntesis, el conjunto de artículos que conforman esta edición especial del *Ichan Tecolotl*, vinculados con las publicaciones pioneras mencionadas al inicio de esta presentación, da cuenta no sólo del estado de la cuestión en el momento en que tales libros fueron concebidos, sino también del avance y desarrollo de una línea de investigación que hoy distingue al CIESAS dentro y fuera del país: la del “Estudio histórico-antropológico del riesgo y de los desastres”.

Hemos identificado que es la construcción social del riesgo de desastres la verdadera responsable del alcance de estos y, en consecuencia, que hemos de trabajar más intensamente en aquello que, como he dicho en muchas ocasiones, constituye la otra cara de la moneda: la prevención social de riesgos de desastre que las sociedades han desplegado históricamente mediante estrategias, prácticas y acciones, tanto institucionales como derivadas de experiencias comunitarias, al no ser ni haber sido nunca entes pasivos ante la presencia de amenazas naturales recurrentes.

Referencias bibliográficas

García Acosta, V. (2018a). Los sismos como detonadores. *Rutas de Campo*, (3), 122-126.

García Acosta, V. (2018b). *Desastres históricos y secuelas fecundas*. Academia Mexicana de la Historia / SEP.

García Acosta, V. (2021). La vertiente mexicana en la Antropología de los Desastres y del Riesgo. En García Acosta, V., (coord.), *La Antropología de los Desastres en América Latina. Estado del arte* (pp. 217-258). CIESAS / COLEF / COLMICH / GEDISA.

García Acosta, V. (2025). *El estudio histórico-antropológico de los desastres. De los sismos de 1985 a la pandemia de covid-19 y al Antropoceno*. CIESAS.

Konrad, H. W. (1985). Fallout of the wars of the chacs: the impact of hurricanes and implications for prehispanic Quintana Roo Maya processes. En Thompson, M., García, M. T., y Kense, F. J. (eds.), *Status, Structure and Stratification: Current Archaeological Reconstructions, Proceedings of the Sixteenth Annual Chacmool Conference* (pp.321-330). The University of Calgary.

Nota: En esta edición también se incluye el Cinemantropos y una entrevista relacionada con el sismo de 1985. En Cinemántropos, se hace una reseña del documental 1985: Héroes entre ruinas, que nos da una mirada de los sismos del 85 resaltando el trabajo de la sociedad civil para responder a la emergencia de una ciudad abandonada por las autoridades en medio del cataclismo. En testimonios presentamos una crónica sobre cómo la censura llevó a Maricela, activista y trovadora, a padecer el terremoto y como se derivó esa experiencia en otros tipos de activismo, siempre al lado de la música.

1. Correo: vgarciaa@ciesas.edu.mx ↑

2. Algunas de las referencias en esta Presentación aparecieron en García Acosta, 2018a o en García Acosta, 2025. ↑

3. Para ello se basó en dos de los códices en los cuales se encontró información sobre temblores históricos: el Telleriano-Remensis y el Aubin, que cubren hasta 1561 el primero y 1608 el segundo. ↑

4. Ellos son: Jorge Chávez, Antonio Escobar, Ma. Del Socorro Fuentes, René García Castro, Alma Parra, Enrique Sánchez y Zazil Sandoval. ↑

5. Me refiero a la ya clásica y emblemática Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina: <https://www.desenredando.org/> ↑

El dios Viejo y del Fuego, el símbolo Ollin y otras cosas más

Eduardo Matos Moctezuma

INAH

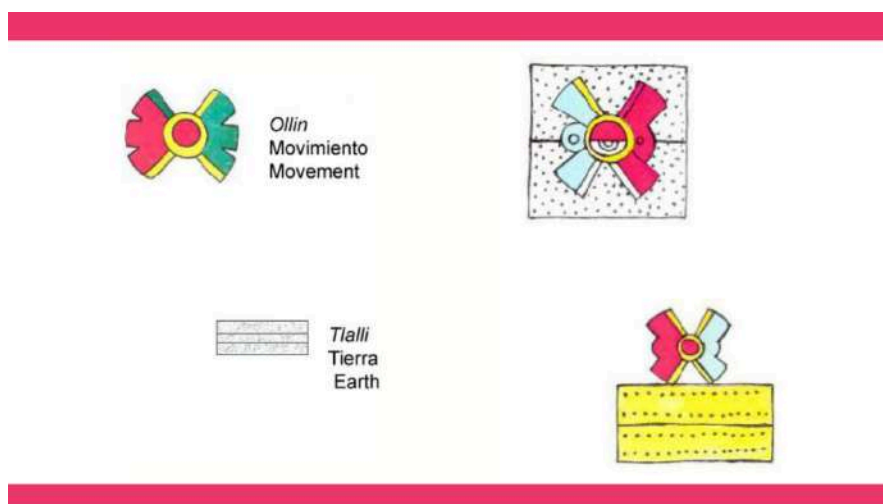


Ilustración del glifo *tlalollin*: la unión de *ollin* (movimiento) y *tlalli* (tierra) que significa temblor de tierra. Acuarela de Raimundo García Álvarez (q.e.p.d.) basándose en glifos del *Códice Telleriano-Remensis*.

El dios Viejo y del Fuego

Al sur de la Ciudad de México se encuentra el Pedregal de San Ángel, formación de tipo volcánico que cubrió la otrora ciudad de Cuicuilco hacia el año 200 a. C. Asiento de una población calculada en alrededor de 30 o 40 mil habitantes, el lugar es uno de los asentamientos más antiguos del valle de México, en el que vemos cómo su espacio ceremonial está constituido por varios edificios de piedra y lodo y en ocasiones con sólo este último material. El principal de estos conjuntos es el enorme basamento circular que excavó hace poco más de un siglo el doctor Byron Cummings con la autorización de don Manuel Gamio, por entonces responsable de expedir los permisos para excavaciones arqueológicas. El mismo Gamio emprendió trabajos en otro sitio cercano conocido como Copilco cubierto por la lava, en donde halló entierros acompañados de su ajuar mortuario, más o menos de la misma época que los de Cuicuilco. Volviendo a este último emplazamiento, el doctor Cummings encontró

figuras de cerámica que llamaron su atención: se trataba de personajes ancianos sentados con un enorme brasero sobre la espalda. ¿Qué representaban estas figurillas? Se trataba del dios Viejo y del Fuego, *Huehuetéotl* en náhuatl, más tarde llamado *Xiuhtecutli*, Señor del Fuego y del Año entre los mexicas o aztecas. Ahora bien, ¿cuál era el significado de tan peculiares dioses? Viene a cuento relatar lo que ocurrió con Cuicuilco y sus habitantes.

Cuicuilco se estableció alrededor del año 600 a. C., y junto con Tlapacoya y Cerro del Tepalcate fueron algunos de los asentamientos que tuvieron lugar alrededor del Lago de Texcoco antes de nuestra era, en lo que los arqueólogos denominamos preclásico. Cuicuilco se encuentra cerca de un cono volcánico, el *Xitle*, palabra en lengua náhuatl que significa “ombligo”. Era una población fundamentalmente agrícola y el lugar marca los comienzos del urbanismo en el centro de México. El enorme basamento circular de cerca de 150 m. de diámetro guarda semejanza con el pequeño volcán mencionado y se erigió con piedras recubiertas de lodo, según nos informa su descubridor. Habíamos dicho cómo en el lugar se han encontrado otros edificios, algunos hechos de barro y otros de planta rectangular contruidos de piedra.

Ahora bien, no cabe duda que en algún momento el volcán comenzó a mostrar sus características que obviamente no pasaron desapercibidas para los habitantes: fumarolas, exhalaciones de lava y algo que debió de aterrarlos: movimientos o terremotos acompañados de ruidos. Tal panorama debió de impactar de manera importante a los moradores, quienes pronto establecieron un culto al volcán, expresado por medio de la cerámica y las figuras del anciano sentado con su brasero humeante en la espalda. ¿Querían aplacar al dios viejo reproduciendo su imagen? Así lo pienso, pero sus ruegos y rituales no fueron suficientes para evitar lo que vendría poco después. La evidencia muestra capas enormes de lava que cubrió campos de cultivo, casas y los edificios religiosos. Se destruía la ciudad y nacía un dios que tendría gran relevancia en el mundo prehispánico: *Huehuetéotl* (dios viejo). Se le asignó como morada el centro del universo y así lo vemos en el *Códice Fejervary-Mayer*, en donde ocupa ese lugar del cual parten los cuatro rumbos universales, cada uno presidido por un dios, una planta, un ave y un color. Se dice que la población cuicuila, ante los destrozos provocados por el iracundo dios, emigraron un poco más al norte y se establecieron en Teotihuacan a principios de nuestra era. Puede ser verdad, ya que en lo que será poco después la Ciudad donde nacen los Dioses la arqueología ha encontrado muchos restos, especialmente elaborados en piedra volcánica, del Dios Viejo y del Fuego. Se encuentra sentado al igual que su antecesor, y porta sobre la cabeza el brasero característico en el que se colocaba copal para incensar durante determinados rituales. Sin embargo, al paso del tiempo la deidad no pierde su carácter de centro del universo —de ahí que uno de sus símbolos sea el de una cruz que indica los cuatro rumbos universales—, y sin perder algunas de sus cualidades, vuelve a estar presente, por ejemplo, entre los mexicas, en donde se le ve sentado, con rostro de anciano y

con dos protuberancias sobre la cabeza, que se han interpretado como los palos para encender el fuego. También se encontró una escultura en piedra volcánica que representa al dios imitando las figuras teotihuacanas, con el brasero sobre la cabeza y las manos en la misma posición en la que se representó en Teotihuacan. En las excavaciones del Templo Mayor hemos hallado figuras del dios colocadas de manera tal que preside algunas ofrendas, lo que no es de extrañar dado su carácter de centro del universo, ya que al Templo Mayor se le consideraba ubicado en dicho centro.

Otra propiedad que se le atribuye es la de habitar no sólo en el centro universal, sino que también se le encuentra en los niveles celestes y en el inframundo. A ello hay que agregar su carácter dual masculino-femenino. He aquí un antiguo canto náhuatl en el que se dice del dios y los sitios que ocupa dentro de la estructura del universo:

*Madre de los dioses
Padre de los dioses,
Acostado sobre el ombligo de la tierra,
Dentro de la pirámide de turquesas,
Agazapado en las nubes y en el agua azul,
Como el pájaro de turquesa,
Viejo dios,
Mictlan brumoso
Xiuhtecutli.*

(Traducción de Michel Graulich, 1999).

El símbolo *Ollin*

Un símbolo que reviste particular importancia en el mundo prehispánico es *Ollin* (Movimiento). Lo mismo se aplica a un terremoto o temblor que al movimiento universal y a otros aspectos relacionados con su contenido. Relevante resulta que, en uno de los más connotados monumentos mexicas, la Piedra del Sol o Calendario azteca, tenga una presencia significativa. En efecto, en el centro de la escultura apreciamos el símbolo *Ollin* con sus cuatro aspas que hacen alusión a los cuatro Soles o Edades cosmogónicas que existieron previamente al surgimiento del Quinto Sol. Fueron éstas, según lo relata la “Leyenda de los Soles”, manuscrito en lengua náhuatl escrito en 1558 y que forma parte del *Códice Chimalpopoca*: el primer Sol fue 4-Agua, y en su momento el agua se llevó todo y las gentes se convirtieron en peces; el segundo fue 4-Tigre [jaguar] y durante su permanencia el sol no avanzaba y pronto se oscurecía, los tigres devoraban a las gentes; el signo 4-Lluvia [de fuego] es mencionado en tercer lugar y sucedió que llovió fuego y arena y las personas se quemaron; el cuarto Sol fue 4-

Viento y el aire se llevó todo y los hombres se convirtieron en monos. Los cuatro Soles están representados en la Piedra del Sol, aunque en orden diferente. Interesante resulta que las cuatro aspas que contiene cada una a los Soles en la escultura rodean el rostro de Tonatiuh, el Sol, formando a su vez el símbolo 4-Ollin (4-Movimiento). La monumental escultura, en su conjunto, representa al Quinto Sol, el Sol de Movimiento. Así se describen sus características según el manuscrito ya mencionado:

El Quinto Sol
4-Movimiento su signo [4-Ollin].
Se llama Sol de Movimiento,
porque se mueve, sigue su camino.
Y como andan diciendo los viejos,
en él habrá movimiento de tierra,
habrá hambre,
y así pereceremos.
En el año 13-Caña,
se dice que vino a existir.
Nació el Sol que ahora existe.
Entonces fue cuando iluminó,
cuando amaneció,
el Sol de movimiento que ahora existe.
4-Movimiento es su signo.
Es éste el Quinto Sol que se cimentó,
en él habrá movimiento de tierra,
en él habrá hambres.
Este Sol, su nombre 4-Movimiento,
este es nuestro Sol,
en el que vivimos ahora,
y aquí está su señal,
cómo cayó en el fuego el Sol
en el fogón divino,
allá en Teotihuacan.
Igualmente fue este Sol
de nuestro príncipe, en Tula,
o sea Quetzalcóatl.

El relato no presagia nada bueno. Al igual que los cuatro Soles previos desaparecieron por distintas causas, aquí se nos dice de la manera en que habrá de ser destruido el Sol en que vivimos: temblores de tierra que producirán hambruna.

Habrà que esperar...

La importancia de los catálogos históricos en el estudio de los desastres

Virginia García Acosta^{III}

CIESAS Ciudad de México



Portada de «Y volvió a temblar» cronología de los sismos en México (de 1 pedernal a 1821).

Cuando acudimos al llamado de Eduardo Matos para dedicar tiempo de nuestras investigaciones a reflexionar, desde nuestros ámbitos profesionales específicos, lo que estaba ocurriendo a raíz de la ocurrencia del temblor del 19 de septiembre de 1985 y su fuerte réplica del día siguiente, nunca imaginé que ello me llevaría a dedicar gran parte de mi vida profesional a estudiar, desde la perspectiva histórica y antropológica lo que luego denominaríamos “desastres”.

En un principio, y animada por Teresa Rojas, me sumé a coordinar esa tarea, de la mano de Juan Manuel Pérez Zevallos (q. e. p. d.) y con el apoyo de estudiantes básicamente de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Había que proceder como en cualquier investigación seria: elaborar un proyecto, diseñar una metodología, elegir la perspectiva teórica

en el que se enmarcaría, pero sin duda, iniciar todo ello identificando lo que solemos llamar “el estado de la cuestión”. ¿Qué se había escrito y/o publicado sobre la historia de los sismos en México? Nos interesaban en particular las cronologías, pues de las preguntas que circulaban en el ambiente, tanto en el científico como en el cotidiano, en la prensa y en el seno de las familias estaban algunas como ¿desde cuándo tiembla en México? ¿en México siempre ha temblado? ¿por qué tembló esta vez tan fuerte? ¿qué deberíamos hacer cuando tiembla? ¿Qué han hecho nuestros antecesores en este país cuando temblaba? El número 135 de Cuadernos de la Casa Chata, “Y volvió a temblar” *Cronología de los sismos en México (de 1 pedernal a 1821)* es el resultado de tratar de resolver algunas de esas preguntas.

Ofrece más que una cronología, es decir, un recuento, un catálogo con la totalidad de la información encontrada en fuentes básicamente primarias, pero también secundarias, en un periodo acotado: de 1 pedernal a 1821, es decir, incluye las épocas prehispánica y colonial mexicanas.

¿Por qué “1 pedernal”? Porque fue el fechamiento más antiguo que encontramos sin correspondencia clara con el calendario cristiano. Para el resto de sismos registrados en la época prehispánica, la mayoría de ellos en códices y anales prehispánicos o coloniales tempranos, sí logramos tener una fecha traducida del sistema calendárico náhuatl al cristiano. Así que al sismo registrado en Alva Ixtlixóchitl (1975, I: 264-265) como ocurrido en el año 1 pedernal, le siguen los siguientes que en la expresión glífica muestran la fecha en el calendario náhuatl, y al lado una glosa escrita posteriormente del año al que esa fecha correspondía en el calendario juliano y más tarde en el gregoriano.^[2] Así, encontramos aquellos que no están reportados en ninguna otra fuente como los de 1455 (año 3 casa), 1460 (año 7 pedernal), 1462 (año 9 conejo), 1468 (año 2 pedernal), y 11 más, ocurridos todos ellos antes de la llegada de los españoles a estas tierras y de contar con registros escritos en español.^[3]

En nuestra búsqueda encontramos que existían algunos catálogos sobre sismos en México. Estos eran de dos tipos. Los producidos por sismólogos, que podrían calificarse más bien de cronologías con datos como fecha, ubicación, cálculos de intensidad e incluso magnitud, es decir con la información que a un estudioso de los temblores le interesa y le es útil para sus pesquisas. Los otros catálogos eran aquellos generados durante el siglo XIX, que reflejan de alguna manera el interés por entender y explicar la naturaleza propio de la Ilustración, o simplemente la curiosidad de quienes los elaboraron, pues se trata más bien de recopilaciones, aunque algunos incluyen un poco más de información sobre los impactos del sismo en cuestión, o al menos lo califican de “fuerte”, “mediano” o “leve”. Uno de estos constituye una joya bibliográfica. Me refiero al manuscrito *Catálogo de terremotos desde 1507 hasta 1885*, de

Manuel Martínez Gracida. Fue esta cronología la que sirviera de base para la que hasta entonces, segunda mitad del siglo XX, se usaba como la más completa, elaborada por Juan Orozco y Berra titulada *Efemérides seísmicas mexicanas*.^[4]

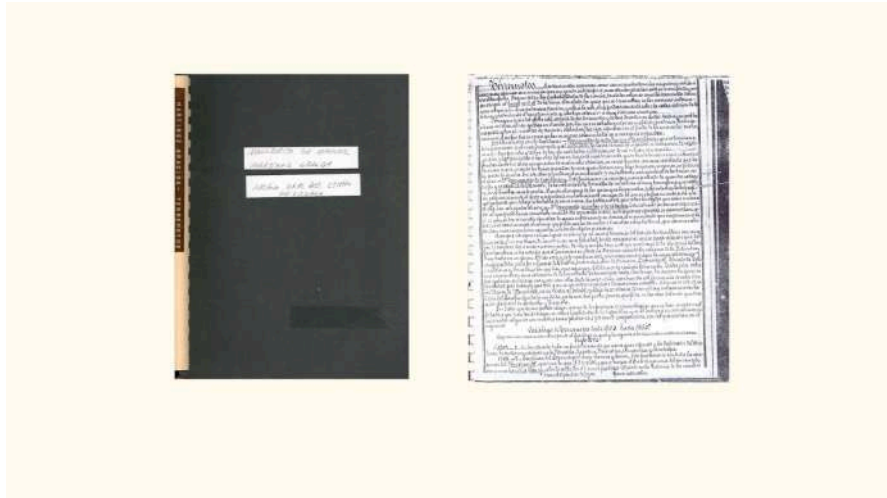


Imagen 1. Manuscrito de Manuel Martínez Gracida (1898)

Los catálogos localizados fueron utilizados, pero hubo que hacer una cuidadosa depuración de la información, pues había gran cantidad de errores en la datación, localización, etc. Sólo se dejó la información que fue posible corroborar en fuentes primarias.

Recordemos que estamos hablando de la etapa preinstrumental de la sismología mexicana, es decir, de registros para un periodo en el que no se contaba con equipo especializado en detectarlos y mucho menos medirlos. Los primeros sismógrafos que hubo en México se instalaron en 1904.

Después del sismo de 1985 y antes de *“Y volvió a temblar”...* salió publicado un pequeño catálogo sobre sismos que cubría exclusivamente la ciudad de México elaborado por María Concepción Amerlinck (1986), cuya información también fue verificada y, en su caso, incluida en *“Y volvió a temblar”...*

Poco tiempo después nos buscaron autoridades del entonces denominado Departamento del Distrito Federal para invitarnos a llevar a cabo un proyecto que constituyera una continuación del anterior. Lo llevamos a cabo y apareció un segundo catálogo, que abarca al Valle de México y es una continuación del anterior (García Acosta *et al.*, 1988).

Finalmente llegó el que denominamos el “gran proyecto”, que consistía en completar, ampliar, buscar en acervos fuera de la ciudad de México, no solo estatales sino también municipales e incluso privados, hurgar en bibliotecas esparcidas por el país y llevar a cabo el que

esperábamos fuera el gran catálogo sobre sismos en México. Se trató de un proyecto de varios años que tuvo como eje central los requisitos inevitables para elaborar este tipo de catálogos: homogeneidad, continuidad, complementariedad y confiabilidad de las fuentes. Estuvo apoyado por el sismólogo que siempre estuvo interesado en estos temas y que fue fundamental en el diseño del proyecto mismo, en su desarrollo y en su culminación, Gerardo Suárez Reynoso.^[5] El producto alcanzó sus objetivos y se plasmó en un grueso volumen de más de 700 páginas con la información obtenida para la etapa preinstrumental de la sismología mexicana: del año 1 pedernal hasta 1913 (García Acosta y Suárez Reynoso, 1986). Incluimos unos años posteriores a la instalación de los sismógrafos en México porque resultaba interesante cotejar el contenido de los registros anteriores y posteriores a ello.^[6]



Imagen 2. Portada del libro *Los sismos en la historia de México*.

Unos años más tarde América Molina y yo tuvimos la oportunidad de participar en una reunión mundial que, organizada en Sicilia por la International School of Geophysics, tuvo como objetivo reflexionar y discutir sobre la catalogación de temblores. Cada país debía presentar su metodología y alcances sobre el tema. El comparativo fue extraordinario y rindió enormes aprendizajes. El caso de México fue altamente valorado.^[7]

Los resultados de toda esa larga investigación sobre sismos históricos mexicanos fueron muy productivos en todos sentidos,^[8] alentadores y bien recibidos, además de reveladores sobre todo en términos teóricos y metodológicos. Por ello, decidimos emprender dos proyectos sucesivos siguiendo una metodología similar, aunque con preguntas distintas resultado de las lecciones aprendidas en el anterior.

Se trata de dos grandes proyectos de investigación, básicamente asentados en el CIESAS, cuyos resultados principales ya fueron publicados y que derivaron igualmente en múltiples publicaciones de diferente índole. Sólo nos referiremos brevemente a ellos.

Son también dos catálogos históricos, con información abundante obtenida en fuentes básicamente primarias (de archivo, hemerográficas, bibliográficas, etc.), pero en este caso relacionados con fenómenos hidrometeorológicos.

Uno de ellos es sobre lo que calificamos de desastres agrícolas, que incluyen eventos asociados con la escasez o con el exceso de agua, es decir extremos climáticos que provocan ya sea sequías o inundaciones, desbordes de ríos, etc., y que se distinguen por ser de súbito impacto o de impacto lento, por lo cual tanto la búsqueda de la información como su posterior análisis resulta ser un poco más complicada. No es lo mismo rastrear en los acervos un sismo que ocurrió un día, en un mes y un año específico, que, por ejemplo, una sequía que en la documentación histórica realmente se sabe que ocurrió cuando se cuenta con los resultados del proceso que se llevó a cabo. Incluye, como todos, índices temáticos y toponímicos exhaustivos. Este catálogo cubre, en dos volúmenes, desde la época prehispánica hasta inicios del siglo XX (García Acosta *et al.*, 2003 y Escobar, 2004).

El segundo catálogo al que nos referimos es sobre huracanes y fenómenos climáticos extremos a lo largo de cinco siglos de la historia de México (García Acosta y Lozoya Padilla, 2020). Los ciclones y huracanes nos interesaban en particular, no sólo porque su rastreo y ubicación en la documentación resulta menos complicado, sino sobre todo porque se trata de amenazas naturales que están y han estado siempre presentes en nuestro país. Que son recurrentes y cíclicas, pues ya sabemos, y también lo sabían nuestros antepasados, que se presentan cada año de mayo a octubre en determinadas regiones. Así que una de nuestras búsquedas centrales era identificar lo que sociedades pasadas hicieron ante estas amenazas, esperadas y recurrentes, partiendo de la hipótesis de que las sociedades reaccionan ante ellas y que existen aprendizajes que hemos de recuperar. Este volumen, además del catálogo en sí que es de acceso abierto, cuenta como todos los que le antecedieron (de sismos y de desastres agrícolas) con un amplio estudio introductorio que explica el por qué, el cuándo y el cómo de cada investigación. Y además, está enriquecido con cuatro estudios de caso de huracanes o ciclones con una espacialidad y una temporalidad distinta cada uno.^[9]

No abundamos más en este momento es sus contenidos, enseñanzas y resultados, pero sobre estos últimos puedo decir que han sido igualmente numerosos (libros, artículos, capítulos de libro, tesis de grado y posgrado) y, sobre todo, reveladores en términos teóricos y metodológicos, evidenciando con información primaria gran parte de los postulados que alrededor del estudio de los desastres nos hemos planteado durante décadas.

En efecto, podemos afirmar que los catálogos históricos sobre amenazas naturales detonadoras de desastres han sido una base fundamental para la investigación histórico-antropológica de los desastres. Como mencioné antes, los catálogos que hemos elaborado en México no son simples cronologías. Sí están ordenados de manera progresiva de la fecha más antigua a la más reciente, pero su gran valor reside en que además de ello reúnen la totalidad de los datos reportados en la enorme cantidad de fuentes consultadas, alrededor de la presencia de la amenaza natural de la que se trate, de sus efectos e impactos. Así, los estudiosos del ayer, pero también de la actualidad, cuentan con el material necesario para llevar a cabo análisis documentados sobre diversos asuntos políticos, religiosos o económicos, relacionados con el poder y con las desigualdades existentes, con las cosmovisiones y las diversas interpretaciones científicas que fueron modificándose con el tiempo. La información permite también llevar a cabo comparaciones en el tiempo y en el espacio, lo cual resulta particularmente interesante en un par de ejemplos que mencionaré ahora: por un lado, el caso del papel jugado por la Iglesia, y las concepciones religiosas, y su confrontación con el avance científico con relación al origen real de este tipo de manifestaciones de la naturaleza. Por otro lado, el caso de la respuesta de la sociedad, tanto la oficial como la de la población del lugar donde se presentó la amenaza, y en este último caso el tipo de estrategias que desplegó esta última en cada ocasión, sin dejar de considerar que el contexto resultaba determinante en dichas respuestas.

En suma, los estudios analíticos con los datos históricos han permitido llegar a mostrar realidades poco imaginadas e, incluso, han ofrecido la posibilidad de delinear perspectivas de análisis que han modificado las perspectivas teóricas que se tenían hasta hace unas décadas.

Las posibilidades de análisis son realmente múltiples y variadas. Se han vertido en numerosos estudios de caso, algunos pequeños y puntuales, mientras que otros, que resultan verdaderamente notables, han permitido incluso la publicación de libros de alta calidad que estudiaron quizás un caso en particular, una región o una época específicas.^[9] Dan cuenta de lo que puede lograrse con la información proveniente de los catálogos, claro que complementada con aquella proveniente de documentación de archivo y de fuentes bibliográficas y de variada índole, que permita alcanzar los objetivos planteados en la investigación de la cual se trate.

En el caso específico del estudio de sismos históricos, ha permitido contestar preguntas como la que hiciera hace algunos años el extrañado sismólogo Cinna Lomnitz, en uno de sus libros titulado *Los temblores* (Lomnitz, 1999): “¿qué es lo que mata, los temblores o los edificios?”

Nuestra conclusión, lanzada en el título del primer libro que publicamos en La Red (Red de estudios sociales en prevención de desastres en América Latina), que fundamos en 1991, es categórica: “los desastres no son naturales”.

Las reflexiones vertidas en esos numerosos estudios de caso, y su comparación en el tiempo y en diferentes regiones, que se han dado a conocer en publicaciones diversas aparecidas a ambos lados del Atlántico, conforman actualmente un vasto y rico acervo sobre desastres históricos que ha sido revelador en muchos sentidos. En primer lugar, ha permitido constatar que los desastres asociados con amenazas naturales, en este caso con los temblores, se deben a factores diversos, que en conjunto hemos englobado dentro de un concepto previamente mencionado y al que recurro de nuevo dada su importancia sustancial en los procesos de desastre: la construcción social de riesgos. Ésta es producto de procesos tanto globales como locales, en la cual la creciente vulnerabilidad social y la exposición al riesgo, entre otros factores, han generado las condiciones para los desenlaces desastrosos que siguen ocurriendo en nuestro planeta.

Referencias bibliográficas

Albini, P., García Acosta, V., Stucchi, M. y Musson, R. W. (eds.) (2004). Investigating the records of past earthquakes [número especial], *Annals of Geophysics*, 47(2-3).

Alva Ixtlixóchitl, F. (1975). *Obras Históricas* (O' Gorman, E., ed.), 2 tomos. UNAM.

Amerlinck, M. C. (1986). *Relación histórica de movimientos sísmicos en la Ciudad de México (1300-1900)*. Socicultur.

Escobar Ohmstede, A. (2004). *Desastres agrícolas en México. Catálogo histórico (siglo XIX)*. Fondo de Cultura Económica / CIESAS.

García Acosta, V. (2004). Historical earthquakes in Mexico. Past efforts and new multidisciplinary achievements. *Annals of Geophysics*, 47(2-3), 487-496.

García Acosta, V., Hernández, R., Márquez, I., Molina, A., Pérez, J. M., Rojas, T. y Sacristán, C. (1988). Cronología de los sismos en la Cuenca del Valle de México. En *Estudios sobre sismicidad en el Valle de México* (pp. 409-496). DDF / ONU PNUD / HABITAT.

García Acosta, V. y Suárez Reynoso, G. (1996). *Los sismos en la historia de México, vol. I*. Fondo de Cultura Económica / CIESAS / UNAM.

García Acosta, V., Pérez Zevallos, J. M., y Molina del Villar, A. (2003). *Desastres agrícolas en México. Catálogo histórico. Tomo I: Épocas prehispánica y colonial (958-1822)*. Fondo de Cultura Económica / CIESAS.

García Acosta, V. y Padilla Lozoya, R. (2021). *Historia y memoria de los huracanes y otros episodios hidrometeorológicos extremos en México. Cinco siglos: del año 5 Pedernal a Janet*. CIESAS / Universidad de Colima / Universidad Veracruzana.

Lomnitz, C. (1999). *Los temblores*. Conaculta.

Machuca, P. (En prensa). *Sociedad y desastre en las Filipinas del siglo XVII*. Universidad de Valencia.

Molina del Villar, A. (2004). 19th Century Earthquakes in Mexico: three cases, three comparative studies, *Annals of Geophysics*, 47(2-3), 497-508.

Reseñas de “Y volvió a temblar” Cronología de los sismos en México

Bohem de Lameiras, B. (1988). En *Relaciones*, 9(35), 148-149.

1. Correo: vgarciaa@ciesas.edu.mx ↑
2. El reemplazo del calendario juliano por el gregoriano en las regiones católicas de todo el mundo se llevó a cabo a partir de 1582. ↑
3. Estos 11 ocurrieron en 1469, 1475, 1480, 1489, 1490, 1495, 1496, 1499, 1507, 1512, 1513. La mayoría de ellos aparecen acompañados de otros acontecimientos importantes ocurridos ese mismo año: batallas, eclipses de sol o de luna, etc. ↑
4. En aras de no abultar demasiado la bibliografía de este texto, las referencias completas a estos documentos utilizados en nuestro catálogo las he omitido. Se encuentran todas en García Acosta y Suárez Reynoso, 1996, en la sección “Fuentes bibliográficas” (pp. 657-671). ↑
5. Gracias a él se obtuvo el apoyo del IPGH para que América Molina y yo pudiéramos hacer una estancia de investigación en Sevilla, en el Archivo General de Indias. El contacto con él se inició desde un principio, cuando era Jefe del Departamento de Sismología del Instituto de Geofísica de la UNAM, y continuó cuando él se convirtió en director de ese Instituto y más tarde en Coordinador de la Investigación Científica de la misma UNAM. ↑
6. Este catálogo de sismos históricos se sumó a los existentes en diferentes países del mundo y, a la vez, animó la realización de otros más reconociendo que se trataba de un ejemplo a seguir. Lo anterior ocurrió en varios países de América Latina, así como en diversas entidades federativas y regiones en México mismo. ↑

7. En esta célebre reunión, que se llevó a cabo en 2002 en el prestigioso Ettore Majorana Foundation and Centre for Scientific Culture ubicado en Erice, Sicilia, estuvieron presentes representantes de 30 países provenientes de los cinco continentes. Los trabajos presentados por México (cfr. Molina, 2004 y García Acosta, 2004), así como todos los demás, fueron posteriormente publicados en un voluminoso tomo de *Annals of Geophysics* (Albini *et al.*, 2004). [↑](#)
8. Por ejemplo, América Molina obtuvo su licenciatura en Etnohistoria en la ENAH (1990) y yo misma mi doctorado en Historia en la UNAM con los resultados de esos proyectos (1995). [↑](#)
9. Elaborados por Héctor Strobel, Roberto Campos, Ana María Parrilla, Raymundo Padilla y María N. Rodríguez. [↑](#)
10. Uno muy reciente que reúne estas cualidades y que está a punto de salir publicado, que problematiza el caso del temblor de 1645 en Manila, Filipinas, con una perfecta ubicación en el contexto en el cual se presentó para explicar el desastre ocurrido, es el de Paulina Machuca (en prensa). [↑](#)

México. Septiembre 19, 1985. ¿Temblor/Terremoto?

Teresa Carbó^[1]

CIESAS Ciudad de México

Carmela Pérez Carbó y Nicolás Pérez Carbó



Portada del libro *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*.

Primera parte

Cuando ocurrió...

Mis hijos y yo estábamos en el DF y su papá en Buenos Aires. Rentábamos a una señora llamada Doña Pachita una de dos casas en el mismo predio de su propiedad: Juárez 70, Centro de Tlalpan, frente a Ciesas (Juárez 87). La casa tenía patio y, allí, un árbol: un viejo trueno (*Ligustrum lucidum*), retorcido y de escasa copa. Instalada la planta baja con enormes muebles labrados, casi negros, habíamos puesto telas de colores que protegían el tapizado y alegraban sala y comedor. Teníamos una perra, varias maletas y nuestros respectivos artículos personales. La construcción misma, vernácula a todas luces y de muchos años, resistió intacta el temblor y la réplica.

Carmela: Despierta, en el baño, percibí el temblor: largo y fuerte. Desde el quicio de la puerta grité para despertar a mi mamá y a mi hermano. Veía cómo la casa entera se movía. Tuve miedo de los vidrios del *hall* (ver mi croquis del 1^{er} piso). Grité. Mi mamá se despertó y, juntas, le gritamos a Nicolás, que al fin se despertó.

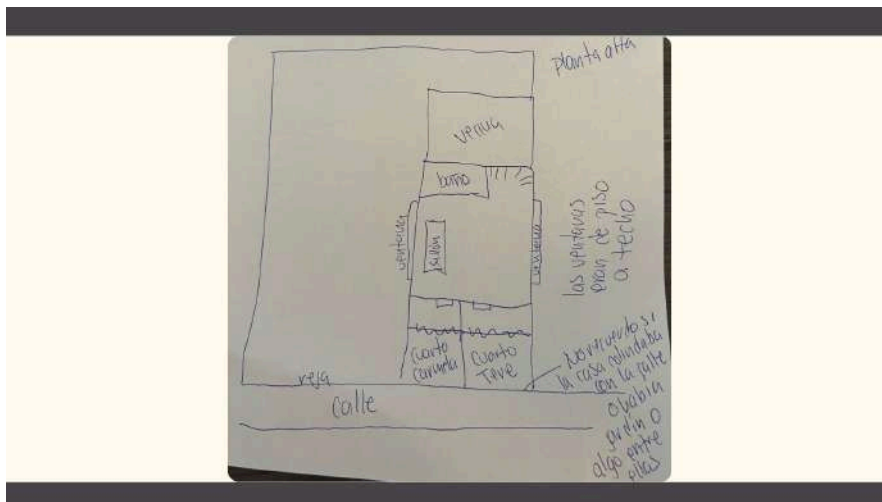


Imagen 1. Croquis elaborado por *Carmela Pérez Carbó*

Nicolás: Me despertaron los gritos de Carmela y Tere. Yo dormía debajo de la escalera, en una especie de cuevita. Era de escalones de granito, volados y empotrados en la pared. ¡Se movían! Salí al patio cuando ya casi terminaba el temblor.

Carmela: Fui a la escuela caminando, quedaba muy cerca. Cursaba secundaria. Allí nos fuimos enterando por la radio de que algo grave había pasado. Supimos que se había caído una escuela en Tlalpan. Eso nos impresionó. No recuerdo que mencionaran “fallecidos”. Sí hablaban de “damnificados”, que podían ser, supongo, muertos o personas evacuadas. O sea, sí nos fuimos enterando de cosas, pero como que nos sonaban lejanas; no sé. Fue después, en la casa, que vimos la tele, y ya pues entendimos más la magnitud del asunto.

Nicolás: Mi mejor amiga de la primaria vivía a dos casas de nosotros, en la esquina de la cuadra (ver mi croquis y el de mi hermana). Temprano, iba a su casa y ahí comía un sabroso segundo desayuno. Su mamá es alemana y traía Nutella, que no se conseguía en México entonces. Nos íbamos juntos caminando a la escuela.

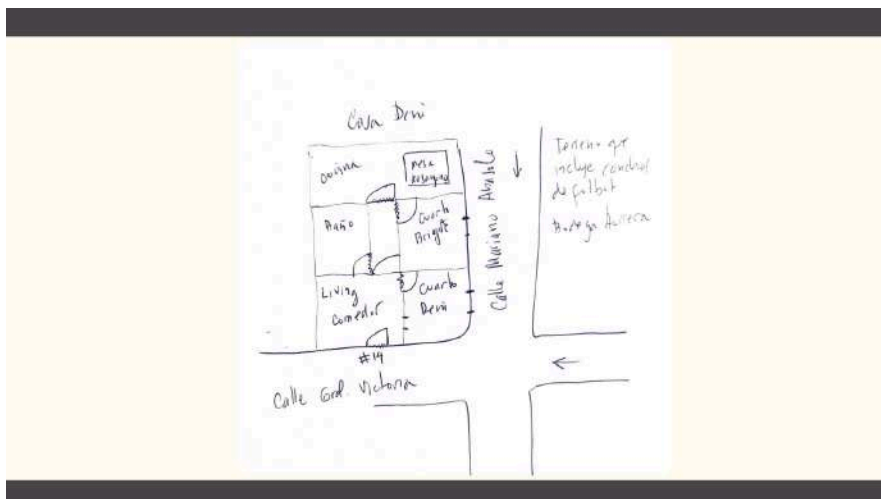


Imagen 2. Croquis elaborado por *Nicolás Pérez Carbó*

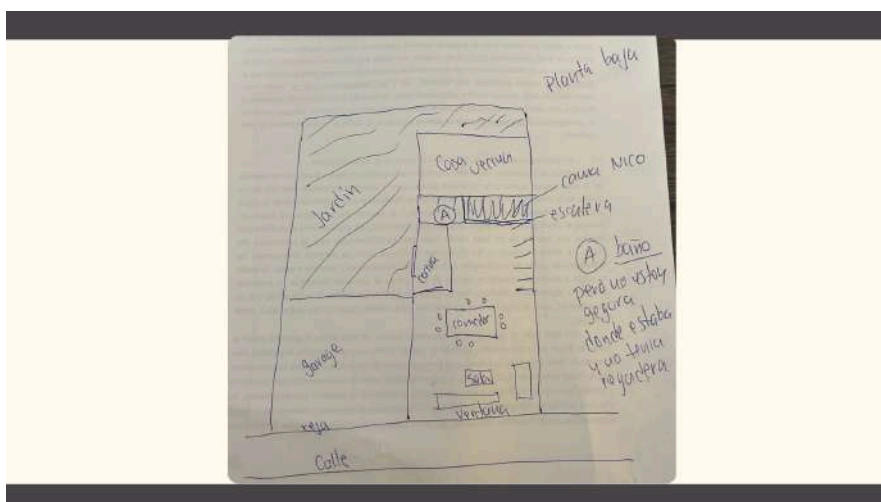


Imagen 3. Croquis elaborado por *Carmela Pérez Carbó*

Carmela: El viernes, cuando fue la réplica, mi mamá se aterrorizó. Nos hizo salir al patio al instante y, después de que terminó, nos hizo quedar mucho rato más. El árbol del patio se movía, y la perra gemía aplastada sobre el piso. Volvimos finalmente a la casa, y ahí estuvimos. Creo que esa noche anunciaron el cierre de las escuelas.

Nicolás: La mañana del jueves fue distinta porque, del susto del temblor, mi amiga se hizo una fea quemadura en una pierna con agua hirviendo para el té. Su mamá la llevó al hospital. Yo fui a la escuela con el compañero de la mamá, que también vivía ahí y era docente nuestro. Allá fue un día normal de clases. Nos mantuvieron adentro, tranquilos, aunque muchos ya sabían que algo malo había pasado. No pusimos mucha atención al asunto. Completamos el horario escolar habitual. No encendieron ninguna tele.

Carmela: Mientras no hubo clases, yo tuve mi primera experiencia de voluntariado. Hacen ya 40 años y ahora, con estos recuerdos, me percaté de que eso, a la larga, trazó un rumbo en mi vida. Sembró una vocación, digamos. Con mi tesis de maestría en la Universidad de Essex (MA in Management Studies) me especialicé en el campo de la responsabilidad social, tanto empresarial como de la sociedad civil (ONGs y fundaciones).

Nicolás: La tarde del temblor mi mamá no nos dejó salir ni a la tiendita, a 3 casas de distancia. Prohibido terminantemente. Por la tele fuimos conociendo la magnitud de la catástrofe. Eran noticias raras, pero me daba cuenta de que eran graves y cada vez peores.

Carmela: En la casa de la abuela de una amiga mía, en el Pedregal, un grupo de señoras tuvo la iniciativa de preparar lunches para rescatistas y voluntarios.

En una larga mesa de la cocina, cada una hacía cosas diferentes; siempre la misma, como en una línea fabril de producción. Con el pelo bien recogido, 8 horas de pie, la secuencia era: untar mayonesa o mostaza en una rebanada; ponerle jamón; ponerle queso; la otra rebanada; cerrar el sándwich; envolverlo en una servilleta; añadir una naranja, un juguito y un caramelo; ponerlo todo en una bolsa de plástico; cerrarlas con nudo firme, no muy apretado (no existían los Ziplocs). Nos habían explicado que en la zona de desastre había muchísimo polvo. Urgía estimular la producción de saliva y aliviar las gargantas lastimadas por la sequedad. Por eso la naranja y el caramelo.

Supongo que todo eso se pagaba con aportes voluntarios de las señoras. No sé. Mis amigas y yo trabajábamos con sincero ahínco. Éramos cuatro y teníamos 13, 14, 14 (yo) y 15 años. Nos llevaba y traía en auto la hija de la dueña de casa, mamá de la amiga de 13. Súbitamente llegaban pedidos: ¡500 bolsitas para la Cruz Roja! Las recogían ‘motoqueros’ solidarios. Iban y venían. Había también camionetas de voluntarios que trasladaban herramientas, cosas más grandes o en mayor cantidad. En otras habitaciones de la misma casa se acopiaban y ordenaban donaciones: agua embotellada, ropa, pañales, alimentos enlatados, medicamentos y más. Cuando no estábamos en la urgencia de lunches, ordenábamos cosas ahí. También ayudábamos en los pedidos urgentes para el centro de acopio: números variables de garrafones de agua, paquetes de pañales, latería u otras cosas para tal o cual albergue. En filas se iba cargando el transporte; pasaba de mano en mano.

Nicolás: No me dio miedo. Supongo que en el momento me habré asustado, aunque era común que en México temblara. Donde vivíamos no pasó nada, ni nos afectó de manera directa. Fue importante, triste y vimos cómo dañó a toda la ciudad. Recuerdo que ocurrió el temblor; que pasó, y que después volvimos a la vida normal. La verdad, puedo evocar mucho más nítidamente el mundial de fútbol en 1986. No he guardado ningún rechazo a México, para

nada. Cada vez que puedo, viajo desde Buenos Aires a visitar a mi mamá y a mi hermana y su hijo, en la CDMX. Allí me crié y conservo queridos amigos de la primaria. Esa unión se ha mantenido activa en formato digital porque muchos vivimos en distintos países.

Carmela: Sobre emociones posteriores, pues, los temblores son parte cotidiana de vivir en Ciudad de México. De 1985, recuerdo mi pesar; no puedes ser indiferente ante algo así. También conservo el conocimiento corporal de si un temblor estuvo rudo o no. Alguna vez, en un lugar poco seguro, he tomado mi bolsa para que, si algo me pasaba, identificaran mi cuerpo. En 2017 que, evidentemente, fue muy fuerte, caminé desde mi oficina en el centro histórico hasta mi casa. Me inquietaban mi hijo y su cuidadora. Cuando supe que estaban bien, ¡ya! Respiré. También en 2017 apoyé a los damnificados del Multifamiliar Tlalpan, con seguimiento digital y algunos aportes financieros. Después supe que allí vivía y militaba un estudiante de mi mamá, y sus hermanos. Sostuvieron una lucha importante, basada en gran medida sobre una exitosa política digital de comunicación, interna y hacia afuera.

Teresa: Mis hijos se sorprendieron ante mi invitación, aunque la aceptaron y presentaron sus respectivos recuerdos con sinceridad, y vívidamente. Les agradezco de todo corazón. Quisiera ahora destacar un par de rasgos en sus testimonios.

Carmela enuncia algo importante: el “conocimiento corporal” (son sus palabras). Expresa así una memoria encarnada en la propia subjetividad. Imborrable. Son las células mismas que, afectadas, aprendieron. Es insostenible separar cuerpo, vivencia y recuerdo. Es el sujeto completo quien porta la memoria.

Nicolás manifiesta un modo de funcionamiento de la memoria: la distancia relativa del hecho respecto al campo personal de intereses. Nitidez y duración emanan de esa pertinencia emocional. Los vínculos afectivos reconstruyen los caminos de recuperación del almacenamiento (inclusive inconsciente) del sujeto.

Segunda parte

En CIESAS:

“Mucho ayuda el que no estorba” decía una cintilla a la cabeza de varios periódicos en los días álgidos después del terremoto. Abajo, en tipografía más chica, se instaba a la población que no tuviera habilidades específicas para apoyar en los rescates, cada vez más apremiantes, a que se mantuviera en sus hogares, liberando las vialidades para camiones y maquinaria pesada.

En el centro de Tlalpan, sin afectaciones, los lingüistas acudíamos diariamente a nuestro grande cuarto en la Casa Chata. Leíamos los periódicos con afán y angustia; todos diferentes según nuestra costumbre habitual, y los comentábamos en voz alta: que rescataron otro bebé vivo; que escuchan un golpeteo en las ruinas de tal edificio; que van a informar de avances y más. Horas enteras vivimos así. También nos reíamos con notas chuscas o macabras (que las hubo, muchas): “ésa, ésa es la pierna de mi madre” (descrita en “restos humanos”). Crecía la fama del grupo voluntario “los Topos” y subían las cifras de las fatalidades. El presidente hacía declaraciones dizque alentadoras, mientras ignoraba las críticas que tempranamente surgieron sobre su desempeño como jefe de Estado. Hizo un par de giras en zonas de desastre (ataviado en inolvidable chamarra deportiva de piel) y, encerrado, agradecía a los países solidarios que mandaban equipos, carpas, maquinaria, medicinas y expertos.

Hasta que, con base en la sabia admonición de ese refrán (nuevo para mí), logré convencer a mis colegas para que analizáramos el tratamiento periodístico del asunto, como lingüistas y como analistas de discurso. Ése sería nuestro aporte específico. Tocaba sumar y, de esa manera, ayudaríamos en la crisis.

En unas pocas sesiones tomamos acuerdos básicos: cada uno estudiaría el tema de su elección: gobierno, economía, sociedad civil, fotos y caricaturas, columnas de opinión, editoriales, testimonios y más. Muchos de esos asuntos se entretrejían y ligaban, pero, como desde el principio decidimos también que no aspirábamos a ninguna tipología ni, mucho menos, a una insostenible exhaustividad, no importaba si nuestros textos se traslapaban parcialmente. Nuestro escrutinio cubriría los 10 días naturales posteriores al evento. El plazo era una hipótesis (confirmada), a saber: que en ese lapso habrían aparecido los principales tópicos y modalidades discursivas del tratamiento periodístico.

Éramos Gabriela Coronado, Víctor Franco, Rodrigo de la Torre y yo. Gabriela dijo desde el principio (y lo reiteró ante este nuevo proyecto) que ella no escribiría, que dialogaría con todos y nos apoyaría. Temo haberla monopolizado escandalosamente. Inés Medina, secretaria del Programa de Lingüística (un privilegio insólito en el Centro, que los Hopkins habían conseguido mucho tiempo atrás) nos ayudaba y nos alentaba. Hacía fotocopias, café y galletas, o iba a comprar sándwiches y cigarros en las tienditas cercanas.

Cuando la escritura estuvo concluida, pedí al profesor Hans Saettele que nos leyera e hiciera un prólogo o prefacio, si le parecía. Encontró muy interesantes nuestros resultados, y escribió una presentación breve, elogiosa y perspicaz. También teórica, psicoanalíticamente hablando.

En su momento nos pareció casi positiva de más. Sin embargo, lo muy poquito que he releído de algunas partes de nuestra publicación, me ha sorprendido hasta qué punto resultaron pronósticos nuestros diagnósticos de las fallas, ausencias, errores, omisiones, quiebre social, ideológico y político, amargura, cólera y desencanto en grandes sectores de la sociedad y afectación irreparable del sistema postrevolucionario en su conjunto.

Los lingüistas no fuimos los únicos que practicamos nuestros saberes en la emergencia: también lo hicieron los antropólogos sociales, historiadores, pedagogos y politólogos de Ciesas. En noviembre de ese año, Eduardo Matos Moctezuma, director general, publicó en el número 4 de un modesto boletín titulado *Desde la Casa Chata* una presentación de las investigaciones en curso.

Éstas eran: “Historia social de los sismos en México”, “La destrucción del quinto sol y su actualidad”, “Las repercusiones del sismo en el sector salud”, “La situación de la educación formal en algunas zonas de desastre”, “Formas de cooperación y organización, sismo y estado”, “La organización de los vecinos en la colonia Roma”, “Una lectura de ciertos temas relacionados con el sismo en la prensa capitalina”, y “Estudio de los efectos del proceso sísmico en Ciudad Guzmán, Jalisco, y en otras poblaciones de los estados de Michoacán y Guerrero”. Matos invitaba a la comunidad a sumarse a esas investigaciones o a proponer otras. Como director, nos apoyó siempre firmemente y nos autorizó a suspender las investigaciones que tuviéramos en curso para concentrarnos en este proyecto institucional.

En la escena académica de la CDMX:

Tampoco fuimos los del CIESAS los únicos en hacer estudios de esta índole. Colegas de El Colegio de México (Centro de Estudios Demográficos y Urbanos) y de la UNAM (Instituto de Investigaciones Sociales) también publicaron en 1987 sus análisis especializados de alta calidad y mucho interés. Seguramente aparecieron más que no registré en su momento. No hice una nueva búsqueda bibliográfica para esta evocación. Me basé sólo en los materiales que tenía reunidos desde entonces en una cajita especial. Los incluyo en la bibliografía con respeto y reconocimiento.

Incluyo también reverberaciones e iniciativas de este mismo año, aniversario 40: una exposición organizada por la asociación “Colmecas *alumni*” y la Biblioteca “Daniel Cosío Villegas” de El Colegio de México con la participación de graduados de la casa, en la cual escribiré. Y una conferencia sobre la emergencia en salud mental durante los sismos de 1985 (Manzanares Ruiz, 2025) del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Es pequeña mi cosecha, pero es algo. Asimismo, un artículo de un investigador holandés, visitante este año en

CLACSO México, que ha colaborado con colegas de la Unidad Sureste y los tiene en alta estima (Schulz, 2021). Es interesante conocer las medidas tomadas en Alemania ante el Covid-19, tema del artículo.

Mencionado el Covid, añado que, en mi trayectoria de trabajo, los desastres que no son naturales (frase afortunada de Virginia García Acosta y un geólogo de la UNAM que ha devenido lema crítico en el área de estas calamidades) me han seguido interesando. En 2017, en la Línea de Antropología Semiótica de Ciesas, dirigí la tesis de maestría de un estudiante que habitaba el Multifamiliar Tlalpan y que militó en la lucha de ese conjunto (Guerrero Cantera, 2019). Parecería que los desastres cautivan a quienes los escrutan, y los/nos jalan con fuerza centrípeta. Ese mismo tesista acaba de doctorarse, en el CIESAS también, con una investigación sobre Covid en Oaxaca.

Antes del Covid, cuando la Influenza H1N1, el CIESAS nuevamente, y de excelente manera, unió ciencias sociales y acontecimientos catastróficos de gravedad y alto impacto. América Molina del Villar coordinó el trabajo de varios equipos en el proyecto *La epidemia de la influenza humana*, cuyos resultados aparecieron en la revista de la casa (*Desacatos* núm. 32, 2010). ‘De vuelta al trigo’, ahí estuve (sólo en formato digital), con la nueva modalidad de investigación que este Centro me ha permitido y facilitado, gracias a la completa libertad intelectual que reconoce en sus integrantes. Siempre en la prensa plana, mi evidencia empírica fueron esta vez las fotografías, dibujos y caricaturas que visibilizaban ese temible enemigo invisible, como di en llamarle.

Desde afuera, otras lecturas y comentarios:

También otras lenguas y otras reacciones. En inglés apareció publicado un artículo de mi autoría en un libro sobre diferencias y divisiones en textos orales y escritos (Carbó, 1989). Con base en las conclusiones analítico-críticas de la publicación de 1987, el foco de ése, mi trabajo, es la selección léxica de la cobertura periodística en 1985, asunto que había advertido mientras escribíamos el análisis grupal pero que no había podido desarrollar. Sola y cierto tiempo después, pude mostrar cómo la prensa en su conjunto había logrado nunca nombrar a la muerte ni a los muertos: la parca, la inexorable, la aterradora extinción del vivir no debe enunciarse, porque eso equivale a casi invocarla. ¡Punto en boca! El discurso periodístico mexicano lo hizo por medio de un interesante deslizamiento de sentidos en los vocablos de una amplia familia semántica. Los lexemas, como la vida misma, son dinámicos y se despliegan en un mapa de confrontaciones y/o alianzas, que en esta ocasión se modificó muy poco.

Los fallecidos son cadáveres, que conllevan un riesgo sanitario, o son víctimas, que merecen compasión. El tema del peligro a la salud pública fue el argumento invocado por las autoridades para acelerar las demoliciones, cosa a la que vecinos y familiares organizados se opusieron con ferocidad comprensible y tenaz. Tenían razón: siguieron encontrándose sobrevivientes días y días después de que ellos hubieran detenido a la maquinaria pesada (cual enormes tiranosaurios mecánicos) con sus propios cuerpos, pequeños en comparación, aunque animados por la fuerza de la esperanza.

Admito que los procesos de eufemización con base en el desplazamiento significativo fueron un éxito rotundo de la ideología en el discurso oficial: quienes se habían quedado en la calle, sin casa ni enseres domésticos, ni coches o herramientas de trabajo, eran *damnificados*; la población herida, mutilada o en shock traumático severo eran *personas afectadas*; los desplazados, eran *reubicados*, y así sucesivamente. Saldo neto (aparente): nadie murió.

Quisiera agregar (y subrayar) que una buena porción del humor negro con el que los lingüistas conjuramos el horror, el espanto y la furia en los meses de nuestro trabajo conjunto parece haberseme colado en ese artículo. Sólo advertí tal fenómeno cuando la mayoría de las reseñas que el libro recibió en Europa y en EE. UU. (que fueron numerosas) expresaba escándalo, rechazo y hasta indignación moral ante lo que calificaban como nuestra insensibilidad, mal gusto o inclusive vulgaridad (no he releído esas reseñas ni lo haré).

Barbara Bradby, lingüista de la Universidad de Dublín (Trinity College), con trabajo de campo en América Latina, y experiencia personal de calamidades geosísmicas en Colombia, escribió una reseña sobre nuestra publicación del CIESAS, en la que destina mucha minuciosa atención al asunto léxico (Bradby, 1989). Analiza con perspicacia y empatía las relaciones semánticas y vivenciales que conectan sismo, temblor, terremoto, demolición, derrumbe, colapso, temor (y su cercanía a temblor). La segunda parte del título de este ensayo mío (“¿Temblor/Terremoto?”) es una simplificación de los matices delicados de la reflexión de la colega de habla inglesa. No obstante, creo que sintetiza bien una tendencia (hoy creciente) a minimizar retrospectivamente los peores hechos sociales y políticos, los más traumáticos, relegándolos a un pasado que, según esto, no se repetiría. ¿Seguro que no?

El clamor de los familiares y amigos de los asesinados durante la última dictadura cívico-militar en Argentina, y de los niños robados a sus madres en cautiverio, sigue vigente, quizás hoy más que nunca. “Memoria. Verdad. Justicia” es una demanda que no hemos de olvidar. En ningún país, en ningún momento, por ninguna motivación pragmática o estratégica.

Bajándole a la densidad emocional, diré que, cuando he comentado con colegas y amigos mexicanos mi glosa personal del dilema léxico de Barbara Bradby: “el terremoto que aquí llamamos temblor”, cunde la risa y la aprobación de su exactitud y pertinencia.

Retorno a mis coautores y a las autoridades de Ciesas:

Celebro poder sentir admiración por la agudeza de mi hija Carmela cuando describe el mismo proceso de desplazamiento léxico sobre el que me he extendido párrafos arriba, sin conocer nada de lingüística, análisis de discurso o habla oficial. Ni noticia tuvo de la existencia de ese tema en mi trabajo; no ha leído mi artículo en inglés y hasta profesa sentir aburrimiento por mis comentarios (que a menudo le parecen también innecesarios) sobre las distintas formas de hablar de las personas en diferentes situaciones comunicativas. No obstante, su testimonio muestra que quien vive con atención y activa presencia los tiempos y lugares que le tocan, aprende de todo ello. Sin saberlo, sabe más de lo que cree saber. Esto, por cierto, puede entenderse como una reformulación ‘doméstica’ de la teoría de Chomsky sobre la capacidad de juicio y análisis de los hablantes nativos de una lengua natural.

Destaco también las reflexiones que ambos hijos hicieron acerca de sus procesos de memoria y olvido, que aportaron a mi pequeña e incidental exploración sobre subjetividad, memoria y olvido, con base en la evocación solicitada por el CIESAS. Confirmaban la imbricación estrechísima de esos procesos cognitivos y vivenciales. También confrontaron mi mucha desmemoria con datos ‘duros’ que no se contradecían entre sí. Nuestro trabajo familiar en equipo fue útil y, en conjunto, grato. También afectuoso y re-vinculante.

Me congratulo de que las autoridades del CIESAS hayan emprendido la reedición en formato digital de los trabajos que, con distintos enfoques y especialidades, publicamos en 1987. Es deseable que muchos jóvenes los lean y releen, y que aprendan de ellos. Sí, sí: aprender de quienes nos antecedieron es una práctica útil y noble de (auto)formación y conocimiento. Lo hemos hecho nosotros (veteranos) sistemáticamente, y pienso que ese proceso ha de continuar. Hacerlo beneficiará a las siguientes generaciones. Sobre todo hoy, cuando el planeta íntegro parece en riesgo inminente de implosión por obra del lucro insaciable como dirección única del futuro de la especie humana.

Agradezco de todo corazón

a las queridas expertas (en experiencia de vida y/o investigación) que me apoyaron con información y lecturas de distintas versiones. Los recuerdos revividos y compartidos nutren la esperanza de un futuro mejor.

Beatriz Calvo Pontón reavivó y completó mis recuerdos sobre la dinámica intrainstitucional y el entorno general de nuestro trabajo (campo y archivo) entre octubre y diciembre de 1985. Compartimos muchos años el cuarto apodado Vitruvianas en la Casa Chata, junto con Luz Elena Galván (q. e. p. d.) y Luz María Mohar Betancourt, del grupo fundador del Centro y activa hoy en día, a quien saludo afectuosamente.

Rose Lema Labadie (UAM Cuajimalpa), imaginativa colega, escribió un pequeño relato-glosa-acompañamiento de este texto. Celebro su recurso a la etimología de “recordar” (del latín: volver a pasar por el corazón, según la antigua creencia de que el corazón albergaba la memoria y la mente).

Karla Paniagua Ramírez también hizo comentarios perspicaces y gentiles. Ella es especialista en el diseño del mañana. Doctora por ÍCONOS (Instituto de Investigación en Comunicación y Cultura). Maestra por el CIESAS (dirigida por Víctor Franco Pellotier, q. e. p. d.). Columnista durante muchos años de “Cinemántropos” en el *Ichan Tecolotl*. Hoy desempeña importantes responsabilidades en CENTRO (Centro de diseño, cine y televisión).

Deni Reye Broch, amiga querida, vecina entonces y ahora nuevamente, precisó varios aspectos del testimonio de Nicolás Pérez Carbó, y resolvió desacuerdos entre él y yo. Todas las veces él tenía razón y yo estaba equivocada.

Nora Lustig me hizo valiosas recomendaciones sobre mis criterios narrativos. Lo ha hecho en ocasiones anteriores, para otros trabajos míos. Incorporé sin dudarle todas sus sugerencias.

Referencias bibliográficas

Bradby, B. (1989). A review of *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*. *Sociolinguistics*, 18(1), 149-162.

Carbó, T. (coord.) (1987). *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*. CIESAS

Carbó, T. (1989). When Bodies Become Words: some verbal representations of the 1985 Mexico City earthquake. En Torode, B. (ed.), *Text and Talk as Social Practice. (Discourse difference and division in speech and writing)* (pp. 3-24). Foris Publications.

Carbó, T. (2010). La visibilización de un enemigo invisible: la influenza AH1N1 en fotografías de prensa. *Desacatos (Revista de Antropología Social)*, (32) [Especial, Molina del Villar, América (coord.), *La epidemia de la influenza humana*]. <https://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/2409>

Dirección General de CIESAS (1985). Invitación a la comunidad antropológica a participar en las investigaciones en curso sobre las consecuencias sociales del sismo del 19 de septiembre. *Desde la Casa Chata* [Boletín], núm. 4, noviembre.

El Colegio de México (2025). *40 años del terremoto de 1985*. Exposición organizada por la asociación Colmecas *alumni* y la Biblioteca “Daniel Cosío Villegas”, con la participación de graduados de la casa.

Guerrero Cantera, L. A. (2019). *Cuando decir es luchar. Prácticas discursivas en la movilización de las y los damnificados del Multifamiliar Tlalpan y Damnificados Unidos de la Ciudad de México* [Tesis de Maestría]. CIESAS, Unidad Ciudad de México.

Manzanares Ruiz, M. (2025, 26 de junio). *Desajustes psíquicos. Emergencia y atención de los profesionales de la salud mental en los sismos de 1985* [Conferencia]. Seminario de Historia Social y Cultural de la Salud y la Enfermedad en México, Instituto de Investigaciones Históricas [evento digital].

Mecatí, J. L., Michel, M. A., y Ziccardi, A. (eds.) (1987). *Casa a los damnificados. Dos años de política habitacional en la reconstrucción de la ciudad de México (1985-1987)*. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Schteingart, M. (ed.) (1987). Los sismos de septiembre de 1985 en la Ciudad de México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 2(1) [Número especial].

Schulz, M. S. (2021). Germany and Covid-19. En Nederveen Pieterse, J., Lim, H., y Khondker, H. (eds.), *Covid-19 and Governance: Crisis Reveals* (sin paginación). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003154037>

Anexo: citas y reseñas a Carbó, 1987 y Carbó, 1989

Carbó, T. (coord.) (1987). *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*. CIESAS.

Citado en:

Alcaldía de Santiago de Cali (Secretaría de Gobierno, Subsecretaría de Emergencias y Desastres) (1996). *Plan para la mitigación de riesgos en Cali*.

Alonso, J. (1998). La educación en la emergencia de la sociedad civil. En Latapí Sarre, P. (coord.), *Un siglo de educación en México* (2 tomos). Fondo de Cultura Económica.

Fonte, I. (1992). Un ensayo de análisis de discurso periodístico: Huelga general en La Habana (1902). *Signos (Anuario de Humanidades)*, Año 6, Tomo 1, pp. 97-112.

García Acosta, V. (1995). Desastres 'naturales': un nuevo campo de estudio en México. En *Inventario Antropológico. Anuario de la revista Alteridades, Vol. 1* (p. 83). UAM-Iztapalapa.

García Acosta, V., y Suárez, G. (1996). *Los sismos en la historia de México*, Tomo I. UNAM / CIESAS / FCE.

Núñez de la Peña, F. J. (1992). La construcción de la realidad y el terremoto de 1985. En Rosenblueth E. *et al.*, *Macrosismos* (pp. 41-45). CIESAS.

Reseñado en:

Bradby, B. (1989). A review of *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*, *Sociolinguistics*, 18(1), 149-162.

Carbó, T. (1989). When bodies become words: Some verbal representations of the 1985 Mexico City earthquake. En Torode, B. (ed.), *Text and Talk as Social Practice* (pp. 3-24). Foris Publications.

Reseñado en:

Button, G. (1989). Review of *Text and Talk as Social Practice*, Brian Torode (ed.), Dordrecht, Foris Publications, 1989. *Sociolinguistics*, 18(2).

Campion, P. (1990). Review of *Text and Talk as Social Practice*, Brian Torode (ed.), Foris Publications, 1989. *Sociology of Health and Illness*, 12(1).

Doran, C. (1991). Review of *Text and Talk as Social Practice*, Brian Torode (ed.), Dordrecht, Foris Publications, 1989. *The D.A.R.G. Newsletter*, 7(2).

Drew, P. (1990). Review of *Text and Talk as Social Practice*, Brian Torode (ed.), Dordrecht, Foris Publications, 1989. *Sociology*, 24(3), 1990.

Ellis, D. (1992). Review of *Text and Talk as Social Practice*, Brian Torode (ed.), Dordrecht, Foris Publications, 1989. *Discourse & Society*, 3(3).

Leitao, S. (1990). Review of *Text and Talk as Social Practice*, Brian Torode (ed.), Dordrecht, Foris Publications, 1989. *Australian Journal of Human Communication Disorders*, 18(1).

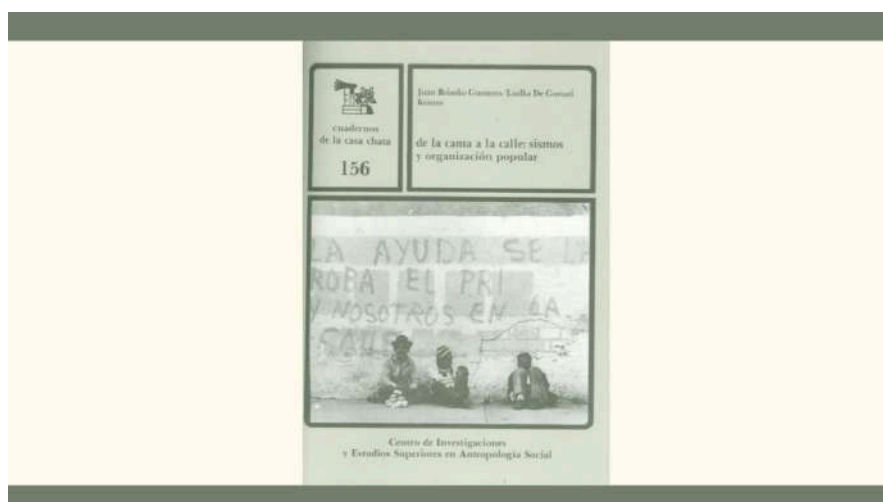
Maxwell, J. (1991). Review of *Text and Talk as Social Practice*, Brian Torode (ed.), Dordrecht, Foris Publications, 1989. *Language*, 67(1).

1. Correo: tcarbo@ciesas.edu.mx [↑](#)

El de Tepito está bendito. 40 años después los de Tepito siguen benditos

Juan Briseño Guerrero^{III}

CIESAS Ciudad de México



Portada de *De la cama a la calle: sismos y organización popular*

La antropología en la investigación del trabajo “*De la cama a la calle*”, *sismos y organización popular en la ciudad de México*.

Desde el inicio de la investigación sobre “los sismos” en la ciudad de México, la propuesta, en nuestro caso, fue obtener información directamente del trabajo de campo realizado en las colonias en donde se registraron daños severos a la población y sus viviendas, particularmente en zonas afectadas pero mantenidas al margen o completamente ausentes de los principales medios de difusión públicos y privados; estos últimos se centraban en cubrir los muy evidentes derrumbes de los edificios más grandes.

Frente a la emergencia, una gran mayoría de los habitantes del entonces Distrito Federal asumió y, en muchos casos, intentó resolver de manera directa la emergencia provocada por los dos sismos. La magnitud de la catástrofe generó, en la mayoría de las zonas consideradas populares en donde el impacto fue directo, muchas formas de solución y respuestas inmediatas, gran parte de ellas surgidas de una identidad que aún no se reconocía o se aceptaba entre los vecinos afectados.

La emergencia y la velocidad de los cambios en las diversas situaciones, no daba lugar para realizar o formalizar un proyecto o un guion de investigación con objetivos definidos. Día con día, sobre todo después del primer impacto, se modificaban las condiciones de los habitantes residentes en cada uno de los lugares afectados.

En este contexto, una de las primeras etapas necesarias para decidir hacia dónde dirigir el trabajo de campo fue la identificación de las áreas afectadas, aún no llamadas o caracterizadas por la prensa y algunos organismos oficiales como zonas de desastre, en donde la población seguía realizando, ya instalada en campamentos muy precarios en la calle, actividades de rescate, auxilio, y protección, cabe señalar, contra la rapiña perpetrada por los integrantes de la policía capitalina.

En el mismo trabajo de campo y el recorrido exploratorio en la zona del centro la ciudad en algunas colonias afectadas, se optó por recurrir a la antigua herramienta antropológica: realizar estudios de caso en colonias populares involucradas de manera directa en la solución de su propia emergencia, que por otro lado se encontraron al margen de todo tipo de atención.

En los primeros recorridos de exploración por las calles del Centro Histórico se registraron daños en construcciones de varios niveles, habilitadas como fábricas o bodegas, pero al parecer no fueron catastróficos. Sin embargo, no fue posible visitar ningún edificio, todos permanecían cerrados.

El impacto en los edificios habilitados como viviendas fue mayor. En la observación inicial, se obtuvo una primera imagen de las condiciones de pobreza de gran parte de los habitantes de las partes más antiguas de la ciudad. Habitaban “cualquier cuarto para dormir”, en casas viejas convertidas en vecindades. Pocas de ellas se habían construido con ese propósito, la gran mayoría se fueron “adecuando” al crecimiento de las familias que, hoy, no se podrían considerar típicas; también se usaban como bodegas de mercancías diversas, herramientas, talleres, cocinas, utensilios de trabajo relacionados con las actividades laborales de los inquilinos.

La característica general de las casas habitación era el deterioro, causado por falta de recursos destinados al mantenimiento, el hacinamiento, la precariedad y carencia de servicios públicos. La gran mayoría se hubieran podido considerar como inhabitables desde antes de los sismos.

En este contexto, se establecieron criterios mínimos para seleccionar los casos, que pudieran ser representativos de la respuesta de la población de las colonias reconocidas como populares. La velocidad que habían adquirido los procesos causados por las catástrofes provocaba cambios en las respuestas y en las decisiones de las personas afectadas, en los grupos, en la composición de las organizaciones vecinales, en sus objetivos, sólo había una coincidencia: “salir a la calle para no morir, lo que sigue, es fácil” “lo de siempre”.

En términos muy amplios, localizamos en las colonias populares organizaciones vecinales preexistentes, que tenían diversos objetivos, en puntos de desastre que habían obligado a los habitantes a instalarse en la calle, “dormir en la calle, es bien duro”, vecinos de la cuadra haciendo trabajo de custodia de niños, de negocios y de los recursos de los pequeños negocios.

Otra de las características que se podrían considerar como generales, en las zonas afectadas, era el predominio del subempleo entre los habitantes, condición que dificultaba o de manera definitiva imposibilitaba la compra de las viviendas. En la mayoría de los casos de las vecindades visitadas los inquilinos pagaban rentas, algunas congeladas, otras de precios bajos por su deterioro, situación que afectaba de manera directa la inversión en mantenimiento.

Quienes tenían ingresos suficientes, frente al temblor, abandonaban la colonia al presentarse la oportunidad. También había un gran número de habitantes que tenían su principal fuente de ingresos, “trabajo”, en la misma colonia, y no se plantearon la posibilidad de cambiar de rumbo.

La magnitud del impacto de los temblores en la ciudad afectó a la mayoría de la población, aunque evidentemente de manera distinta, y exhibió las profundas diferencias sociales, los estigmas y las caracterizaciones clasistas impuestos a las colonias populares, que desde el primer momento parecían influir en las formas en que la mayoría de los ciudadanos empezaron a ver y acercarse a las zonas afectadas. Aún antes de superar la emergencia de los rescates en los grandes edificios, los capitalinos en sus respectivas afiliaciones, estudiantes, empleados, integrantes de colonias populares, organizaciones de todo tipo, empezaron a participar de manera directa en la solución de las emergencias. Otros tomaron distancia, otros más no salieron de la situación de parálisis provocada por las escenas de la catástrofe, incluso se registraron, en zonas no afectadas, a familias que se encerraron ante el temor del brote del caos y la amenaza de saqueos.

Se podría afirmar que el objetivo implícito de la población de las colonias populares estudiadas en este trabajo, después de sortear la primera emergencia, era evitar el caos. Las acciones inmediatas, además de conseguir los bolillos para el primer y segundo susto, fueron para garantizar, en sus espacios naturales inmediatos, la custodia y resguardo de las pertenencias consideradas más valiosas para las familias. Entre las primeras medidas tomadas por los inquilinos o los vecinos estuvo la de establecer las guardias para resguardar los derrumbes y evitar cualquier tipo de saqueo, situación que no se presentó en las colonias populares; después se decidió localizar o reencontrar a los integrantes de las familias, sobre todo a quienes estaban en tránsito hacia sus respectivos trabajos a la hora de los sismos. Estas primeras acciones fueron reconocidas por los inquilinos y vecinos como muy importantes para ayudar a superar el impacto emocional en las familias que perdieron todo. Redescubrieron que entre ellos tenían mucho en común y que se podía confiar en los demás. Esta ayuda mutua entre vecinos y conocidos en el momento en que no se podía recurrir a nadie, mitigó y ayudó a superar las situaciones más difíciles: “al principio nadie se quebró” “eso, de quebrarse pasó después”.

Es importante mencionar que nadie entre los vecinos pensó o esperó ayuda, ni reclamó la presencia o colaboración del gobierno, de las organizaciones políticas, sociales, gremiales, de las grandes centrales sindicales oficiales, de la iglesia católica ni de otras religiones. Ninguna de las grandes instituciones y empresas privadas se acercó.

Solo en algunas de las zonas los vecinos conocían de la existencia de las organizaciones políticas y sindicales oficiales relacionadas con el gobierno del PRI o algunas independientes; la gran mayoría de los vecinos de las colonias populares no tenía relaciones o conocimiento de la existencia de organizaciones formales.

En la “cuchilla” ubicada en colonia Vicente Guerrero, sí se tenía un conocimiento y una politización derivada de manera directa de las actividades de defensa de los vecinos, no era el caso en el campamento de la plaza Torres Quintero, ubicada en el barrio de Tepito. Ambas son consideradas como colonias populares, por ello desde fuera, desde la visión “tradicional” de los capitalinos, se les calificaba como de difícil acceso o tradicionalmente peligrosas, por “el tipo de habitantes” y “sus oficios”. El libro, en lo que se podría considerar una segunda parte, cuenta con una muy buena secuencia de fotos sobre las vecindades y viviendas, trabajo de Manuel Muñoz, integrante de la UVCG, y de Ludka de Gortari. La foto que ilustra la portada del libro es de Manuel Muñoz.

La identidad y la creación de las comunidades vecinales

A medida en que la ciudad regresaba a la “normalidad”, la magnitud de la catástrofe provocada por los sismos se mostraba con toda claridad a los capitalinos de las colonias populares, de manera principal a los inquilinos y vecinos más afectados, quienes, no obstante, su condición de pérdida total, se vieron obligados a reanudar sus trabajos y actividades. Aunque empezó a llegar más ayuda, principalmente en alimentos y ropa, en el barrio de Tepito, en una de nuestras zonas de investigación, la calma se empezó a transformar en incertidumbre, ante la poca certeza que se tenía de la viabilidad de sus actividades económicas, de la posibilidad de conseguir cuartos de renta, casas o locales en donde reanudar el comercio. Las personas dedicadas al comercio ambulante, en las calles de la misma colonia, regresaron a sus antiguas esquinas, con la esperanza de vender un poco.

Desde el campamento, instalado en la plaza Torres Quintero frente a sus antiguas vivienda, se fue reinventando la comunidad que solo se había visto en los múltiples préstamos cotidianos de todo tipo de enseres, pequeñas cantidades de dinero, en los funerales, en las fiestas, o cuando había que intervenir en la conciliación de los múltiples chismes antes de que se rebasaran los límites tolerables. Los vecinos de la cuadra, los inquilinos de las vecindades, después de salir a la calle al momento del primer sismo fueron los primeros en presentarse en los derrumbes en las viviendas para auxiliar a las personas que se habían quedado rezagadas; para el segundo sismo todos ya traían la ropa puesta, ya estaban en la plaza, llaves del gas cerradas, la electricidad desconectada y los objetos de valor en custodia. En los alrededores no se mencionó ningún caso de robo.

En nuestros casos ubicados en colonias populares y sus alrededores, no se podría considerar la existencia previa de una sola identidad vecinal o de condiciones sociales homogéneas y estables. Tampoco se podría hablar de actividades culturales, cívicas o religiosas, aunque frecuentemente emprendidas de manera colectiva, que pudieran ser consideradas como actividades derivadas de la identidad vecinal. Por lo contrario, sí podría mencionarse un proyecto de individualización y distanciamiento cotidiano entre los vecinos derivado de los esfuerzos personales o familiares por superar las condiciones de pobreza, simbolizada de manera directa por la simple pertenencia o ser inquilino del barrio. En las familias se mantenía de manera permanente la expectativa de cambiar de rumbo, “de clase social”, con el objetivo de lograr una mejor situación económica que posibilitara el abandono de la vecindad y las condiciones de precariedad consideradas insuperables en la colonia; conseguir una casa propia o un departamento.

La gran mayoría de la población había migrado, desde diversos estados de la república, a la hoy Ciudad de México, la ciudad capital, en busca de trabajo. Muchos de los pobladores son hijos de esos migrantes que se radicaron en los barrios del Centro Histórico a causa de los bajos costos de las rentas. En el centro, por supuesto, también “quedan” auténticos descendientes originarios del barrio.

Una característica muy importante “del Centro” es ser un área de trabajo y habitación, de tal manera que los derrumbes no expulsaron a un número muy importante de pobladores; quienes sí abandonaron en su mayoría trabajaban fuera o tenían trabajo fijo.

Los vecinos, los que viven y trabajan en la colonia, en el comercio informal, talleres, artesanos, puestos de comida, permanecieron frente a los derrumbes aún después de rescatar las pertenencias consideradas de valor; dormían en albergues habilitados por los mismos vecinos en bodegas o construcciones que no sufrieron daños. Nadie se trasladó a los albergues oficiales instalados de manera tardía por el gobierno de la capital.

Los sismos generaron la creación de organizaciones efímeras, en un primer momento como víctimas ante la necesidad de superar la urgencia. Estas primeras organizaciones frecuentemente se originaron en antiguas lealtades o en las relaciones de parentesco, entre integrantes de los espacios, aunque en disputa siempre compartidos, formadas por inquilinos expulsados por los derrumbes. Quienes tenían lugares en dónde refugiarse, de hecho, se fueron. Aquí es importante señalar que, durante el trabajo de campo, los afectados nunca de manera directa se consideraron o asumieron la condición de víctimas.

Los campamentos cerca de los derrumbes, organizados inicialmente para participar en el auxilio de los vecinos, se convirtieron en sitios de reunión e intercambio en donde se empezaron a organizar las primeras acciones conjuntas de defensa de los inquilinos de los barrios, colonias y vecindades ante la amenaza expresa de desalojo por los dueños de las viviendas. Fue en los campamentos en donde se decidió transitar de la respuesta a la emergencia a la elaboración de proyectos de vivienda y de desarrollo urbano que incluyeran el respeto a los barrios.

Durante toda la emergencia, “el gobierno” de la ciudad y el gobierno federal desaparecieron, en los pocos lugares en donde se presentaron lo hicieron por medio de la policía capitalina, misma que tuvo que ser retirada de los derrumbes ante los múltiples señalamientos y acusaciones de rapiña. Esta fue su primera aparición. No se puede decir que antes del sismo ninguno de ambos gobiernos tuviera una presencia importante; por lo contrario, era notoria su ausencia en la vida cotidiana de los habitantes del centro.

Se tenía un único punto de referencia: la corrupción, y los sismos lo reafirmaron.

En las colonias en donde existían o tenían presencia organizaciones vecinales se pasó casi de manera inmediata del rescate urgente a la elaboración de demandas de aplicación de políticas públicas de vivienda, no solo para sus colonias. Casi de manera natural se establecieron los vínculos con los movimientos urbanos preexistentes.

Es probable, como declaró uno de los secretarios del gabinete federal, que el crecimiento y la creación de alianzas políticas formales entre los movimientos urbanos haya logrado sacar al gobierno federal de la condición de colapso, para pasar de manera directa a aplicar la política de control social de la población, empleando tácticas anti subversivas: “El gobierno no pretende controlar estatizar o monopolizar las tareas de emergencia” “pide se olviden suspicacias, querellas, oposiciones” “y se evite que la movilización popular las demandas legítimas de los habitantes nos produzcan problemas de agitación social”.

Sin embargo, el movimiento popular siguió creciendo, obligando al gobierno a abandonar la política de contención social, sin proponer o presentar ninguna alternativa o tener algún tipo de respuesta a las organizaciones. Este momento, breve en tiempo de sismos, se podría considerar como el segundo colapso: el gobierno federal acepta primero, incluso se lo apropia, el discurso de las demandas de los movimientos populares urbanos, para después tratar de establecer vínculos directos con las organizaciones. Por otro lado, las poblaciones del margen o marginadas se hacen presentes de manera cotidiana en los espacios políticos, antes exclusivos para grupos y sectores relacionados de manera directa con la presunta representación popular, políticos profesionales.

Por incapacidad o por colapso de los antiguos mecanismos e instrumentos de control social o político, el gobierno federal no trató de imponer o inventar un interlocutor único para resolver las demandas de los capitalinos afectados por los temblores, en gran medida debido a que las organizaciones y partidos políticos siempre fueron considerados como parte del gobierno; aunque sí trató de involucrar al PRI, este simplemente fue desechado.

Después del inicio de la presentación de las demandas por parte de las representaciones de las organizaciones populares, muchas de ellas realizadas por medio de la prensa, foros y movilizaciones (marchas), desde las instituciones del gobierno se trató de establecer criterios para definir a las víctimas de los sismos, los afectados, los siniestrados, para crear el registro de damnificados de las vecindades en las colonias populares, casas únicas, departamentos y barrios. Estos anuncios impulsaron el regreso de parte de la población que había encontrado refugio fuera de las zonas “siniestradas”, en busca de ser incluidos en los censos para obtener vivienda.

En un último intento, “el gobierno adopta una postura solidaria” con los damnificados; la respuesta política y “solidaria” del gobierno federal (el local seguía colapsado) se concentró en mostrar su preocupación por las víctimas de “los desastres naturales”. Esta fue una manera más de tratar de eludir cualquier responsabilidad gubernamental relacionada con los derrumbes. Aunque con menos insistencia, dentro del gabinete existían posturas que insistían en “controlar por medio de la represión y evitar el crecimiento a cualquier costo de las organizaciones populares”. Durante los momentos de mayor crecimiento de la movilización se mantuvo presente el tono de amenaza contra cualquier intento de responsabilizar a las instituciones públicas.

El movimiento social, la organización popular, logró derrotar las políticas dirigidas a eludir cualquier responsabilidad, del que “se creía poderoso gobierno con su carácter represivo”; el proceso condujo a su casi completa deslegitimación.

Conclusión

Entre los principales resultados es de destacar la importancia de la realización del trabajo de campo en la investigación antropológica, en este caso de las movilizaciones populares frente a los sismos, y, no menos importante, la vinculación directa con los actores y factores que influyen o asumen la solución de la emergencia.

En el mismo sentido, establecer los criterios mínimos de la antropología para la selección de los estudios de caso y superar la imagen clasista y racista proyectada sobre los habitantes de las colonias populares, estigmatizadas por la prensa oficialista, pública y privada, y en gran medida por una especie de llamada “sociedad capitalina”.

Los sismos derrumbaron la soberbia de las formas de gobierno, que parecían producto del desprecio. A toda costa, el gobierno trató de proteger su imagen, refugiándose en aquello de que los sismos son desastres naturales.

La respuesta política oficial hacia las colonias populares, después de salir de su parálisis, fue mantener la distancia y el clasismo hacia la población marginada.

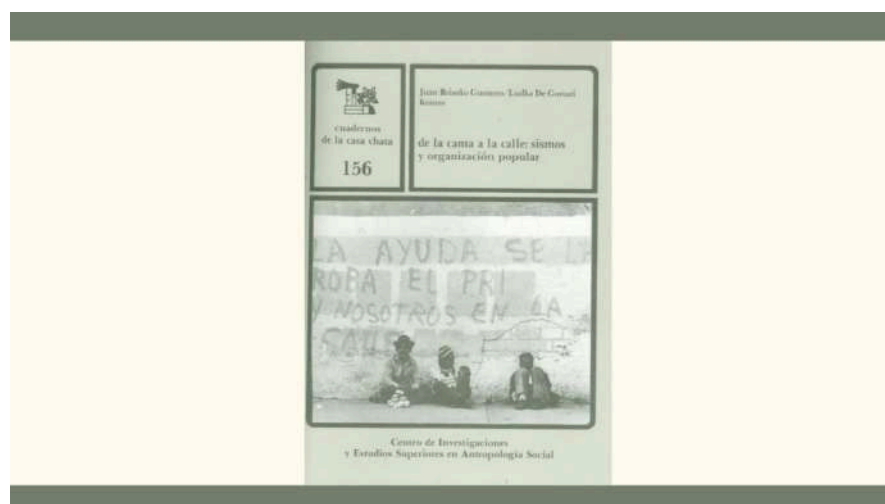
1. Las frases entrecomilladas a lo largo del artículo son citas tomadas directamente del libro, registros del trabajo de campo, en el campamento del barrio de Tepito o en reuniones con integrantes de la UVCG, Unión de Vecinos de la Colonia Guerrero.

Correo: juanb29@ciesas.edu.mx ↑

Movimientos telúricos y antropología viva, 40 años después. Comunidad, ente social que actúa

Ludka de Gortari Krauss^{III}

CIESAS Ciudad de México



Portada de *De la cama a la calle: sismos y organización popular*

Virginia me invita, junto con los demás participantes en las publicaciones (de 1987) sobre sismos de 1985, a propósito de que han pasado 40 años, “a colaborar (...) con una pequeña reflexión, similar a la que hicieron en su momento, pero 4 décadas después”. Mi primera reacción fue que me quedaba muy lejos, lo publicado fue producto de un tipo investigación en campo que no volví a realizar. Han pasado 40 años y se pueden destacar las múltiples investigaciones y publicaciones, la construcción de una metodología y línea de investigación sobre riesgos y desastres, también hay que considerar que esos años son más que los que tenía entonces.

Pero Virginia también sugirió algunas preguntas que me hicieron pensar que sí tenía algo que compartir ahora. Las preguntas: ¿por qué en ese momento acepté participar en esa iniciativa? ¿qué efectos tuvo esa experiencia en mi vida profesional y/o personal? Con ellas incursionamos, ya no en una nueva línea de investigación antropológica, sino en la introspección y recuento de la vida.

Virginia García Acosta, en su texto *Estudio histórico-antropológico de los desastres. De los sismos de 1985 a la pandemia de covid-19 y al Antropoceno*, se refiere así a nuestra publicación:

Juan Briseño Guerrero y Ludka De Gortari Krauss, *De la cama a la calle: sismos y organización popular* (1987). Carmen Icazuriaga aparece como colaboradora de este estudio que se llevó a cabo en dos vecindarios del centro de la Ciudad de México, centrado en un tema específico: “las formas de organización y cooperación, con énfasis en el apego a la identificación del barrio, la cultura política y la solidaridad, como formas atávicas de estrategias de sobrevivencia” (García Acosta, 2025: 8).

La destrucción y las víctimas de 1985, sin precedentes en lo que llevaba de vida

Ante una situación tan apremiante tuve la fortuna de estar colaborando como suplente de la suplente de la secretaria de Organización del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, CEAS, con Lourdes Arizpe como presidenta del Colegio, quien muy pronto, ante el desastre convocó a los agremiados y a las instituciones de antropología, para buscar la forma de colaborar.

Fue así que participamos en la realización de encuestas y censos, diseñados por investigadores del IIS de la UNAM y del INAH, también en la organización de foros y coloquios, así como en la redacción de comunicados públicos en los que se expresaban puntos de vista y juicios profesionales sobre la situación y las alternativas para solucionar, a la vez que se apoyaba tanto a las víctimas que se quedaron sin casa como a aquellos que estaban participando en el rescate de personas atrapadas por los derrumbes de edificios.

En los primeros días, además de medio enterarnos por los noticieros, fuimos a algunas de las zonas más afectadas como la Calzada de Tlalpan, el Centro Histórico o Paseo de la Reforma.

La información más emotiva provenía de mis hermanos que vivían en la colonia Roma y estaban ayudando a mover escombros para llegar a los atrapados, comentaban la desesperación ante quienes acordonaban zonas y declaraban que ya no había sobrevivientes y que entrarían las máquinas a demoler edificios, que dinamitarían. En algunos casos los vecinos y parientes lograban seguir con la tarea. Flotaba la desconfianza sobre la demolición como forma de eliminar la evidencia de que no se respetaban las normas de construcción y ocultar a los responsables.

La colaboración de profesionistas no sólo fue con antropólogos y sociólogos, también fue con ingenieros y arquitectos, muy importante para determinar la situación de los inmuebles, para que sus habitantes no corrieran riesgos, pero también para respaldarlos en los casos en los que se pretextaba la mala situación del edificio para desalojarlos, por las rentas congeladas y no por los daños estructurales.

Retomando, que individualmente era una experiencia inédita, la angustia por la destrucción y la pérdida de vidas se contrastaba con la emoción de ver cómo los grupos de personas resolvían situaciones ante la falta de presencia de las instituciones, se hablaba de acciones solidarias, de vecinos y familiares, pero también de profesionistas y conciudadanos; era ver a un conglomerado social trabajando para lograr objetivos comunes, el momento se vivía como el todo, pero en realidad fueron momentos.

También, entonces, una de las tareas de apoyo era confeccionar cubrebocas para quienes estaban en las labores de rescate entre escombros. Como colegio y profesionistas las tareas propuestas fueron:

[...]

2. Recopilar materiales de entrevistas, observaciones y encuestas sobre los efectos sociales de los sismos y para ello se elaboró posteriormente una guía temática.

3. Formar un centro de acopio de información y hemerografía en el Museo Nacional de Culturas Populares. Este archivo ha seguido enriqueciéndose – durante todo este año, y está a disposición de investigadores, en ese local.

4. Participar con los brigadistas y los organizadores populares en las labores para la reconstrucción. (CEAS, 1986: 13)

En este ambiente extraño, de emociones a flor de piel, la iniciativa de Eduardo Matos, director del CIESAS, de estudiar los procesos sociales que se sucedían a raíz de los sismos, constituyó una oportunidad de aprovechar los instrumentos de nuestra disciplina para documentar los

hechos y colaborar en las soluciones.

Darnos el tiempo para acercarnos al día a día de quienes a consecuencia de los sismos tenían que vivir en el albergue, veían amenazada la permanencia en la vivienda o veían la circunstancia como oportunidad para mejorar. Además de utilizar la guía propuesta por el CEAS.

La relación fraternal con los integrantes de la organización vecinal de la colonia Guerrero, permitió la concertación con un grupo de antropólogos para recibir recursos, provenientes de la venta de grabados donados por Francisco Toledo, para la reconstrucción de viviendas. Este fue un proceso independiente del organizado por el INBA y da cuenta del ambiente colaborativo, creativo y de autonomía que se vivió.

Hasta aquí por qué atendí a la convocatoria de Matos, a continuación, cómo impactó en la orientación de mi actividad académica y laboral.

Esta experiencia acentuó la necesidad personal de que mi trabajo sirviera más directamente para mejorar las situaciones de injusticia o desigualdad. Aunque volví a mi investigación sobre las formas de organización de los talleres alfareros, pronto solicité licencia como investigadora y me incorporé a la administración pública, donde, con diferentes responsabilidades, estuve 26 años, alejada de estos temas.

Ahora, releendo el Desplegado en Prensa que publicó el CEAS el 26 de septiembre de 1985, me inquieta que no sé si hubo estudios que dieran seguimiento a lo propuesto:

2). Hacemos un llamado a que se reconozca y se respete la capacidad organizativa y de solidaridad que ha demostrado la sociedad civil de la ciudad de México. Esta acción nos alienta a pensar que puede ser posible la reconstrucción más humana de nuestro entorno social.

3). Pedimos que no se reconstruyan los edificios públicos afectados, a fin de que se utilicen los terrenos que ocuparon para áreas verdes de la ciudad.

4). Sugerimos que esta seria situación se aproveche positivamente para poner en práctica un adecuado programa de desconcentración de la administración pública y de creación de nuestros polos de desarrollo.

5). Proponemos que los sectores público y social, ofrezcan su decidido apoyo en posibilidades de empleo y garantías de desarrollo, para todos aquellos que deseen comenzar una nueva vida en el interior de la República.

6). Exigimos que se revisen detalladamente las normas de construcción, y que se tomen medidas severas que imposibiliten evasiones y supervisiones fraudulentas en la construcción. (CEAS, 1986: 11 y 12)

Puedo recordar que, con dificultades, pero se tomó en cuenta la capacidad organizativa de algunos sectores capitalinos, también que algunos predios ocupados por edificios públicos afectados se convirtieron en espacios verdes, también que se intentó un programa de desconcentración de la administración pública, algo sobre modificaciones al Reglamento de Construcción de la Ciudad de México, aprovechando que han pasado 40 años. Ahora Google, que entonces no existía, me ayudó a ver el recuento presentado en 2023 por el Dr. Oscar M. González Cuevas, sobre 100 años de reglamentación de la construcción en la Ciudad de México, preparado para el año 2020, pero la presentación se pospuso por la pandemia de covid-19.

Respecto al punto 6 del Desplegado, queda claro que se modificaron las normas de construcción, desde el mismo año 1985 y dos años después, pero en cuanto a las “evasiones y supervisiones fraudulentas”, hasta 2010 se creó el Instituto para la Seguridad de las Construcciones en la Ciudad de México. Me detengo, más o menos a tiempo: lo que tengo que escribir ahora no puede ser el resultado de un estudio de seguimiento, eso tendría que ser un nuevo proyecto de investigación, una vez más extraño a Lucía y lo que habíamos platicado de hacer proyectos de evaluación de políticas públicas.

Lo que ahora puedo referir es cómo la experiencia de participación en 1985, con la expectativa de entender cómo se vive esa empatía, cómo surgen esas ganas de colaborar con otros para ayudar a quienes lo necesitan, percibir cómo cobraban vida comunidades, como unidades sociales en acción —aunque fuera en tiempos acotados, lo que lleva a reconocer que fueron unidades sociales efímeras—, esto qué efectos tuvo en mi vida.

Esta experiencia aunada a otros factores, me ha llevado a valorar a la interacción comprometida como elemento en la producción de conocimiento. Hoy día se habla de investigación colaborativa.

Implicó asumir por primera vez el papel de antropóloga no como académica, y de alguna manera me preparó para tomar responsabilidades operativas y de gestión, incorporando conocimientos y metodologías propias de la antropología.

En 1989, siendo subgerente de apoyo a zonas indígenas en el Programa Rural de DICONSA, el director general me solicitó que le dijera cuántas de las 22 mil tiendas campesinas eran indígenas. Pensé que podía conseguir una lista de los municipios indígenas y relacionarla con

la lista de tiendas en la cual se registraba en qué localidad y municipio se ubicaban. No fue posible conseguir la primera lista. Es decir, la sistematización académica no se había desarrollado lo suficiente en ese sentido, como para proporcionarnos esa herramienta.

Luz María Valdés había trabajado los datos del X Censo General de Población y Vivienda 1980, e identificó más de 500 municipios con 70% y más de población hablante de lengua indígena, pero abandoné la búsqueda por ese camino y opté por la identificación directa del personal en campo. En reuniones con gerentes y supervisores de tiendas campesinas solicité que identificaran a las tiendas que atendían a población indígena en su área de trabajo. Para hacerlo tomarían en cuenta la lengua, la indumentaria, las formas de organización y la autoadscripción. En algunos casos esto no era suficiente y llegamos a plantear que también podrían tomar en cuenta "si los trataban como a indígenas" (de Gortari, 2011: 588).

La identificación y cuantificación de la población indígena era un tema no resuelto, pero pronto el Instituto Nacional Indigenista, tomando como antecedente el trabajo de Luz María Valdés, hizo una propuesta metodológica. "Con la orientación de Arturo Warman como director del Instituto Nacional Indigenista, en la subdirección de Investigación, coordinados por Maya Lorena Pérez y Arnulfo Embriz, trabajaron intensamente los datos del Censo de 1990 y en 1993, siendo director Guillermo Espinosa, se publicó: *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México, 1990*."^[2] (de Gortari, 2017: 1)

Como Directora General de Educación Indígena, (DGEI) de la Subsecretaría de Educación Básica y Normal de la SEP, fue muy importante haber tenido contacto con los dos programas de Formación de Etnolingüistas, coordinados por el maestro Luis Reyes y auspiciados por el CIESAS, el INI y la DGEI (1977-1980 y 1983-1986):

[...] Para la elaboración de los libros en lenguas indígenas retomamos la estructura, propósitos y enfoques pedagógicos establecidos en el Plan y Programas de Estudio 1993 para la Educación Primaria, con adecuaciones a concepciones propias de cada cultura y lengua. [...]

En dos años conformamos 54 equipos, coordinados por el maestro y etnolingüista Eleuterio Olarte, buscamos a maestros y etnolingüistas que ya hubieran participado en elaboración de libros o que tuvieran alguna experiencia de escritura, [...] Organizamos talleres para analizar plan, programas y libros nacionales y construir la propuesta de cada libro en lengua indígena, no se trataba de hacer traducciones sino retomar la propuesta pero adecuada a las características lingüísticas y culturales.

Hubo momentos de parálisis porque no se llegaba a acuerdos respecto a cuál alfabeto usar, para algunas lenguas se contaba con escrituras desde el siglo XVI, del Instituto Lingüístico de Verano, de Academias de la Lengua, de escritores y de etnolingüistas. Se optó por alguna a sabiendas que con el tiempo se podría modificar una vez que se ampliara el uso. (de Gortari, 2011: 588 y 589)

Desde el CIESAS, durante la pandemia, a través de videoconferencias, tuve el gusto de colaborar con Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, INPI, en la construcción de la cédula de información para la realización del Catálogo Nacional de Comunidades Indígenas y Afromexicanas. Que será un instrumento de gran utilidad para la aplicación de políticas públicas.

Además, la experiencia práctica de utilizar las bases de datos para programar con el personal operativo la identificación y el registro de comunidades, también a través de videoconferencias, me hizo evidente la riqueza de la colaboración entre academia y operación.

He querido en este texto destacar el valor de salir de vez en cuando de las torres de marfil, para colaborar con los sujetos de estudio, pero también con instituciones con responsabilidad hacia la población, de diseñar e instrumentar políticas públicas. Nuestra práctica como antropólogas puede aportar elementos para mejorar situaciones, a la par que se nutre el conocimiento.

Referencias

Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales (CEAS) (1986, septiembre). *Boletín del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A.C.*, 4^a Época. <https://ia800805.us.archive.org/28/items/BoletinCEAS1986.4/CEAS%201986-4a%20Epoca-04.pdf>

de Gortari, L. (2011). Antropología y servicio público federal. En *Inventario Antropológico. Anuario de la Antropología Mexicana. Volumen 9, 2007-2008* (pp. 587-591). UAM-Iztapalapa, Red MIFA, Universidad Autónoma de Yucatán.

de Gortari, L. (2017). Orientaciones Arturo. En *Memorias sobre Arturo Warman. Cátedra Interinstitucional Arturo Warman*. <https://www.catedrawarman.unam.mx/pdf/LudkaGortari.pdf>

Embriz, A. (coord.) (1993). *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México, 1990*. Instituto Nacional Indigenista.

García Acosta, V. (2025). *El estudio histórico-antropológico de los desastres : De los sismos de 1985 a la pandemia de covid-19 y al Antropoceno*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

González Cuevas, O. M. (2023, 27 de marzo). *Una revisita en su centenario a los reglamentos de construcción de la Ciudad de México* [Conferencia]. En Info CECIC-Ingeniería Civil, *Historia de los reglamentos de construcción de la Ciudad de México* [Video]. <https://www.youtube.com/watch?v=OpWsGZuhVH4>

Ley del Instituto para la Seguridad de las Construcciones del Distrito Federal. Publicada en la Gaceta Oficial del Distrito Federal el 05 de noviembre de 2010. Última reforma publicada en la Gaceta Oficial del Distrito Federal el 16 de mayo de 2012.

<https://www.aldf.gob.mx/archivo-b7879f89700a15f3af40d0e36f28bb6e.pdf>

Reglamento de Construcciones para el Distrito Federal. Reglamento publicado en Gaceta Oficial del Distrito Federal, el 29 de enero de 2004. Última reforma publicada en la Gaceta Oficial de la Ciudad de México, el 17 de junio de 2016.

https://paot.org.mx/centro/reglamentos/df/pdf/2017/RGTO_CONSTRUCCIONES_17_06_2016.pdf

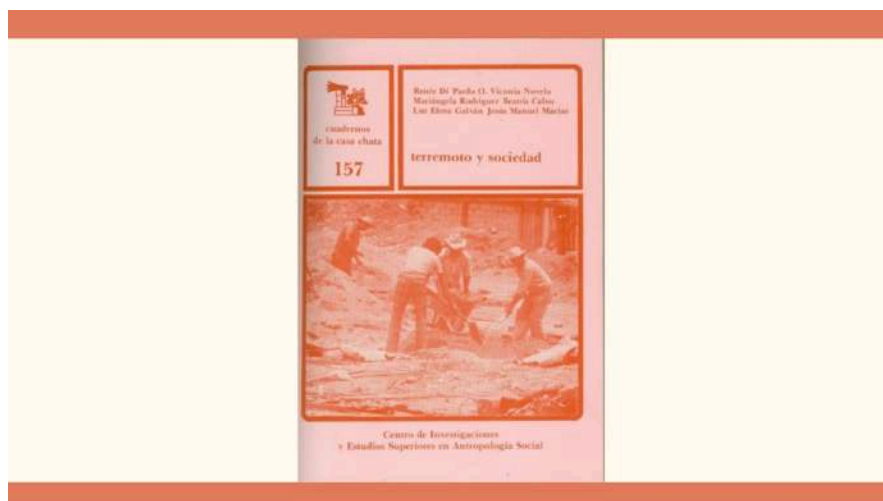
1. Correo: ludka@ciesas.edu.mx ↑

2. Arnulfo Embriz, (coord.), *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México, 1990*, México, INI, 1993. ↑

A cuatro décadas de los terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985. Hechos, consecuencias y pendientes en la educación pública en la ciudad de México

Beatriz Calvo Pontón^{III}

CIESAS Ciudad de México



Portada de *Terremoto y sociedad*.

El terremoto del 19 de septiembre de 1985, con magnitud de 8.1, y el que le siguió la noche del 20 de septiembre, con magnitud de 7.6, dejaron una huella imborrable en la historia de la ciudad de México. Derrumbes de edificios, viviendas, hospitales, o escuelas, pérdida de familias completas o de varios miembros de una sola, pérdida de fuentes de trabajo, son algunos

ejemplos del saldo de la tragedia. A pocos días de ocurrida, Eduardo Matos Moctezuma, entonces director general del CIESAS, convocó a investigadores e investigadoras de nuestra institución interesados en hacer un alto a sus compromisos académicos, con el propósito de analizar los eventos y consecuencias de los terremotos, en sus respectivos campos de estudio. Se trató de una atinada e importante iniciativa, pues fue una forma de dejar testimonio de los lamentables eventos recién ocurridos, con base en la obtención de información empírica e inmediata.

A cuarenta años de los terremotos, que se cumplirán en septiembre de este año de 2025, nuestra colega Virginia García Acosta invitó a quienes respondimos a la convocatoria de Eduardo Matos —algunos trabajos fueron publicados en el número 157 de *Cuadernos de la Casa Chata* en 1987— a retomar los temas abordados en 1985 y reflexionar sobre ellos, para su publicación en el *Ichan Tecolotl*.

En este texto, me propongo resaltar hechos y consecuencias del sismo que considero importantes, tanto por sus efectos inmediatos, así como aquellos a mediano y largo plazo, en la educación básica pública. En ese sentido, haré mención del sismo también ocurrido un 19 de septiembre, pero en el 2017. Y, por último, haré algunas reflexiones sobre las lecciones aprendidas —o no— de ambos eventos.

El trabajo realizado

Luz Elena Galván (q. e. p. d.) y yo, compañeras de trabajo desde 1974 en el campo de la educación mexicana, decidimos responder a la convocatoria del director general. En esos momentos, nos interesó conocer cómo los dos terremotos de septiembre de 1985 habían afectado a la educación ofrecida en planteles oficiales ubicados en delegaciones muy dañadas, y cómo autoridades gubernamentales y comunidad educativa enfrentaron las consecuencias de la catástrofe.

Ambas llevamos a cabo dos trabajos complementarios durante los meses de septiembre de 1985 a enero de 1986. En primer lugar, realizamos una recopilación de material hemerográfico que comprendía las noticias aparecidas en la prensa capitalina, principalmente *Excélsior* y *La Jornada*. Estas noticias fueron divididas en dos rubros: 1. aquellas que desde las plataformas oficiales daban a conocer la postura oficial resumida en la necesidad de reiniciar clases con la mayor prontitud y de “informar” sobre los sucesos, aunque cabe destacar que más que describir lo sucedido, a las autoridades educativas les interesaba resaltar las medidas de

seguridad, educativas, de orientación, de reconstrucción de planteles, etc., adoptadas por la SEP. Y 2. Noticias que se referían a las posturas que grupos de padres de familia y grupos de docentes y directores de escuelas adoptaron ante la posición y medidas oficiales.

En segundo lugar, entre octubre y noviembre de 1985, realizamos trabajo de campo en una zona dañada en el centro de la ciudad de México. Visitamos los campamentos instalados con tiendas de campaña, contiguas unas con las otras, por los damnificados en las calles donde se encontraban sus viviendas, así como los parques y escuelas ubicadas en las colonias Ampliación Penitenciaria y Morelos en la entonces delegación Venustiano Carranza. Pudimos observar el estado de varias escuelas. Por ejemplo, recuerdo un plantel que, como muchos en la zona, constaba de dos niveles. El nivel del segundo piso, a simple vista, se veía frágil, pues los salones contaban con cuarteaduras en las paredes y la escalera se veía muy dañada. Por su parte, la barda al frente de la escuela estaba a punto de derrumbarse.

Nuestro propósito era rescatar información “fresca” estando el problema latente, a través de la observación y pláticas con personas involucradas en la problemática general y, de manera más concreta, en la educativa (autoridades delegacionales, padres y madres de familia, niños y jóvenes, supervisores de zona escolar, directores y docentes de planteles escolares del nivel primaria). Este trabajo ubicó al problema educativo dentro del contexto de una situación más amplia. Las escuelas, así como la comunidad educativa, eran parte de los sectores damnificados en diferentes puntos de la ciudad de México, y los damnificados no eran producto del presente. Tenían historia.

Por tanto, percibimos y comprendimos que los fenómenos inmediatos observables, resultados de los sismos, solamente eran la punta de un iceberg. Debajo de éste y alrededor del mismo, descubrimos cuestiones relacionadas con las condiciones de vulnerabilidad en las que, durante años, habían vivido las familias. Cuantiosas viviendas eran vecindades, o bien departamentos en edificios viejos, con rentas congeladas, en malas condiciones de construcción y sin mantenimiento.

Los planteles educativos también carecían de mantenimiento, muchos de ellos eran construcciones antiguas y olvidadas por las autoridades. Nos percatamos que el sismo sacó a la luz la existencia de serios y graves casos de corrupción relacionados con irregularidades en la construcción de escuelas oficiales. Quizá la más grave fue no haber cumplido con las normas de seguridad en la construcción, al utilizar materiales de baja calidad, lo que dio lugar al derrumbe total o parcial de estos edificios, que a la vez provocó la pérdida de vidas de alumnos y docentes.

Aunado a ello, el manejo de las cifras no fue claro. Por ejemplo, mientras la SEP hablaba de 761 escuelas dañadas, la Asociación de Padres de Familia señalaba que eran 2 mil 532.^[2] Por su parte, el periódico *Excélsior* informaba que 1,500 escuelas en colonias como Roma, Doctores, Guerrero, Tepito, Merced y Tlatelolco resultaron dañadas, lo que entonces representaba 11.4% de la infraestructura educativa de la capital.^[3]

Posteriormente, descubrimos otras irregularidades, en los “peritajes” oficiales, que serían elaborados por especialistas, y que indicarían el estado de las instalaciones educativas después de los sismos. Según los resultados, las escuelas podrían seguir funcionando o no. En este sentido, los peritajes adquirieron un sentido más político que técnico, pues las autoridades delegacionales no los dieron a conocer, a pesar de haberlos ofrecido—inclusive a Luz Elena y a mí (“no les vamos a entregar los peritajes”, nos dijeron después)— y a pesar de las solicitudes por parte de directivos escolares y padres y madres de familia. Resultaba evidente que, al no presentar resultados alentadores, no era conveniente hacerlos públicos, generando falta de transparencia y desconfianza de padres y docentes.

Pasaba el tiempo y las escuelas seguían sin contar con los respectivos peritajes, dando lugar a la suspensión de clases en gran número de planteles. Ello causó que las y los niños damnificados deambularan por las calles, entre los campamentos, sin tener nada qué hacer. Y así, durante días, semanas y quizá meses, se vieron obligados a no asistir a la escuela. Hubo algunas iniciativas por parte de docentes para trabajar en espacios que resultaron poco adecuados, como jardines, calles o terrenos improvisados como aulas. Obviamente, estas medidas no fueron funcionales. Además, esta forma de educación carecía de legitimidad. Por tanto, bajo esas condiciones, resultaba difícil pensar en “volver a la normalidad” y en “no perder el año escolar”.

Con objeto de agilizar el trámite técnico y así apresurar la vuelta a clases, los “peritajes” de las escuelas pasaron a ser “dictámenes” o sencillamente “visitas oculares”, lo que significaba que a simple vista los “peritos”, sin análisis serios, daban el visto bueno para que las escuelas funcionaran, o bien que funcionaran de forma parcial. Ello fue un punto sumamente polémico entre las autoridades y la comunidad educativa.

Ante la insistencia y presión de la SEP por retornar a clases de manera pronta, observamos las posiciones asumidas por dos grupos: la política del gobierno que reiteraba una y otra vez, que “México sigue en pie”, tratando de minimizar la tragedia, y la prisa por “volver a la normalidad” en las escuelas para que las y los niños “no pierdan el año escolar”, por un lado, y la de docentes y padres y madres de familia, por el otro, que argumentaban que lo más importante era la seguridad, así como la vida de sus hijas e hijos y de los docentes.

Otro hecho importante: las escuelas no contaban con una cultura de prevención ni con protocolos de seguridad y de evacuación. Los desastres en la historia de México, provocados por constantes temblores, se deben al suelo frágil —por estar sobre un lago— donde las construcciones están asentadas. Ante esta realidad, era de esperarse que todos los planteles educativos contaran con normas de seguridad. Al no ser así, los inesperados y sorpresivos acontecimientos del 19 y 20 de septiembre, dieron lugar a que las escuelas se convirtieran en un caos, pues no había instrucciones de directores y docentes sobre cómo actuar.

Después de los sismos de 1985

Las escuelas muy dañadas, que no eran pocas, quedaron fuera de uso hasta realizarse las reparaciones, lo que significó un grave problema a la SEP, a saber: ¿qué hacer con miles de jóvenes y niños que de la noche a la mañana se habían quedado sin escuela? De inmediato, las autoridades educativas anunciaron para apaciguar a padres y madres de familia: “hay suficientes aulas en el D.F. para la reubicación de alumnos y maestros cuyos planteles habían resultado muy afectados en otras escuelas”.^[4] Además, anunciaron la instrumentación de varias medidas alternativas, entre ellas: la duplicación de turnos y la reducción a dos horas de los turnos matutino y vespertino, improvisación de aulas, cursos por televisión a través de programas educativos para presentar el material de cada grado escolar, guías de estudio para que los alumnos trabajaran en sus casas con ayuda de sus padres, clases en días festivos, de descanso y vacaciones. Después de negociar con el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, las autoridades educativas decidieron “dejar de lado los temas no fundamentales” y “recortar los programas de estudio”, en vez de trabajar durante días festivos y vacaciones. De esta manera, fuera como fuera, no se perdería el año escolar.

Rápidamente, vinieron las inconformidades de docentes y padres y madres de familia. Dudaban de la utilidad de las medidas alternativas de la SEP. Manifestaron no estar de acuerdo con los turnos de dos horas, pero especialmente no aceptaban la medida de la “reubicación”, pues significaba tenerse que desplazar a otros planteles escolares lejos de sus campamentos. Además, los padres y madres de familia, como damnificados, tenían que atender asuntos cotidianos bastante complicados, y no podrían apoyar a sus hijos con las clases por televisión y con las guías de estudio. Las respuestas más agresivas apuntaban a tener que volver a sus escuelas sin que éstas ofrecieran seguridad, pues muchas no contaban con peritajes —que se habían vuelto el punto neurálgico—, o contaban con arbitrajes contradictorios o mal realizados, y a iniciar en planteles dañados y no reparados, ya fuera en aulas de escuelas o en aulas improvisadas. Es decir, rechazaban una reanudación de clases precipitada como acto de “exhibicionismo”.

Sin embargo, fue de notarse que SEP y padres y madres de familia coincidían en un punto: no se podía perder el año escolar. La observación y las pláticas con los padres de familia nos mostraron que, en esos momentos, poco se interesaban por la calidad de la educación de sus hijos. Para ellos lo que más peso tenía era la “legitimación” de la educación recibida en las escuelas oficiales.

Los sismos también dejaron saldos positivos

A pesar de los resultados tan lamentables, los sismos de 1985 también generaron saldos positivos. Uno muy importante fue la solidaridad manifestada por los ciudadanos, quienes estuvieron ávidos de prestar ayuda en donde fuera y como fuera. Otro fue la creación de comisiones y organizaciones civiles que investigaron las causas de las tragedias, como el derrumbe de construcciones o las pérdidas de vidas. También se dieron al trabajo de investigar el cumplimiento de las normas de construcción y de supervisión de edificios, viviendas y planteles educativos, y promovieron cambios en éstas.

Por su parte, el gobierno creó varios organismos:

El Sistema Nacional de Protección Civil (SINAPROC), fundado en 1986, tenía el objetivo de mejorar la coordinación entre autoridades y sociedad civil para la prevención y atención de desastres naturales.

El Centro Nacional de Prevención de Desastres (CENAPRED) fue creado en 1988 como organismo técnico y científico especializado en la prevención de desastres. Su principal función fue la promoción de acciones y políticas públicas para la prevención, reducción y control del riesgo de desastres.

El Fondo de Desastres Naturales (FONDEN), creado en 1996 como fideicomiso público, tenía la función de proporcionar recursos para atender los efectos de desastres naturales. Ofrecía auxilio y asistencia, y cubría daños a viviendas de bajos ingresos, a infraestructura pública y servicios.

En cuanto a la educación pública se refiere, en el 2008 el gobierno creó el Instituto Nacional de la Infraestructura Física Educativa (INIFED), como organismo autónomo encargado de determinar las normas de construcción de escuelas, y de dar seguimiento y canalizar recursos para la mejora y equipamiento de mobiliario e instalaciones físicas de las mismas.

Asimismo, ante la falta de medidas preventivas, las autoridades educativas promovieron en los planteles protocolos de seguridad y evacuación, así como ejercicios de simulación de sismos.

Y llovió sobre mojado: el sismo del 19 de septiembre del 2017

Otro sismo con magnitud de 7.1, ocurrido el mismo día de septiembre pero 32 años después, volvió a dejar un saldo de un gran número de pérdidas humanas y de daños materiales, tanto en la Ciudad de México como en otros estados. Estos daños materiales y pérdidas humanas demostraron que las medidas de seguridad establecidas por el gobierno fueron sobrepasadas. Por ende, diversos especialistas coincidieron en señalar que en política de protección civil y cultura preventiva el país aún tenía muchas tareas pendientes, por lo que se debía hacer una profunda evaluación para replantear las estrategias que no funcionaron como se esperaba, lo cual en materia educativa se constata con las cifras publicadas luego de casi un mes de haberse producido el sismo de 2017.^[5]

SINAPROC, FONDEN, CENAPRED e INIFED, creados a partir del sismo de 1985 para enfrentar desastres naturales, mostraron desorganización en las tareas de auxilio y rescate. Además, a pesar de haber realizado trabajos de reconstrucción de planteles, persistieron casos de retrasos, así como falta de transparencia en la gestión de recursos destinados a su reparación.

Al día siguiente del sismo, la Secretaría de Gobernación lanzó un importante comunicado: **“hasta nuevo aviso se suspenden las clases en todos los niveles** en la Ciudad de México, Estado de México, Guerrero, Hidalgo, Michoacán, Oaxaca, Puebla, Morelos, Tlaxcala y Veracruz”.^[6] Concretamente, en la Ciudad de México, 209 escuelas fueron afectadas, de las cuales 165 sufrieron daños mayores. Ante esto, surgió la pregunta: si la experiencia del terremoto de 1985 había sido el motivo para crear organismos especiales que atendieran desastres naturales, y específicamente para aplicar los reglamentos de construcción de planteles educativos y llevar a cabo la supervisión de las respectivas obras, ¿por qué tantos planteles educativos sufrieron daños?

Observamos la repetición de los efectos del terremoto de 1985: escuelas inhabilitadas, la suspensión de las clases, la inasistencia a sus escuelas de un elevado número de alumnos, la difusión del mensaje de las autoridades educativas, a través de los medios de comunicación, que todo estaba bajo control. Informaron que miles de escuelas habían sido revisadas y certificadas. Sin embargo, los peritajes volvieron a ser la manzana de la discordia. Docentes y padres de familia desconfiaban de ellos, pues consideraban que las autoridades habían actuado con toda prisa con el propósito de volver a clases de manera inmediata, aunque no existieran condiciones de seguridad. La desconfianza creció con el colapso del Colegio Rébsamen, que dejó 26 personas fallecidas —entre ellas 19 niñas y niños y 7 adultos—, y de

parte del Tecnológico de Monterrey, ambos ubicados en el sur de la Ciudad de México. El primero fue un ejemplo emblemático de la corrupción en la construcción del inmueble, que resultó en la pérdida de vidas de estudiantes y personal.

La desaparición de organismos creados a partir de los sismos de 1985

En el 2018, el Sistema Nacional de Protección Civil (SINAPROC) fue absorbido por la Coordinación Nacional de Protección Civil (CNPC), la entidad encargada de coordinar las acciones de protección civil a nivel nacional. La CNPC asumió las funciones del SINAPROC, incluyendo la prevención, mitigación y atención de emergencias.

En septiembre del 2019, la Ley General de Educación fue modificada. Ello implicó la desaparición del Instituto Nacional de la Infraestructura Física Educativa (INIFED). Sus funciones fueron transferidas al Consejo de Infraestructura Educativa, conformado por autoridades educativas a nivel federal y local, y por los comités escolares de participación administrativa, operados por padres de familia y maestros de las escuelas. Su desaparición provocó un vacío de información sobre las tareas claras con las que contaba el Instituto, por ejemplo, brindar información actualizada y vigilar la aplicación de recursos y compras públicas. [\[7\]](#)

Por otra parte, en el 2021, por instrucciones del entonces presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, el Fondo de Desastres Naturales (FONDEN) fue eliminado como uno de los 109 fideicomisos que desaparecieron. Argumentó que se trataba de un mecanismo opaco, con desvíos de recursos y corrupción; además de que los recursos no llegaban a los damnificados, sino que se quedaban en manos de funcionarios corruptos... Era, de acuerdo con él, un barril sin fondo del que se robaban los recursos. Su eliminación generó controversia y preocupación sobre cómo se atenderían las emergencias y cómo se asignarían los recursos para la reconstrucción. Especialistas señalaron que la desaparición del FONDEN dejaba al país con menos recursos para atender desastres naturales y emergencias, poniendo en riesgo la vida de las personas. Por su parte, el gobierno aseguraba que los recursos para atender desastres naturales seguirían existiendo dentro del presupuesto de egresos de la federación, pero bajo la figura del programa Bono Catastrófico. Es decir, el FONDEN pasó a ser un programa con recursos insuficientes —su presupuesto se redujo en un 45%— para atender desastres sociales y a las poblaciones más vulnerables.

En resumen, los organismos autónomos, en este caso los relacionados con la prevención y atención de desastres, funcionan de manera más ágil, eficiente y especializada. Su desaparición da lugar a no tener herramientas y experiencia para enfrentar eficazmente emergencias. Por otra parte, dejan de funcionar como contrapeso, pues estos organismos al concentrarse en la administración pública, corren el riesgo de burocratizar los procesos, obstaculizar el uso adecuado de los recursos y de funcionar sin transparencia, y de dar lugar a la corrupción.

Algunas reflexiones

Las consecuencias de los sismos de 1985 y 2017 no pueden entenderse como hechos aislados; no son producto del presente, ni se generaron a nivel local. El mundo inmediato de los damnificados se tejió con procesos estructurales y sociales más amplios: desigualdades sociales, pobreza, precarios servicios públicos, problemas de construcción de las viviendas y escuelas, haciéndolas espacios que ponían en peligro la vida de sus habitantes. Los sismos no provocaron estos fenómenos, simplemente los sacaron a flote, los agudizaron y los hicieron más visibles. Por ello, deben entenderse no solamente como fenómenos naturales, sino como desastres sociales.

Y esto se aplica a la educación. El problema educativo recogía muchos otros que finalmente iban más allá de lo inmediato. Por ejemplo:

Los planteles escolares carecían de una cultura para enfrentar desastres: protocolos de evacuación y reglamentos de seguridad. Ni las autoridades del gobierno ni los directivos escolares sabían qué y cómo ordenar, provocando la inseguridad y pérdida de confianza en ellos de los padres de familia, alumnos y docentes.

Toda toma de decisión o de acción de funcionarios de niveles medios debía recorrer el tortuoso camino burocrático: firmas, papeleos, autorizaciones de jefes superiores etc. Ello ocasionaba pérdida de tiempo, además de desesperación e impotencia de padres y docentes por no poderse resolver con prontitud problemas que requerían rápida solución. Fue el caso en torno a los peritajes, a las obras de reconstrucción de escuelas etc.

La irresponsabilidad —e inclusive corrupción— de funcionarios de las delegaciones del DDF y de la SEP se hizo evidente, por ejemplo, en la actitud de indiferencia ante las denuncias de maestros y padres sobre la falta de seguridad en las escuelas, la irresponsabilidad de los técnicos peritos en la realización de peritajes “oficiales”, sin análisis serios y confiables, la irresponsabilidad de autoridades al abrir escuelas dañadas sin los requeridos peritajes y sin haber sido reparadas, y otras más.

Esto último tenía que ver con la política de “vuelta a la normalidad”, que a la vez era una forma de evitar tener que dar una respuesta satisfactoria a la pregunta de por qué la mitad de los edificios dañados en la ciudad de México habían sido escuelas. Responder correctamente esta interrogante conduciría a la aclaración de problemas de fondo. Es decir, si realmente se hubieran llevado a cabo peritajes precisos y serios, se habrían conocido las verdaderas razones de que las escuelas se hubieran derrumbado o hubieran quedado muy dañadas. Era demasiado el riesgo, pues aclarándose las causas, forzosamente tendrían que salir a relucir las fallas en la aplicación de la reglamentación de la construcción de escuelas, así como de la calidad de la construcción. Es decir, los peritajes tocarían el fondo del problema: la corrupción en la construcción de edificios escolares, en la que se verían implicados funcionarios y particulares. De esta manera, las autoridades consideraron no deslindar responsabilidades ni dar gran importancia a este asunto, y enfocar la atención en todo aquello que se relacionara con la vuelta a la normalidad lo más pronto posible.

Por otra parte, las medidas instrumentadas por las autoridades, que pretendían lograr reactivar de manera inmediata la vida escolar, fueron muchas, aunque resultaron de poca utilidad: reubicación de alumnos, improvisación de aulas, construcción de aulas prefabricadas, medios turnos, cursos por televisión, guías de tareas, cápsulas de ayuda y ayuda telefónica a padres de familia para aclarar dudas sobre los programas de estudio de sus hijos.

Pero los sismos también mostraron el otro lado de la moneda. No solamente sacudieron la tierra con todas las consecuencias de derrumbes, pérdidas de vida etc., sino que también sacudieron a la sociedad civil. En lo que respecta a la comunidad educativa, se dio una solidaridad espontánea, de ayuda y de colaboración entre padres de familia y docentes. Encontraron un apoyo mutuo y se unieron. En forma colectiva dieron solución inmediata a muchos problemas que las autoridades gubernamentales no habían podido resolver. Aprendieron a analizar juntos y exigir al gobierno, en forma colectiva, demandas justas que garantizaran su seguridad, salud y la educación de las y los niños. Estos padres y docentes también aprendieron a cuestionar la “verdad” de la información oficial dada a conocer a través de la televisión, de la prensa y de las declaraciones de las autoridades gubernamentales.

Por otra parte, también es importante comentar que, a partir de los sismos, las escuelas cuentan o deben contar con protocolos de seguridad y evacuación. Además, se practican ejercicios de simulación de temblores.

Sin embargo, en educación, todavía quedan tareas pendientes, asuntos importantes como la construcción de una cultura de prevención en las escuelas, como parte de una política pública. Esta cultura debe comprender la formación de directivos, docentes y estudiantes, y ser parte de los planes y programas de estudio, así como de los contenidos educativos.

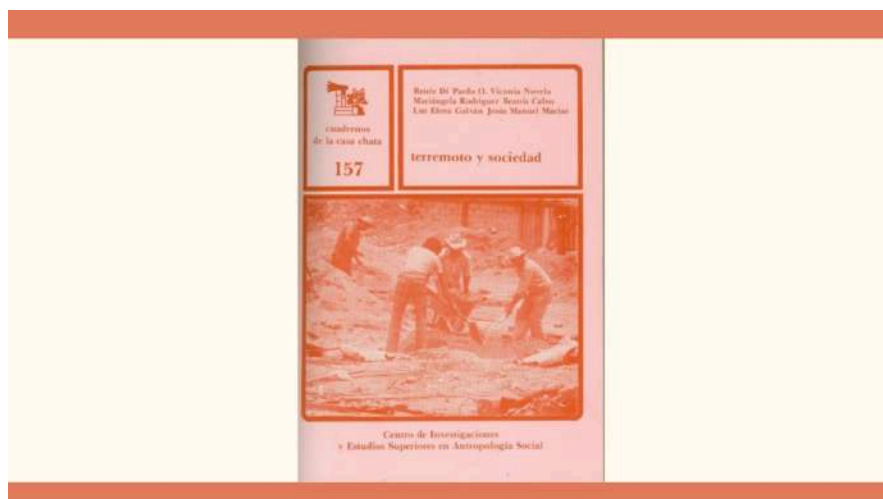
Esperamos que las experiencias de los sismos de 1985 y del 2017 sean lecciones aprendidas por autoridades y sociedad civil, para evitar la repetición de equivocaciones y de toma de decisiones equivocadas. El camino es complicado, pero bien vale la pena que gobierno y sociedad civil trabajen juntos para evitar tragedias humanas y, concretamente, en el campo de la educación, evitar decisiones que vengan a complicar más la ya de por sí, difícil situación.

1. Correo: bcalvo@ciesas.edu.mx ↑
2. Martín del Campo, J. (2017, 19 de octubre). De sismos y escuelas: empezar de nuevo. *La Jornada*. <https://web.jornada.com.mx/2017/10/19/opinion/019a1pol> ↑
3. Contreras, C. (2011, 19 de septiembre). Cuando pase el temblor... en riesgo 42 escuelas en el DF. *Excelsior*. <https://www.excelsior.com.mx/2011/09/19/comunidad/769082> ↑
4. *Excelsior* (1985, 7 de septiembre), p. 20. ↑
5. Morales Serrano, J. (2018). Sismos y su repercusión en la educación en México. Escuela Normal Preescolar Adolfo Viguri Viguri. *PAG. Revista Iberoamericana de Producción Académica y Gestión Educativa*, 5(9). <https://pag.org.mx/index.php/PAG/article/view/738> ↑
6. Secretaría de Gobernación (2017, 20 de septiembre). *Con motivo del sismo ocurrido este 19 de septiembre, la Coordinación Nacional de Protección Civil informa que al momento se reportan 230 fallecidos. Dicha cifra se encuentra en constante modificación* [comunicado de prensa]. <https://www.gob.mx/segob/prensa/reporte-preliminar-por-sismo-magnitud-7-1>. 48 escuelas en Morelos quedaron inutilizadas. Un total de 240 resultaron dañadas en Ciudad de México y 934 en **Puebla**. Aunado a otros sismos ocurridos el 6 de septiembre del 2017, la SEP habló de un total de **5.092 escuelas dañadas** (UNICEF [s/f]. Terremoto en México: más de 5.000 escuelas dañadas. *UNICEF / Noticias*. <https://www.unicef.es/noticia/terremoto-en-mexico-mas-de-5000-escuelas-danadas>). ↑
7. *Animal Político* (2019, 6 de noviembre). <https://animalpolitico.com/analisis/organizaciones/de-cronicas-y-datos/la-demolicion-del-inifed-un-futuro-escolar-incierto> ↑

Los inicios de la investigación mexicana de desastres desde las ciencias sociales. CIESAS institución pionera

Jesús Manuel Macías Medrano^{III}

CIESAS Ciudad de México



Portada de *Terremoto y sociedad*.

Introducción

El título de esta contribución se refiere al inicio de los esfuerzos de investigación sobre desastres en México, bajo la perspectiva de las ciencias sociales, entendidos como parte de un proceso institucional y organizado sistemáticamente, plenamente ligado al compromiso con la sociedad para prevenir desastres. Lo que a continuación se expone es, desde luego, una apreciación parcial de quien esto escribe y es una síntesis de actividades que coinciden con los 40 años de los sismos de 1985 que ocurrieron en septiembre de ese año.

Se exponen algunas de las actividades que se desarrollaron a partir del impulso de la respuesta humana, social y profesional a las consecuencias desastrosas de los sismos mencionados, como el desprendimiento de proyectos de investigación específicos sobre diversos temas relacionados con el general que llamamos riesgo-desastre, mismos que fueron desarrollados en diversos países, pero principalmente en México. También damos cuenta de otras actividades inherentes a lo mencionado, que tienen que ver con la formación (formal e informal) de personal académico y la colaboración con dependencias gubernamentales con funciones que generalmente se han señalado como de “protección civil”.

En el CIESAS se han registrado transformaciones en su organización y en las agendas académicas, que no se escaparon de las formas que conocemos ahora como “neoliberales”, que buscaron orientar los esfuerzos institucionales e individuales hacia problemas diversos de la sociedad que no cuestionaran sus causas estructurales. En ese lapso, la línea de investigación sobre desastres en el CIESAS se subsumió formalmente en un esquema difuso de una nueva definición de líneas de investigación comentado en esta contribución. Sin embargo, y muy lamentablemente, en el país ha continuado la ocurrencia de eventos desastrosos que siguen exigiendo respuestas institucionales de utilidad para la reducción del sufrimiento y las pérdidas en las comunidades o sectores sociales que las sufren. Estas condiciones nos enfrentan a las conclusiones a las que llegamos al final, donde se valora no la utilidad de los esfuerzos producidos en el CIESAS, en este campo que nos ocupa, sino las limitadas posibilidades y capacidades de la organización gubernamental, que es la principal responsable de los desastres, para incorporar y aplicar los resultados que se les han ofrecido permanentemente en publicaciones, asesorías, difusión, formación, etc.

1. Los sismos de 1985, el fenómeno social de reacción a la destrucción y muerte de personas.

Antes de los sismos del 19 y 20 de septiembre de 1985, en la ciudad de México era común sentir movimientos sísmicos o temblores de tierra, pero generalmente no pasaba de un gran susto por el movimiento del suelo que no se consideraba usual. Quienes nacimos y radicábamos entonces en la ciudad tuvimos una enorme e impactante “revelación” cuando luego de sentir ese fuerte y duradero sismo del 19 de septiembre, quienes habitábamos en áreas no afectadas por colapsos de edificios, poco después comenzamos a conocer las consecuencias: edificios derrumbados, personas heridas y otras que se empezaban a contar como fallecidas. El impacto social y emocional fue muy grande, como veremos más adelante, y en el CIESAS, tanto en el personal académico como en el administrativo, compartimos esa afectación emocional que orientamos profesionalmente.

2. El de 1985 fue el primer gran desastre contemporáneo en México.

Se le puede señalar como “el desastre paradigmático”, porque, además de haber afectado principalmente a la capital del país, generó importantes pautas de organización social e institucional respecto de los desastres; se creó el Sistema Nacional de Protección Civil (SINAPROC), y se iniciaron investigaciones sobre desastres en ciencias sociales, de lo que en el CIESAS fuimos pioneros. Contribuimos para que los procesos desastrosos se empezaran a asumir como algo que nos es común y no “cosa que les sucede a otros”.

Se ha mantenido la idea de que los desastres son esos momentos en los que ocurre, por ejemplo, un sismo y genera destrucción, muerte, lesiones. Incluso las actividades posteriores relacionadas con la recuperación de los impactos desastrosos ya no se consideran parte del “desastre”. Sin embargo, el tiempo en que ocurre el impacto desastroso del sismo solo es una fase o etapa de todo un proceso social mayor en donde intervienen, desde luego, factores relacionados a ciertos fenómenos naturales peligrosos, o de otro tipo, y que pueden ocasionar daños graves a las personas, pero lo sustantivo radica en la conformación social, económica y política del dicho proceso.

Hay diversas definiciones del desastre desde diferentes disciplinas, pero un consenso actual es que existen diferentes fases o etapas que lo conforman, generalmente asumidas como: (1) Prevención-Mitigación, (2) Preparativos, (3) Respuesta y (4) Recuperación. Esta caracterización surgió de un examen de la intervención gubernamental en esos casos en Estados Unidos a finales de los años 80 del siglo pasado (NGA, 1979), porque en la historia reciente, los desastres, que son fenómenos de impacto masivo, se han considerado responsabilidad primaria de la autoridad gubernamental.



Imagen 1. Fotografía tomada el 25 de septiembre de 1985 en edificio colapsado del centro de la Ciudad de México. Autor: *Jesús Manuel Macías M.*

Es relevante señalar que sobre los fenómenos naturales peligrosos generalmente hay un cierto nivel de conocimiento tanto en las ciencias como en las experiencias y tradiciones populares. Ese nivel de conocimiento puede funcionar para que las amenazas mencionadas puedan ser anticipadas y evitadas mediante, por ejemplo, la elección de lugares de vivienda adecuados, materiales de construcción resistentes, etc. El conocimiento o ignorancia de esos fenómenos ha sido clave para la sobrevivencia humana porque son inevitables, aunque sus consecuencias negativas sí se pueden eludir o reducir.

La transformación del transcurrir de los fenómenos naturales en “desastres” tiene una correspondencia histórica con ciertas características de las sociedades que las sufren. La ciudad de México ha mantenido zonas con suelos completamente vulnerables a la interacción de los sismos con las edificaciones humanas y en esa relación han existido problemas vinculados tanto con las tecnologías y materiales de construcción como con el conocimiento y acciones u omisiones de prevención de desastres (Rosenblueth, 1985). Por ello los sismos de 1985, como los de 2017, han sido tan destructivos.

En esta contribución es importante partir de los momentos del gran impacto sísmico destructor de los sismos de 1985, para enfocarnos en las reacciones sociales inmediatas de las personas afectadas, directamente en las áreas destruidas e indirectamente de las que sin haber tenido daños resultaron emocionalmente afectadas. En ambos casos, las reacciones se conjuntan en labores de auxilio (rescatar lesionados o cadáveres y/o bienes salvables). Las personas que no tuvieron daños responden sensiblemente a su intención de ayudar a quienes tienen problemas en esos momentos. En esa etapa ubicamos el desenvolvimiento de la investigación de desastres en el CIESAS.

El antropólogo y psicólogo Anthony Wallace (1956), en su estudio sobre los impactos de un tornado en Worcester, Massachusetts, EE. UU., caracterizó ese tipo de reacciones como el “síndrome contra-desastre”, es decir, como un “síndrome conductual y emocional complementario” caracterizado por “una actividad extremadamente vigorosa orientada hacia el rescate, los primeros auxilios, la realización de algún tipo de contribución” (p. 110). Ese tipo de comportamientos también ha sido definido en diversas formas por la sociología y la psicología desde hace poco más de 60 años (Quarantelli y Dynes, 1977).

En septiembre de 1985 luego de experimentar esas sensaciones descritas, nos reunimos varios colegas del CIESAS en la casa de Victoria 75 en Tlalpan, para organizar lo que sería el libro “Terremoto y sociedad” (Di Pardo *et al.*, 1987). Hubo un llamado a la colaboración en ese sentido de los directivos de ese entonces del Centro, y una aceptación generalizada del personal académico, que en consenso afirmamos que la mejor forma de colaboración para aliviar los

efectos lamentables de los desastres, presentes y futuros, era hacer lo que sabíamos, producir conocimiento sobre esos fenómenos para entenderlos y proponer las mejores formas de prevenirlos.

Mi contribución para ese esfuerzo colectivo se conformó por los resultados de una investigación sobre los impactos de esos sismos, pero en Ciudad Guzmán, Jalisco. La experiencia de colaboración en la ciudad de México tuvo varias dificultades. En los tiempos más cercanos a la fecha de la ocurrencia de los sismos, las áreas de edificios colapsados se mantenían en resguardo. Para ese entonces ya había un desplazamiento de las personas con sus respuestas espontáneas y solo había acceso del personal rescatista formalizado. El inolvidable olor a cadáver era, además, una condición que imponía una limitante material y sensorial.

Otra experiencia ilustrativa, vivida ya en días más alejados del 19 y 20 de septiembre fue la incorporación a una brigada de estudiantes voluntarios para ayudar en las zonas afectadas del centro de la ciudad. La organización de esa brigada estaba a cargo de personal médico de la UNAM, en Ciudad Universitaria. A bordo de un vehículo de esa cada de estudios, llegamos ocho voluntarios al barrio de Tepito, que había sido registrado con afectaciones sensibles, pero no por colapsos mortales. Al llegar al barrio afectado, el responsable de la brigada nos sugirió conseguir escobas y barrer las calles. Observé que en una esquina había un grupo de jóvenes locales que, recargados en las paredes, nos miraban con una sonrisa irónica. Reflexioné que ellos, que no tenían rasgo alguno de afectación, bien podrían realizar esas labores de limpieza; los voluntarios estábamos de sobra.

Con esas experiencias bien asimiladas, consideré que en la ciudad de México había muchos esfuerzos, organizados o no, por aportar ayudas de todo tipo y también desde la academia, diversos colegas ya se encontraban generando proyectos para analizar los diversos fenómenos que se presentaban, y eso fue también un ejercicio amplio de respuesta gremial. En el propio CIESAS ya habíamos intercambiado esas impresiones entre colegas, decidí entonces realizar investigación en la segunda área urbana más afectada por los sismos según los reportes noticiosos: Ciudad Guzmán, Jalisco.

Realizamos un viaje de estudios a Ciudad Guzmán apoyados por el Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Nos facilitó un autobús y se incorporaron estudiantes voluntarios que participaron tanto en la preparación previa como en las actividades de campo que combinaron la observación y el levantamiento de cuestionarios, así como su ulterior procesamiento. En Ciudad Guzmán obtuvimos el respaldo de los responsables del Seminario Diocesano que nos brindó sus instalaciones como albergue

durante la estancia de trabajo de campo. Los resultados de esa investigación, publicados en *Terremoto y Sociedad*, tuvieron un reconocimiento especial del director del CIESAS en 1987, el antropólogo Leonel Durán.

La investigación de los efectos de los sismos en Ciudad Guzmán estuvo definida por las condiciones inerciales que desarrollábamos en las investigaciones sobre fenómenos sociales. Se apoyó en el uso de referentes teóricos que, en lo general, estaban basados en el sistema de pensamiento del marxismo y con un marcado énfasis en la observación directa, lo que ofrecía notables ventajas para aprehender las realidades observadas. Sin embargo, tuvimos que reconocer la falta de recursos teóricamente elaborados para procesar los conceptos que ya habían tenido cierto desarrollo en investigaciones de autores de otros países principalmente anglosajones, como vulnerabilidad, riesgo, amenaza y desastre (Hewitt, 1983).

Nuestras respuestas a los efectos de los sismos de 1985 sumaron esfuerzos que luego tuvieron una canalización afortunada para permitirnos desarrollar una fuerte corriente de investigaciones sobre desastres en el CIESAS. Se sumaron intercambios con colegas en América Latina, tanto del subcontinente como de Inglaterra, Canadá y Estados Unidos, enmarcados en la fundación de una red latinoamericana de estudios sociales en prevención de desastres que se conoció como La Red. En esta organización se republicaron nuestros trabajos sobre Ciudad Guzmán (Lavell, 1994) y otras contribuciones iniciales que la colega Virginia García (1992), había incorporado en una publicación que tuvo énfasis en el plano histórico de los desastres.

3. Mantenimiento de una línea de investigación sobre desastres

La investigación sobre desastres en el CIESAS ciertamente partió de nuestras reacciones a las consecuencias nefastas de los sismos de 1985. Esa temática del riesgo-desastre, además de su obvia importancia y consideración de ser necesaria socialmente, contó con las condiciones de absoluta libertad académica que se han tenido en la institución. La ausencia de antecedentes de investigación sobre esos temas en ciencias sociales de México y, en general, de América Latina, nos exigía superar dichas faltas. Se participó paralelamente tanto en la creación del grupo de trabajo en desastres de COMECOS (1992) como en la fundación de La Red, mencionada. También creamos una importante vinculación con el Centro de Investigación de Desastres (DRC, por sus siglas en inglés) de la universidad norteamericana de Delaware, porque ahí se había alojado la escuela de sociología de desastres de ese país, misma que tuvo mayor relevancia que otras disciplinas sociales en ese contexto. Los fundadores de esta escuela

habían participado tanto en la investigación del desastre de 1985, como en asesoría al gobierno federal para conformar la organización de la administración pública para enfrentar desastres (Dynes *et al.*, 1990).

La explosión de drenajes por gasolinas en la ciudad de Guadalajara en 1992 fue otro desastre memorable que reforzó la convicción de mantener esa línea de investigaciones sobre desastres en el CIESAS, que luego se formalizaría como “Antropología e historia de desastres”. El “desastre de Guadalajara” de 1992 permitió ampliar vínculos entre colegas del CIESAS Occidente y de otros radicados en esa ciudad afectada grandemente por esa desgracia que también provocó una reacción al estilo del “síndrome contra-desastre” de Wallace, de los académicos tapatíos (Macías y Padilla, 1993; La Red, 1993). Importante es señalar que las condiciones de los impactos desastrosos, y las reacciones correspondientes de académicos, han producido estudios relevantes que abordan las circunstancias del propio impacto social, pero pocos de sus contribuyentes mantienen continuidad en esa línea de trabajo. Por ello, subrayamos, se ha considerado al CIESAS como la institución de ciencias sociales pionera en México en los estudios de desastres.

4. Vinculación y ampliación de recursos humanos para investigación en riesgo-desastre

La investigación de desastres llevó al CIESAS a mantener verdaderas actividades de vinculación con el gobierno federal y varios gobiernos estatales. Aunque el sentido de la función de vinculación institucional de las entidades académicas fue desvirtuado por las imposiciones neoliberales, para reducirlas básicamente a facilitar la obtención de financiamientos externos, en el CIESAS la naturaleza de las investigaciones sobre riesgo-desastre ha sido relevante para incidir en cambios organizacionales y de políticas públicas. Se contribuyó a la creación de los Comités Científicos Asesores del Sistema Nacional de Protección Civil (CCA-SINAPROC). En el comité respectivo de ciencias sociales, tres miembros del personal académico del CIESAS formamos parte en su etapa fundacional. Hubo una intensa colaboración de asesoría y de participación en la etapa de creación de la primera Ley General de Protección Civil tanto en la Secretaría de Gobernación como en la Cámara de Diputados de entonces. Colaboramos con el gobierno del estado de Puebla para crear el Plan de Preparativos del volcán Popocatepetl y con el de Veracruz para generar un Diplomado en Gestión de la Protección Civil en conjunto con la Universidad Veracruzana. Más recientemente se tuvieron convenios para desarrollar el plan de estudios de la Maestría en Gestión Integral del Riesgo de Desastres y coordinar su realización, tanto en la Escuela de Administración Pública

capitalina como en el propio CIESAS. Hemos orientado también la creación del primer y único centro universitario de investigaciones en prevención de desastres (CUPREDER), con la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Las labores de vinculación, además, deben advertir una amplia actividad de discusiones y enfrentamientos conceptuales y de acciones que, a partir de nuestras actividades de creación de conocimiento, confrontaron prácticas inadecuadas de atención de condiciones de peligros por parte de funcionarios públicos y de otros científicos naturales e ingenieros. Prácticas negativas que afectaron adicionalmente a las comunidades que los enfrentaban. Por ejemplo, las amenazas volcánicas erróneamente conducidas tanto en el caso del volcán Popocatepetl como en el Volcán de Fuego de Colima. Concepciones erróneas implicadas tanto en la parte de los sistemas de alerta como en las acciones de atención y preparativos que, en un extremo, condujeron, en el año 2000, a lo que hemos considerado un atentado grave contra la vida y la dignidad de la comunidad campesina de La Yerbabuena, que fue reubicada forzosamente en Colima (Macías, 2001).

Debido a nuestros desarrollos en investigación de tornados como amenazas potencialmente desastrosas, y en reconocimiento a ello, en 2007 desde la Secretaría de Gobernación se nos propuso la coordinación del Comité Interinstitucional para el Análisis de Tornados y Tormentas Severas (CIATTS), que conjuntó actividades de nuestra institución con el Centro Nacional de Prevención de Desastres (CENAPRED), el Servicio Meteorológico Nacional (SMN), el Instituto Mexicano de Tecnología del Agua (IMTA) y otras universidades.

En el CIESAS laboran colegas que han desarrollado investigaciones relacionadas con el riesgo de desastres en las diferentes sedes, pero solo dos miembros del personal académico de tiempo completo hemos mantenido la constante línea de investigación de desastres. Hay que señalar, sin embargo, que eventualmente se han sumado otras personas como colaboradores formales (Gabriela Vera, Fernando Briones, Asunción Avendaño) en proyectos de investigación, difusión y formación; de esa manera se han orientado más de dos centenares de tesis de licenciatura y de posgrado en diferentes entidades académicas nacionales y del extranjero. Asimismo, se ha colaborado en docencia de investigación y profesionalizante también en esos niveles. De manera particular, se ha desarrollado un Programa de Investigación sobre Tornados y Tormentas Severas (PITTS) derivado de la mencionada CIATTS, donde mantenemos una base de datos de ocurrencia de tornados que se puso a disposición pública.

5. La eliminación de la línea de investigación de Antropología e Historia de Desastres del CIESAS.

En un esfuerzo empírico por entender lo que se ha difundido como “líneas de investigación” del CIESAS, Salmerón y De Gortari (2020), tratando de exponer el devenir de la organización académica del CIESAS hasta ese año, indican que el tema del riesgo-desastre, a veces señalándolo como “desastres naturales”, tuvo relevancia institucional sobre todo después de los sismos de 1985, aunque no señalan fechas de manera sistemática.

Ese análisis logró desaparecer nominalmente la línea ya tradicional de “Antropología e Historia de Desastres”, argumentando la “pertinencia de desarrollar líneas estratégicas nacionales”, para llegar a una “suerte de grandes ejes temáticos” no “clasificatorios” sino de interacción colectiva que incluyera “investigación, formación y vinculación” (pp. 54 y 55).

Lo cierto es que, aunque encomiable, ese esfuerzo de los colegas desconoció toda la experiencia en esos campos (investigación, formación y vinculación) desarrollados en el CIESAS a partir del desastre paradigmático de 1985, además de otros ya mencionados antes.

La comprensión elemental de la naturaleza “estratégica” de la investigación sobre temas de riesgo-desastre se pone sobre la mesa en cada ciclo anual del planeta que ofrece manifestaciones fenoménicas amenazantes en peligros atmosféricos, geofísicos y humanos. También el propio desarrollo de las sociedades en los procesos de urbanización, geopolíticos y de contradicciones de clases sociales. El riesgo es una condición existencial y los procesos de desastre no pueden asimilarse como inexistentes o que correspondan a modas que se imponen en las agendas académicas.

La eliminación formal de la línea de investigación de Antropología e Historia de Desastres desde luego no desapareció los antecedentes de trabajo ni la continuidad de los proyectos de investigación, docencia-formación y vinculación, que se han continuado desarrollando cada vez con mayor pertinencia social y científica.

6. A manera de conclusión

Los resultados de los sismos de 2017 tanto en la Ciudad de México como en otras áreas del país, así como otras ocurrencias de fenómenos destructivos que han completado el ciclo del desastre (huracanes Otis en 2023 y John en 2024, entre otros) demostraron que el

conocimiento científico-social sobre riesgo-desastre (donde ha contribuido sustantivamente el CIESAS) en investigaciones, vinculación y formación, no ha sido aprovechado cabalmente por la parte a la que le corresponde, que es la autoridad gubernamental.

Esta aseveración se basa en el hecho de que todos los avances logrados en la parte científica social principalmente (incluimos los nuestros), no han sido seriamente incorporados a las acciones de reorganización de las instituciones gubernamentales para prevenir y atender desastres. Desde nuestra institución y en todos los foros en los que hemos participado, hemos ofrecido nuestras conclusiones: (1) existe un conocimiento suficiente de las amenazas naturales para que se puedan anticipar las consecuencias de su ocurrencia; (2) se mantiene una visión tecnocrática y geofisicista (ligada a la incompreensión social) en las instancias de toma de decisiones de los dos principales órdenes de gobierno, federal y estatal; (3) las actuales administraciones federales, desde 2018, no han resuelto apropiadamente la ineficiencia y corrupción del cuerpo de funcionarios públicos heredado; y (4) a pesar de lo adecuada que ha sido la generación y aplicación de los programas sociales que han reducido la pobreza y dignificado a la población menos favorecida, no se han abatido las condiciones de vulnerabilidad social a desastres que se relacionan con factores de ubicación y calidad residencial, así como las relaciones de producción más socialmente solidarias.

Además, (5) en el ámbito institucional de coordinación de las ciencias sociales, naturales, ingenierías y tecnología, no se ha logrado comprender la naturaleza de la producción de conocimiento de las ciencias sociales (humanidades), y su relación con la aplicación y colaboración en las diferentes escalas problemáticas, de los diferentes actores sociales. El tema del riesgo-desastre es un asunto de responsabilidad primaria de la autoridad gubernamental y, como tal, (6) no se han desarrollado las adecuaciones organizacionales y legales, radicadas en la Administración Pública, para incidir eficientemente en la reducción de desastres.

Referencias

Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECOSO) (1992). Formación del grupo especializado sobre desastres. *COMECOSO Informa*, (5), 7. <https://www.comecso.com/publicaciones-comecso/comecso-informa-num-5-1992>

Di Pardo, R., Novelo, V., Rodríguez, M., Calvo, B., Galván, L. E., y Macías, J. M. (1987). *Terremoto y Sociedad*. CIESAS..

Dynes, R., Quarantelli, E., y Wenger, D. (1990). *Individual and Organizational Response to the 1985 Earthquake in Mexico City, Mexico*. Disaster Research Center. University of Delaware. <https://udspace.udel.edu/items/62493ff1-9bf1-4182-8e06-f227d6d5e0f8>

Dynes, R. R. (1994). *Disastrous Assumptions About Community Disasters*. Preliminary Paper #212. Disaster Research Center, University of Delaware. <https://udspace.udel.edu/server/api/core/bitstreams/a113524d-76a9-433f-9496-99f979b52138/content>

García, V. (1992). *Estudios históricos sobre desastres naturales en México*. CIESAS.

Hewitt, K. (1983). *Interpretations on Calamity from the viewpoint of human ecology*. Allen and Unwin.

Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (La Red). (1993). *DESASTRES Y SOCIEDAD*, 1(1). Especial: Las explosiones de Guadalajara. <https://www.desenredando.org/public/revistas/dys/rdys01/dys1-Todo-oct-24-2001.pdf>

Lavell, A. (comp.) (1994). *Viviendo en riesgo. Comunidades vulnerables y prevención de desastres en América Latina*. La Red / FLACSO / CEPREDENAC. https://www.desenredando.org/public/libros/1994/ver/ver_todo_nov-20-2002.pdf

Macías, J. M. (2001). *Reubicación de Comunidades Humanas. Entre la Producción y la Reducción de Desastres*. Universidad de Colima.

Macías, J. M. y Padilla, C. (coords.) (1993). *Analizando el desastre de Guadalajara*. CIESAS.

National Governors' Association (NGA) (1979). *Comprehensive Emergency Management. A Governor's Guide*. <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=ucl.a0000783100&seq=3>

Quarantelli, E. y Dynes, R. (1977). Response to Social Crisis and Disaster. *Annual Review of Sociology*, 3, 23-49. <https://www.annualreviews.org/content/journals/10.1146/annurev.so.03.080177.000323>

Rosenblueth, E. [entrevistado por Krauze, E.] (1985, enero). Mudar la Ciudad de México. *Vuelta*, (110), 39-43. https://enriquekrauze.com.mx/wp-content/uploads/2020/03/Vuelta-Vol110_110_10MdCdMERbhEK.pdf

Salmerón, F. y De Gortari Krauss, L. (2020). La investigación en el CIESAS: principales líneas de trabajo. *Revista Mexicana de Sociología*, 82(especial), 35-56. <https://www.scielo.org.mx/pdf/rms/v82nspe/2594-0651-rms-82-spe-35.pdf>

Wallace, A. (1956). *Tornado in Worcester. An Exploratory Study of Individual and Community Behavior In An Extreme Situation*. National Academy of Sciences / National Research Council. <https://dn790008.ca.archive.org/0/items/tornadoinworcest00wallrich/tornadoinworcest00wallri>

[ch.pdf](#)

1. Correo electrónico: jmmacias@ciesas.edu.mx ↑

Crónica de una trovadora de izquierda, activista social y cultural, que vivió un día inesperado que transformó su existencia

Ruth Martínez Nataret^{III}

Ma. Guadalupe Maricela Macías Martínez

Trovadora independiente



Maricela Macías, hacia el año 2013, interpretando “La marcha del Indio”. Tomada de <https://www.youtube.com/watch?v=3KPuyUadSYA> con permiso de la autora.

Entrevista

(El siguiente texto es la transcripción —con algunos ajustes por cuestiones de espacio y de formato— de la entrevista realizada por Ruth Martínez Nataret a Maricela Macías. Las preguntas se omitieron para dejar la narración de Maricela. Todas las palabras son suyas).

El activismo en Celaya, Guanajuato

[Para 1985] ya tenía, yo creo, como unos cuatro años, cinco [de estar en el movimiento de la trova], venía de Celaya. Allá tuvimos la primera peña folclórica. En una ciudad como Celaya, que es súper conservadora y cerrada, fue todo un acontecimiento que tuviéramos una peña folclórica.

Y fue tal, la verdad, en aquellos años, que nos llegaban a visitar los grandes representantes del movimiento de la trova en México. [Ellos] caían a nuestra peña, porque, además, gente que trabajaba con nosotros en la peña, eran estudiantes del tecnológico regional, que es un tecnológico bastante bueno.

Ellos organizaban eventos culturales, invitaban a Gabino Palomares, por ejemplo, que en aquel tiempo estaba muy en boga [...]. Trabajábamos bien y empezó a sumarse mucha gente que tenía inquietudes, porque hicimos una especie de [espacio] libre de expresión y llegaba gente.

No sé, [quizá] por izquierdosos, llegamos a tener gente de teatro que hacía *sketch*, monólogos, mimos... empezamos a recuperar a la gente, a artesanos de la ciudad [que trabajaban el] cartón, la lámina... En fin, empezaron a sumarse mucha gente con inquietudes artísticas a este espacio porque era un espacio muy abierto, muy libre.

De una peña, se fue a hacer un centro cultural. Y ya fue cuando yo me vine a México, porque sí llegó un momento en el que el estado, ya cuando teníamos el centro cultural y que ya ampliamos con librería... me llegaron del gobierno del estado a decirme: “No tienes permiso”. Les dije: “Sí, tenemos el permiso de cerveza con alimentos” (y así era). Y nos dicen: “No, pero ya no vas a tener permiso, ya cálmense, ya vienen de acá [las órdenes]”.

Como vieron que había movilizaciones, ya se integraba más gente de izquierda, y como los de Guanajuato es absolutamente de derecha, entonces nos empezaron ya a monitorear y a decir: “Se acabó”. Entonces, a raíz de eso, se cierra el lugar y yo me vengo a México justo porque yo dije “ya estoy harta de la censura”.

El terremoto

El temblor sucedió mientras [...] yo estaba de activista en este foro [Isabelino]. De entrada yo vivía en Tonalá y Coahuila, en la Roma. Tenía poco de haber llegado de Celaya, tenía un año de haber llegado a habitar en la Ciudad de México. Fui invitada por una actriz que trabajaba en Celaya y se vino a México. Y empezó a participar en el Foro Isabelino, que era un foro que estaba tomado por el CLETA. En aquellos años Luis Cisneros, que era el hermano de Enrique Cisneros, tenía este Foro del CLETA en el Foro Isabelino, era un foro muy bonito, se llamaba el Foro del Eco...

Aquí hay un caos cuando sucedió lo del temblor. Y todos los del teatro quisieron armar una brigada para para ir a ayudar a la gente, a rescatarla, [...] sabiendo que yo estaba ahí, sí, pero tampoco había comunicación como para saber si ya había salido, si estaba viva o lo que fuera.

Esto lo digo como antecedente, porque después ellos me platicaron todo lo que pasó por fuera. Yo, adentro, no tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando. De hecho, en este trance, lo que te puedo decir es que, gracias a que estuve en comunicación con un amigo que se quedó a dormir esa noche... Estábamos en constante comunicación, enterrados vivos los dos. No nos separamos, nos ayudábamos a tener calma. Nos estábamos echando la mano en esta incertidumbre de si vamos a vivir o qué.

Yo acababa de estrenar temporada y vinieron muchos amigos, invitados, a ver mi primera presentación, es el [...] miércoles, 18 de septiembre. Entonces salimos de allá todos para celebrar el evento.

Yo estaba participando con gente de ciudad Nezahualcóyotl. Entré a participar también de esta organización, y los músicos que me acompañaron de hecho, eran de allá. Y al mismo tiempo también participaba en el Foro Isabelino con Luis Cisneros, los del CLETA.

Ese día les dije que, como se nos hizo tarde por la celebración, les presté mi carro. Les dije: "Se quieren quedar o, si quieren, les presto mi 'bochito' para que se vayan a Neza". Dos o tres amigos decidieron mejor irse, se quedó uno de ellos allí en la casa. Yo compartía el departamento con una amiga de Celaya, entre las dos rentamos ese departamento de Tonalá y Coahuila.

Estábamos arriba de la compañía de Luz y Fuerza, por cierto. [Fue] una de las ventajas, porque por eso también fueron bastantes gentes a revisar ese edificio, que fue uno de los primeros que se cayó.

Entonces, afortunadamente, todos se fueron. Si no hubiera sido mucho los que nos quedamos ahí. Pero nos quedamos nada más Laura, que era mi *roomie*, se quedó con su novio, que era con el que yo estaba en comunicación durante el entierro. De ella no sabíamos nada, Laura no contestaba (mi *roomie*) y tampoco supe nada del que se quedó de Neza, se quedó afuera en la sala. No sabíamos nada de él. No nos podíamos mover. Estábamos realmente enterrados y paralizados.

O sea, yo no tenía movimiento, tenía la loza encima, no tenía movimiento, quedé completamente atrapada. Y lo único que tenía libre era la mano izquierda, porque me quedé así, protegiéndome de la caída del techo, entonces así me aplastó la piedra, y así quedé. Y nada más en esta mano [la izquierda], como libre, todo lo demás estaba totalmente inmóvil. Sin espacio para moverme. Yo nada más escuchaba gritos de una mujer que, hasta después, caí en la cuenta de que era la hermana de mi *roomie*, que nos pidió hospedaje hasta el final. Ya en la noche.

Llegó diciendo [su hermana]: “Se me fue el camión, ¿me podrían dar hospedaje?”. Le dije: “Claro que sí, quédate aquí”. Y se quedó con nosotros ella también. Entonces éramos cuatro nada más, pero se fueron como seis. Hubiéramos sido como diez. Se fueron ellos seis en el coche y nos quedamos nosotros cuatro.

Cuando sucedió todo...

Yo no podía creer que fuera real. O sea, yo estaba como trastornada. Yo, insisto, [decía]: “no puede ser real. Estoy en una pesadilla”. No me caía el [creer] de que era mi voz la que gritaba auxilio, socorro, no, no. De repente reaccionaba y decía: “Es que esto no puede estar sucediendo, en realidad estoy enterrada, qué es... qué ¿qué pasó?” O sea, fue muy, muy raro, es que estaba en shock.

Cuando empezó a temblar tuve todavía cierta sensatez porque Flor, la que se quedó a pedir hospedaje, se quedó en el cuarto, pero se quedó en la cama de abajo porque era una litera. Y le dije: “fíjate que esa litera está muy mal puesta”. Y yo tuve una noche infernal, no podía dormir. Me senté en una silla que tenía ahí, una mecedora. Y tuve muy mala noche ¿no? No pude conciliar el sueño hasta que ya empezó a temblar.

Entonces me dice ella: “Oye, está temblando”. Le digo: “Sí, pero no, no pasa nada, tranquilízate”. Y me dice el hombre: “No, hay que irnos”. [Y yo] digo: “¿A dónde? ¿cómo, cómo? ¿qué nos va a [pasar]? ¿cómo sales de aquí? ¿Cómo salimos de aquí?” Y dicen estas [personas]: “No sé, pero hay que irnos”.

Entonces ella se levanta y corre y yo me quedo parada y le digo: “¡Flor!” Y empezó a arreciar el temblor y se empezó a mover y el sonido. Todo empezó a caer. Empezó a caer ya el edificio. Todo lo que tapa la cimbra, o sea, todo empezó a caer. Entonces, ya fue corte a negro. Pero negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, ya.

No, no, no. No había ni un viso de luz. No. Ahí fue donde entró esta reflexión. Donde yo decía: “Esto no puede estar sucediendo, estoy soñando, esta es una pesadilla”, en fin. Pero después escuché la voz... Una voz que me gritaba que me calmara, porque yo estaba gritando y gritando... Y era Gustavo. Así se llama este compañero, que era el compañero de mi *roomie*. Me empezó a gritar y me dijo que necesitaba calmarme y guardar voz.

Entonces yo le decía: “Pero es que esto no puede estar sucediendo”. Y él me decía: “Sí, Maricela, estamos enterrados vivos”. Él me ayudó bastante, pero después también se empezó a poner muy mal. Y haz de cuenta que nos turnábamos. Él se ponía mal y yo empezaba a fortalecerlo, lo tranquilizabas y todo. Y así fueron horas. Hasta que de repente empezamos a oír voces (pasaron horas). Y empezamos a escuchar voces. Y entonces dijo Gustavo: “Cállate, vamos a gritar al mismo tiempo y entonces unimos la voz”. “¿Y qué gritamos?” “Por socorro y auxilio”. Entonces contamos y nos pusimos de acuerdo y empezamos a gritar.

Y entonces oímos que ellos, las gentes que parecía que estaban caminando arriba, se detuvieron y dijeron: esperen, oigo voces. Y entonces empezamos a gritar y gritar y dijeron: “Son niños”. Y entonces nosotros dijimos: “Sí, somos niños”. Con tal de que nos sacaran, decíamos: “Sí, somos, por favor, aquí estamos”.

Total ¡que nos empezaron a dar instrucciones! Nos dijeron: “Vamos a ir tocando y nos van a ir diciendo si oyen lejos o cerca, para ubicarlos por el sonido”. Porque nos dijeron: “No tenemos ni la menor idea de cómo están, no los vemos”.

Entonces, de rato, sentí ya la tierra en los ojos. Y dije: “¡Aquí, soy yo! ¡Aquí estoy!” Y ya les dije, bueno... [Ellos me dicen]: “Díganos su nombre”. “Fulanita y tal”, les mentí. Más bien: “Yo tengo dos hijas y soy mamá. Y, por favor, avísenle a mi familia”. En fin, dijeron: “Vamos a empezar a tratar de... primero quitar todo el escombros y después le avisamos que sigue ¿ok?”

Pero Gustavo me estaba gritando, desde donde él estaba, me empezó a gritar. Y yo le dije: “Oye, Gustavo, ya nos encontraron”. Y él se puso muy mal, o sea, me empezó a decir que, que seguramente no les iba a decir... que les dijera dónde estaba. Que él se encontraba a un lado del clóset, que estaba a unos pasos de la cama, o sea...

Hasta que le empecé a gritar y le dije: “No se puede, Gustavo, no hay nada ¿con cuál piso? ¿cuál clóset? ¿cuál? ¿De qué me estás hablando? Fíjate ¿no?, ¡no entiendo cómo!” “No. Lo que pasa es que tú no quieres. Que tú dices, no estamos en el mismo boleto”. Le digo: “¡A mí no me agredas!”

Eran nuestros momentos de desesperación, de incertidumbre, malestar... Finalmente, cuando ellos ya me encuentran y. Y hacen todo eso... Empezó, me dijeron que iban a empezar a golpear con un mazo en la loza, me dicen: “Es que tienes una loza encima, entonces vamos a tratar de romperla para abrirla”. Y yo me quedé un poco asombrada porque pensé: a ver si no me ahorcan más, porque... Entonces lo empezaron a hacer y les dije: “Voy a ver si aguanto, lo más que aguante”. De rato, empecé a sentir que me estaban apretando más y entonces les empecé a gritar y les dije: “Paren porque ya no puedo respirar, me está empezando a faltar el aire”. Y entonces dijeron: “Sí, no, no podemos de esta manera, tenemos que buscar otra forma, porque esto no se rompe y está usted en peligro”.

El caso es que para no hacerlo más largo... como un milagro, se abrió un... Escarbaron con la mano y alcancé a ver un rayito de luz del lado izquierdo donde está mi mano, y por ahí metieron la mano y saqué la mía. Entonces por fin sentí. Saqué la mano y me la agarraron, ¿no? Y de ahí en adelante no los quise soltar nunca jamás. De hecho, ellos hicieron... hacían guardias para tenerme agarrada, para agarrarme la mano, porque entonces [yo] empezaba a gritar. Y les dije que perdón; les dije que, por favor, no me soltaran, que no me dejaran, no me abandonaran... que, si eso iba a suceder, que me avisaran porque, en ese caso, yo prefería el tiro de gracia: “El tiro de gracia, si no pueden, pero no me dejen aquí”.

Entonces, no sabes qué palabras tan maravillosas me dijeron; me dijeron que eso no iba a suceder, que no me iban a dejar, que ellos se quedaban conmigo pasara lo que pasara. Ellos se iban a quedar conmigo, viviera o muriera... muy conmovedor. La verdad es que eso me hizo llorar. Y cada que recuerdo me dan ganas de llorar. Porque entonces es cuando crees que la humanidad es buena ¿no? La actitud fue de veras tan humana y tan entregada al grado de decir que ellos se morirían conmigo.

Fue verdaderamente una reflexión de solidaridad y humanidad. Entonces yo lloraba y lloraba y ellos también, yo creo.

Y Gustavo me empezó a seguir agrediendo bastante. Estábamos... decía que él estaba más lastimado que yo y que tenían que sacarlo a él primero. Entonces mira, yo sí fui capaz, y eso también lo digo con orgullo, sí fui capaz de decir: “Sáquenlo a él. [...] Yo creo que yo aguanto más que él. A lo mejor está más en riesgo, por favor, háganlo”.

Y me dijeron: “¿Estás segura?” “Sí”. Y sí, porque él me decía: “Es que estoy desangrándome”. Entonces yo les dije: “Él se está desangrando y a lo mejor es más urgente la ayuda y a lo mejor si ustedes me aseguran que no me van a dejar, yo me espero”.

No ¡pues que sí! Trataron de sacarlo. Dejaron de estar conmigo un rato y después regresaron y me dijeron: “Hemos comprobado que él está bajo de usted. O sea, tenemos que sacarte a ti primero porque tú vas a abrir el camino para sacarlo a él”.

Lo que ellos hicieron fue rodear y entrar por abajo. No pudieron romper la loza, pero lo que hicieron fue buscar un lugar por donde pudieran escarbar y pudieran acceder, para entrar desde abajo. Entonces, lograron encontrarme en horizontal, lograron encontrar el lado que yo tenía libre y me empezaron a jalar, por abajo de la loza. Hicieron el hueco, hicieron el hueco y me sacaron por fin.

Para mí fue muy fuerte, me deslumbró muchísimo la luz. Y empecé a llorar y llorar, porque, además, yo no cerraba los ojos y los tenía... (después me dijeron), los tenía todos sangrados, con muchas hemorragias, porque no quería cerrar los ojos. Era una cuestión de tenerlos abiertos. Y me cayó tierra y todo, todo me cayó en los ojos y yo no los quería cerrar. Es que cuando estás en la oscuridad total, es muy feo. Como sentir que, a lo mejor, si cierro los ojos, ya no los voy a abrir.

Entonces ya es cuando por fin me sacaron. Tuve suerte, porque había una compañera de trabajo que vivía enfrente. Y ella me había pedido ayuda para quedarse conmigo porque se salió de su casa. Y mi *roomie* me dijo: “No Maricela, no, no podemos, espérate”. Entonces le ayudé a conseguir hospedaje y había enfrente en un edificio viejo, de los antiguos, de la Roma. Que no le pasó absolutamente nada. Ella salió por mí, porque nos íbamos en mi “bochito”, normalmente, al trabajo, juntas. Dice que salió y que vio mi edificio derrumbado. Que alcanzó a atravesar la calle y marcar por teléfono en los teléfonos públicos. Alcanzó a marcar, a avisar en el trabajo: “Estoy enfrente del edificio de Maricela, se cayó, me voy a quedar aquí, en Coahuila”, les dijo, y se cortó la llamada, y ya nunca más hubo llamadas ¿te acuerdas?

Fue mucha suerte, porque gracias a ellos, luego me encontraron y supieron. Supieron ayudarme, me pudieron seguir ayudando, todos los del trabajo, fue una solidaridad impresionante.

Esta amiga dice que veía cuerpos salir, y veía a ver si era yo, o sea, se la pasó toda la mañana atenta, no se movió.

Era un edificio de cinco pisos. Y yo estaba en el primero. Abajo Luz y Fuerza, y subías al primer piso. Pero lo que dicen que nos salvó fue que el edificio no cayó hacia abajo, sino que se inclinó. Cayó inclinado. Y todos los que estábamos en el primer piso fuimos rescatados. Entonces nosotros sí nos pudimos salvar por eso, porque dicen que en ese edificio muy pocos se salvaron.

Y justo lo que nos platican. Ya después la brigada de los del grupo de teatro. Nos dijeron que lo que habían encontrado, investigando... (ellos no pudieron entrar a donde yo estaba, se fueron a rescatar a muchos lados). Pero que investigaron que nuestro, que mi edificio, estaba construido sobre los cimientos de lo que había sido un cine. Y que lo que hicieron —en lugar de poner cimientos nuevos— [fue] que amarraron el edificio sobre esa misma cimentación, porque era un edificio que no era tan viejo. Fue por eso. Se descubrieron todas estas transas que se hacían con las inmobiliarias. Y que, justo, como no había una regulación, hacían lo que se les daba la gana. Y eso hicieron con este edificio. Lo construyeron así. Y por eso fue de los primeros que se cayó. No aguantó nada.

Total, que esta amiga se esperó y gracias a ella... Yo le dije que se quedara a esperar a Pedro, a Laura, a Gustavo. Ya después supe que a Gustavo... es que a mí me subieron a la ambulancia, se subió el jefe de la Brigada. La brigada que me rescató era de la Cruz Roja. Eran voluntarios de la Cruz Roja. Eran como seis. El que me encontró estaba llorando, me recibió con mucho gusto, me abrazó, yo también... lloramos. Se subió a la ambulancia, porque él me dijo: “Yo la salvé”, y dije: ... Bueno, ya te imaginarás ¿no? No podíamos ni hablar... Y ya no supe de él. Me hubiera encantado volverlo a ver después.

Esta amiga se fue conmigo hasta la Cruz Roja, allá, de Polanco. Había filas interminables en la Cruz Roja para sacarnos radiografías. Había un montón de gente ayudando, rezando, bendiciéndonos. Era una cosa impresionante. Gente preocupada, triste, buscando a sus familiares, preguntándote por ellos, que en dónde estábamos, que aquí en tal lado... “¿No sabe si rescataron a tales y tales?” “No, no, no sabemos nada, no”.

A mí ya me querían sacar. Me pusieron en un área, de las del Hospital de la Cruz Roja, donde ya guardan... como bodegas. Empezaron a meter a la gente donde pudieran. Y a los que ya nos sacaron la radiografía y todo y vieron que estábamos bien... Yo estaba más bien toda inflamada, de todas las articulaciones, y sí, no podía caminar, pero no tenía nada de gravedad.

“No tienes nada roto”, me decían los doctores, “ya váyase”, y yo: “¿A dónde? Espéreme tantito ¿no?” “Es que necesitamos el lugar” “Ya van a venir por mí” “Entonces la vamos a dejar ahí arrinconadita ¿no importa?” “No importa, pero espéreme a que vengan por mí”.

Total, que lo lograron... se disfrazó una compañera de trabajo de enfermera y un compañero del trabajo de doctor. Y allá estaba afuera la amiga que había dicho que me habían llevado ahí, que ella estaba segura que estaba yo adentro. Todos ellos se metieron a buscarme por todos lados, disfrazados. Eso me dio mucha risa después, porque ella era enfermera (decía), con todo su equipo llegaron. Se pusieron el vestuario y empezaron a buscar gente y me encontraron.

Finalmente, ya dijeron: "Bueno, ya vamos a sacarte", que no sé qué. Y yo así, con la sonrisa y también viéndolos: "¡Qué bárbaros! ¡qué ocurrentes!" Dicen: "No, manita, así, solamente así pudimos. No dejan entrar a nadie. Entonces solo así, así que vámonos". Y me llevan a la casa de ella, de la enfermera que vivía por ahí cerca, lindísimos. En su casa, me tocó la réplica del viernes, por cierto. Horrible, pero bueno.

¿Qué pasó después? Vinieron mis familiares. Estuvieron insistiendo mucho con el teléfono. De repente entraban las llamadas, pero era estar duro y duro y dale y dale. Y por fin entró la llamada y les dijeron: "Maricela vive. Está aquí con nosotros, en tal lado, si gustan venir, está muy difícil que vengan, espérense, casi nadie puede entrar a la ciudad de México". Así de caótico estaba...

Y cuando ya por fin fueron por mí, fueron hasta dos días después que pudieron entrar a la Ciudad de México. Y dice mi cuñado que cuando llegó, iba a buscar, a reconocer cuerpos que porque pensaba que el de su hermana lo tenía que encontrar. Pero no, su hermana estaba perfectamente bien.

Y de la que supo fue de mí, que sí estaba yo muy lastimada y muy traumada, porque yo quedé enterrada muchas horas. Me sacarían como alrededor las tres y media, cuatro de la tarde. Entonces fueron demasiadas horas y, sí supe que [gente] muchos días después gritaban, O sea, yo no tomé terapia, que al final de cuentas fue una tontería, porque sí hubo ese servicio, [...] hubo un tipo de servicio psiquiátrico, psicológico. Yo no lo tomé, a mí me llevó mi familia a Celaya y allá todos me acogieron también con mucho cariño, con mucho amor.

Y fui saliendo adelante poco a poco, pero yo quería regresar porque estaba muy traumada. Entonces mi familia no quería que regresara y yo quería regresar porque me empezaron a hablar. Empezaron a preguntar por mí, la gente del teatro, la gente del centro cultural de Neza, que si no iba a seguir con él...

Fue un parteaguas, que si no iba a seguir yo con mis presentaciones... las cancelé... dije que no, que era una señal de Dios que yo no tenía que andar haciendo nada, que mejor me estuviera en paz.

Algunas personas quisieron ir a recuperar parte de mis cosas, ya no les permitieron. Algunos pudieron recuperar fotos que reconocieron de mis hijas... algunos objetos que pudieron reconocer, los pudieran recuperar, pero ya no había manera detrás. De hecho, los hermanos, los familiares de Laura, con mucho trabajo lograron conseguir que los dejaran buscarla.

Y gracias a aquellos insistieron, lograron encontrarla, porque ellos decían: “Es que no, la van a dejar ahí, o sea. Ya sabemos que no está con vida, pero queremos encontrarla, saber que está, como quiera que sea... recuperar su cuerpo”. Y con mucho trabajo lograron convencerlos para que los dejaran a ellos buscar.

Y sí, sí la encontraron, afortunadamente. Pero ya después hubo mucho control. Y no querían permitirle a nadie. Yo creo que es normal ¿no? Que también por las cuestiones de rapiña que se empezaron a dar, en fin.

Siempre va sucediendo, a medida que pasa el tiempo, las cosas ¿no?... pero, de entrada, y al principio, fue una cosa. En donde... una muestra de humanismo y de gestos, de empatía y solidaridad.

El activismo en la UVYD

Y más bien me metí a ver lo de la adquisición de viviendas. En ese tiempo, otros amigos estuvieron de activistas organizando la Unión de Vecinos y Damnificados que se llamó UVYD. Que, por cierto, tengo contacto todavía con algunos de ellos que iniciaron estas movilizaciones.

Entonces, en aras de que los damnificados consiguiéramos vivienda, bueno, hubo movimientos, se organizó muy bien este movimiento y a mí lo que hicieron fue canalizarme. Y esta misma organización [la UVYD] te daba información, te abría la puerta para poder guiarte ¿no? Y ver qué opciones podrías tener [...]. Lo que hicieron en mi caso, y en el de muchos, fue facilitarnos, facilitar las viviendas que ya había más o menos empezadas a construir y reconstruidas. Nos las dieron a los damnificados. Todos los damnificados tuvimos prioridad para obtener los créditos. No fueron regalos, fueron créditos, pero tuvimos la ventaja de ser de los primeros si demostrábamos que éramos damnificados.

Sí, esa fue la única... Sí, claro, yo no tenía nada, me quedé con una mano atrás, otra adelante. Salí sin papeles, sin nada. Y empecé a rastrear indicios para demostrar que yo vivía ahí. Y entre ellos, lo que me aceptaron fueron testigos, el de la esquina, gente que me conocía de todos los días, que era el del periódico, la señora que me vendía el desayuno, o sea, vecinos fueron los que hicieron de testigos y firmar, de que hacer constar de que sí, que yo ahí vivía, ahí en ese edificio.

Y con esos papeles que logré juntar, conseguí entrar. Así hacía toda la tramitación para conseguir vivienda. Justo, los del teatro lo que hicieron fue darme fotos de que fue el primer jardín en homenaje a los muertos del 85. Fue de los primeros jardines que se hicieron: un jardín en homenaje a los muertos de ese edificio y fueron los primeros. Fueron de las ideas que tuvieron en ese tiempo del gobierno en la Ciudad de México.^[2]

Y el problema que yo tuve era que no podía demostrar que vivía ahí, entonces lo que hicieron fue darme las fotografías. Estos amigos de Tecolote, así se llamaba el grupo, es divino el grupo, me dieron toda la información para que yo hiciera constar que yo viví en ese edificio, con los testigos que firmaron de que sí, yo estaba en ese edificio. Y entonces, como ellos pedían eso, les dije que cómo se les ocurría ser tan burócratas y pedirme eso, si ya el edificio no existía. Creo que tenía que ir un inspector a darte un acta del valor del edificio. Sí [a verificar] lo que les pasó a muchos, que estaba dañado tu edificio, que fuera con una carta de un inspector, para hacer constar que el edificio ya era inhabilitado. Pero eran como... se les asignó esa función a muchos que trabajaban para el gobierno de la Ciudad de México, del Distrito Federal, en este tiempo.

Y yo, como no tenía cómo hacer que fuera un inspector a un jardín... lo primero que se hizo, porque se cayó, pues fue la constancia que yo tuve. Y entonces al alegarle yo todo esto a las autoridades ya dijeron: "Sí, ya, por favor, esta mujer que está aquí, tómenle denuncia, sí, por favor, tiene razón, vean ustedes, aquí está la foto de periódico, donde dice que fue... Y aquí tiene testigos..." y les llevé constancia de que estuve en la Cruz Roja, también me la dieron. O sea, tuve que hacer una serie de... trámites ya cuando me regresé de allá de Celaya, lo más recuperada, para solicitar vivienda. Y sí, lo que hicieron fue decir: "Ya le conseguimos a usted una vivienda en tales y tales zonas, escoja, pero usted lo que tiene es la prioridad de aprovechar su [crédito]. Es un proyecto de Infonavit", y fue como me dieron el crédito, así es.

Entonces estuvieron dando viviendas y yo me fui de ahí hasta Aragón [...] "Dije: yo no quiero, no quiero departamento, nunca más quiero vivir en un primer piso". [...] En ese tiempo, dije: "¡No!" Y fue una casita la que compré con el Infonavit. Una casita de interés social allá en Aragón, en una colonia recién hecha, estaba cerca de Bosques, Prados de Aragón. Y ahí viví muchos años. Muchos años que estuve ahí, yo prefería transportarme hasta acá. Es que hasta el centro y hacia donde tuviera que ir desde Aragón y así viví muchos años porque no quise ya arriesgarme con los temblores de por acá en el centro. Y sigue siendo, porque la zona era riesgosa... no, sigue siendo una zona riesgosa, la de la Roma.

Y también a raíz de todo eso hicimos más labor de denuncia por las inmobiliarias, justamente, lo que hacían. Mucho del activismo que se hizo fue denunciar todo eso. Fue cuando ya empezó a aparecer este "invento" de la Protección Civil, que no existía. No había una regulación de la

construcción o, si la había, nadie la respetaba. Sí, empiezan a sacar las normas y a ser más fuertes con eso, entonces eso abre muchos cambios, así es, empezó a haber muchos cambios importantes desde aquel tiempo.

Y sí, había movimientos de denuncia y también de organizaciones ¿no? Para la vivienda. Y sí, yo ya de por sí venía en la cuestión del activismo, trabajando con este grupo de Neza, CECOS, se llama: Centro Educativo, Cultural y de Organización Social. Seguí trabajando con ellos, pero yo ya más como promotora. Nos íbamos a hacer apoyo de huelgas, de paros...

Y como te digo, en aquel tiempo había la huelga de la Ford, había mucho, mucho movimiento de izquierda. En ese tiempo había logros con la izquierda. Recuerdo las de [la cooperativa] Pascual, estaba totalmente la movilización para apoyar a los de la Pascual que finalmente triunfaron. Íbamos a cantar y nos organizábamos para ir ahí al activismo. Pero yo, en la época de De la Madrid, ya como trovadora.

A raíz de esto, yo ya me dediqué más a eso: al activismo de la cultura... le llamamos Cultura Popular Revolucionaria. Así se llamó el movimiento en el que estábamos los independientes. Era más bien apoyar eso: movilizaciones, paros, huelgas. Era lo que hacíamos. Ya no digamos nada más de viviendas, sino de todas las consignas que en ese tiempo hubiera, participaba con toda la gente.

Creo que en ese tiempo había mucho movimiento de izquierda y muchas organizaciones y mucha actividad. Fue en el tiempo de Miguel de la Madrid. Fue cuando el temblor... Y era... No me acuerdo quién era el de la Ciudad de México, del Distrito Federal. Porque además ni siquiera había todavía Gobierno, era asignado por el Presidente de la República.

Y sí, precisamente eso, precisamente esa parte ¿no? De lo que se empezó a disparar aún más, todos estos movimientos. Fue cuando nos dimos cuenta de que organizados y juntos, fue cuando, entonces, empezamos a tomar el control.

Todo eso fue lo que se descubrió, la cloaca, todas las mentiras y engaños que hubo. Y sí, las denuncias que empezó a haber: hacia las inmobiliarias, los materiales de construcción, todas las transas que se hacían. Diciendo, reportando una cosa y otra la que hacían. Digamos que cambió un poco, pero todavía persistieron. Y se siguió viendo que todavía está, sigue todavía... Ya viste lo que pasó con Mancera, le dieron un montón de dinero y nunca se reconstruyó, se supone que fueron donativos para mejorar las viviendas.

Pero bueno, en aquel tiempo sí, por lo menos, años después, empezó a haber esto de protección civil, empezó a haber más vigilancia, a haber un entrenamiento de todos para saber qué hacer en un caso de emergencia.

Creo que estamos un poco más preparados, aunque uno nunca sabe ¿no? Siempre es difícil, se puede seguir replicando este tipo de cuestiones, desgraciadamente.

1. Dirección de Vinculación – SUTCIESAS

Correos: programas.especiales@cieras.edu.mx; culturasolidaridad.sutcieras@cieras.edu.mx.

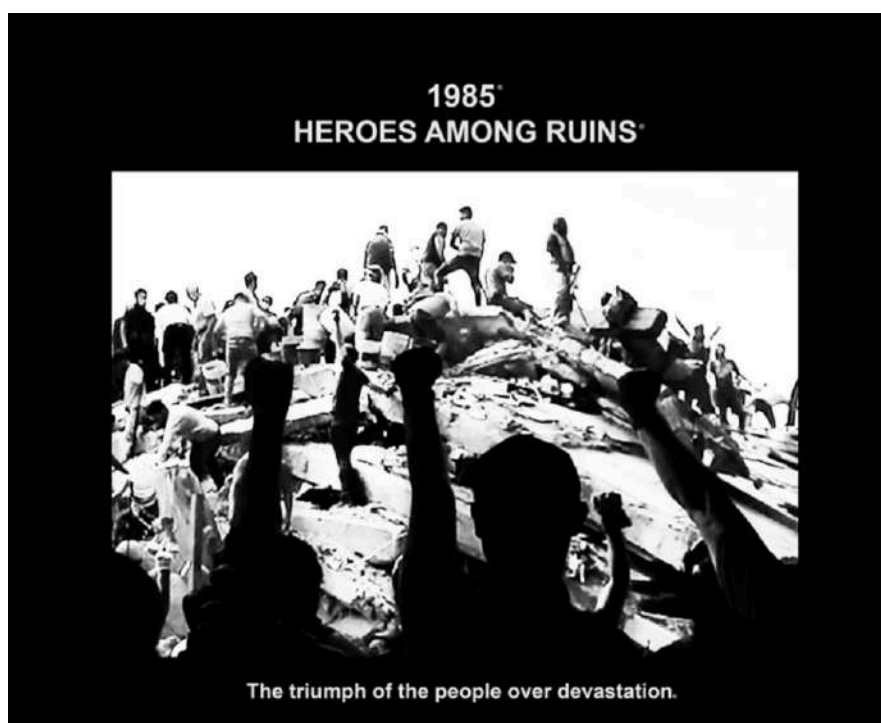
[↑](#)

2. El jardín, con el tiempo, fue sustituido con edificios nuevamente. [↑](#)

De cómo la Ciudad de México se autodescubrió solidaria y capaz de reconstruir la esperanza: *1985. Héroes entre ruinas*

Ruth Martínez Nataret^{III}

CIESAS Ciudad de México



Fragmento de cartel tomado de imdb.com con fines de ilustración

El documental que hoy reseñamos tuvo sus orígenes en un proyecto de largometraje de ficción planeado por Jeanette Russ Moreno que comenzó en 2005. Tras ocho años de investigación y de compilar materiales, surgió la idea de un documental, el cual tuvo su presentación (a manera de un primer producto del proyecto, un cortometraje de tres minutos)

en 2015, con motivo de la conmemoración de los 30 años de los sismos. De aquí surgió, posteriormente, con material de archivo que incluye grabaciones inéditas capturadas por el equipo de rescate de Francia de 1985, grabaciones del sismo de México de 2017, testimonios y reflexiones, un largometraje documental que recibiría varios reconocimientos, como estar en la selección oficial de certámenes como Fimucinema y Docs MX, en 2022, y Docs Jalisco, Docs Puebla y Docs Oaxaca, en 2023, además de ganar distintos premios, como Hecho en México, dentro de Docs Jalisco, 2023, el Premio del Público Doctubre, en Docs MX, en 2022, y el de Mejor Largometraje Documental de Mexica Film Awards, en 2023.

*Vieja ciudad de hierro (...)
te han parado el tiempo
te han quitado la promesa de ser viento
te han quebrado las entrañas y el silencio.*

Rockdrigo González ya no vivió para verlo, pero de la vieja ciudad de hierro, de las ruinas del cemento, de una catástrofe de grandes magnitudes, surgió la gente solidaria, forjando una nueva historia para sí misma y para la gran ciudad que habitan.

19 de septiembre de 1985, 07:19. El entonces Distrito Federal se enfrentaría a un cataclismo que lo transformaría para siempre en forma y organización.



Figura 1. Edificio Nuevo León, Tlatelolco, 19 de septiembre de 1985.

Foto: UNAM Global

A través de imágenes de los sismos del 2017, de 1985, y de otros desastres como ciclones y terremotos en México y en distintas partes del mundo, *1985. Héroes entre ruinas* nos muestra, entre otras acciones, el surgimiento, trabajo y reconocimiento internacional del grupo Topos,

surgiendo de la necesidad de personas que pudieran realizar labores de rescate adentrándose en las ruinas de tantos y tantos edificios.

La población aportaba lo que tenía para responder a la catástrofe que destapó una serie de carencias, corrupción y falta de información para responder ante los eventos naturales, que se transforman, por dichas deficiencias, en tragedias: desde equipos de radiotransmisión hasta manos para sacar el escombro, para organizar campamentos y para llevar alimentos a la gente que trabajaba en rescate y a quienes habían perdido sus hogares.

De Francia llegaron perros de rescate, diferentes gobiernos internacionales enviaron ayuda (mucho de ella desapareció en la burocracia y la rapiña). El equipo francés de rescate resalta el trabajo de la sociedad civil como los principales colaboradores en los rescates por sobre el ejército y las instancias gubernamentales. La gente mostraba una solidaridad que los impactó de por vida. Se narra también cómo se pone en marcha, después del siniestro de tan gran magnitud, el proyecto de protección civil que permanecía latente en alguna oficina de gobierno...

A través de la evaluación de diferentes desastres en México y en otras partes del mundo, se reflexiona sobre los avances en dicho programa de protección civil, así como sobre los pendientes que aún se tienen al respecto: considerar la sismología de las localidades y la necesidad de ingeniería especial, la creación de un centro de investigación para la prevención de desastres, la necesidad de resguardar incluso los monumentos históricos, la formación de binomios caninos, la importancia de tener educación en prevención, en primeros auxilios...

Se narra también el “milagroso” rescate de los recién nacidos del Hospital General, las circunstancias en que se encontraron a algunos de ellos y la perplejidad de encontrar vida en las circunstancias de tantos días sin alimentos, cobijo ni cuidados.

A partir de esa desgracia la Ciudad de México, la vieja ciudad de hierro, descubre su capacidad de solidaridad, su población descubre su resiliencia, su fuerza en unidad, y descubre, también, que su poder de resurgir va más allá de los gobiernos en turno.

*Vieja ciudad de hierro,
de cemento y de gente sin descanso
si algún día tu historia tiene algún remanso
dejarías de ser ciudad*

—Rockdrigo González



Figura 2. Cruce de las calles Bruselas y Liverpool, en la colonia Juárez. A la derecha, el edificio de departamentos que se derrumbó el 19 de septiembre de 1985. Rockdrigo González vivía ahí.

Imagen tomada de la página de Facebook *Rockdrigo Gonzalez*

Referencias

<https://www.youtube.com/watch?v=7-mWTqwUTEM>

<https://www.1985lapelicula.com/>

<https://www.imdb.com/es/title/tt5875820/mediaviewer/rm4151737600/>

https://unamglobal.unam.mx/global_revista/sismos-de-1985-al-2017-bomberos-de-la-unam-presentes/

<https://www.facebook.com/photo.php?fbid=2896322640394777&id=720074528019610&set=a.1054122581281468>

1. Responsable de Programas Especiales de Incidencia en Dirección de Vinculación.

Correo: programas.especiales@ciesas.edu.mx ↗

